

BIANCA®

Amante de una noche

Diana Hamilton

Amante de una noche (1999)
Título Original: Mistress for a night
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1097
Género: Contemporáneo.
Protagonistas: Jason y Georgia

Argumento:

Jason estaba asombrado ante la transformación sufrida por Georgia.

Asombrado... e intrigado. Siete años antes, ella había iniciado inocentemente su única y espontánea noche de pasión, y tras quedar embarazada, desapareció.

Georgia había vuelto convertida en otra mujer: sofisticada, seductora y muy deseable. Jason estaba convencido de que lo había traicionado, y no la

había creído cuando trató de explicarle lo ocurrido. Pero él estaba decidido a descubrir de una vez por todas, la verdad...

Capítulo 1

JASON Harcourt movió la mano derecha hacia el teléfono, pero luego la dejó caer a su costado. Metió ambas manos en los bolsillos de los gastados pantalones de pana oscura, levantando sus anchos hombros.

La habitación lo agobiaba. Las sobrecargadas antigüedades francesas, los cuadros de marcos barrocos y las alfombras de complicados dibujos lo ahogaban. Se acercó a los ventanales cubiertos de pesadas cortinas. Sus cejas oscuras se fruncieron sobre los ojos gris pedernal, mientras contemplaba malhumorado los jardines de Lytham Court, desolados por el invierno.

¡Cómo odiaba aquel lugar! Habían pasado ya siete años desde la última vez que había cruzado el umbral de aquella casa, si exceptuaba la hora transcurrida allí después del funeral de la segunda mujer de Harold, y si estaba allí en aquel momento era porque no tenía más remedio. Lytham le traía muchos malos recuerdos.

Después de la muerte de Vivienne, sucedida cuatro años antes, había hecho de alguna manera las paces con Harold, el hombre que lo había adoptado legalmente hacía casi treinta años, cuando se casó con su madre viuda. Aceptarlo como sustituto paterno no le resultó difícil al niño de tres años cuyo padre verdadero había muerto en un accidente de montaña antes de que él naciera. Sólo después de que su madre muriese de leucemia, cuando él tenía ya diecisiete años, había comenzado a ver a su padre adoptivo con otros ojos.

Pero aquello pertenecía al pasado, y la paz provisional había funcionado relativamente bien, porque él había establecido que sus encuentros ocasionales tuviesen lugar en Londres, en el club de Harold. Terreno neutral. Ahora estaba satisfecho de haber concedido a Harold, aunque fuese con cierto escepticismo, el beneficio de la duda, cuando él insistía en que había cambiado. Era lo mínimo que le debía a su padre adoptivo.

Aunque el escepticismo se había convertido en pura incredulidad en su última reunión, unos dos meses antes, cuando Harold le dijo:

—Georgia ha vuelto a Inglaterra hace unos seis meses, nos hemos estado viendo con cierta regularidad.

Jason había observado cómo la mera mención de aquel nombre hacía que los ojos cansados y desvaídos de Harold brillasen en la cara del anciano, un rostro que se había quedado reducido a los puros huesos. Harold había ido cuesta abajo, de forma lenta pero constante, desde que Vivienne había muerto. Su evidente fragilidad física había sido la única razón que le había impedido levantarse de la mesa y abandonar el apagado ambiente del club en busca de la relativa

cordura de las calles atestadas de Londres.

—De manera que sigues en contacto con Georgia —prácticamente escupió las palabras; la vieja amargura salió a flote, como siempre le sucedía si estaba lo bastante desprevenido como para pensar en ella.

—Desde que murió Vivvie, sí. Ella, Dios la tenga en su gloria, era el obstáculo. No consentía que se mencionase el nombre de su hija —Harold apartó el plato que apenas había tocado. Jason, con alguna ferocidad, llenó su tenedor de pastel de gamo, se cuestionó si en realidad le apetecía, decidió que no y posó los cubiertos.

—Sabía que pensabas romper el largo silencio y telefonearla a Nueva York para comunicarle la muerte de Vivienne —dijo cautelosamente. Él se había ofrecido a dejar de lado su rechazo personal y dar la noticia del fatal accidente de coche para evitarle el mal trago a Harold, pero éste había insistido en que tenía que hacerlo él.

Luego, resultó que no tenían por qué haberse molestado, ella no se dignó a asistir al funeral de su madre.

—Bien, sí, había cosas que había que decir, y las dije —afirmó enigmáticamente—, y me gusta pensar que volvimos a aproximarnos después de que se aclararan las cosas.

No sirve de nada aferrarse a viejos rencores. En cualquier caso, ella está ahora muy bien situada en Inglaterra. Dirige uno de los equipos de creativos en la sucursal de Birmingham de su agencia de publicidad ¿Recuerdas que se fue con la familia de su amiga Sue cuando el padre abrió una sucursal en Nueva York?

Jason miró el reloj con irritación. Ya había tenido bastante. Naturalmente que se acordaba. Harold dijo:

—Había pensado que podríamos reunirnos todos en Lytham un fin de semana de éstos. Para hacer las paces. Tú y la pequeña Georgia sois la única familia que me queda.

—Ahórrame el sentimentalismo, no me impresiona. —se puso de pie.

—Merecía la pena intentarlo —los cansados ojos brillaron con humor por un momento— ¿Vendrás? Prepararé un fin de semana con Georgia, será como en los viejos tiempos.

Jason podía pasar perfectamente sin los viejos tiempos. Antes de irse le dijo:

—¡Ni lo sueñes!

No había vuelto a ver a Harold. Había pensado en hacerlo, claro, pero el trabajo se lo había impedido. Ahora que Harold estaba muerto lo lamentaba, pensó mientras seguía mirando fijamente el desolado jardín.

Llovía. Pequeñas agujas de hielo golpeteaban el cristal y estaba oscureciendo.

El ama de llaves, la señora Moody, le había dicho que habían anunciado fuertes heladas para aquella noche. Eso significaba que sería peligroso conducir a la mañana siguiente. Georgia probablemente decidiría no arriesgarse por las carreteras heladas.

No se había molestado en tomar un avión para asistir al funeral de su madre, así que

¿por qué iba a hacerlo por el de Harold?

A no ser que no supiese con seguridad cómo había distribuido el dinero su padrastro y estuviera ansiosa por descubrirlo, pensó con cinismo.

Su boca se curvó en un rictus, se dirigió rápidamente al teléfono y descolgó el auricular.

Georgia estaba buscando en su despensa el bote de café instantáneo, que estaba segura que tenía que estar en algún sitio, cuando sonó el teléfono en el salón.

—Ya voy yo —Ben apartó su cuerpo alto y delgado como un látigo del quicio de la puerta de la cocina donde había estado apoyado, observándola. La leve sonrisa que le dirigió era tan sexy como su voz rota.

Volvió a su búsqueda, y se preguntó por un momento porqué rechazaba de plano todas y cada una de sus propuestas de tener una cita. Y sin embargo sabía por qué. No era algo que tuviera que ver con él, sino con ella.

Los dos, desde hacía ocho meses, ocupaban apartamentos en el mismo piso de una mansión rehabilitada de principios de siglo, en uno de los mejores barrios de Birmingham. A su vuelta de Nueva York, después de más de seis años de ausencia, no conocía a nadie en la ciudad y había estado agradecida a la amistad que Ben le había ofrecido.

Él se dejaba caer a menudo por las tardes a charlar un poco; a veces, como en esos momentos, para pedir algo prestado, y otras, llevaba una botella de vino para compartirla con ella, o un CD que acababa de comprar y que pensaba que a ella le gustaría escuchar. La invitaba a cenar fuera una vez por semana como promedio y aparentemente no se descorazonaba cuando ella una y otra vez le decía que no. Ella no quería que el sexo asomase su fea cara y estropeara la agradable amistad que tenían.

El teléfono estaba sonando todavía cuando ella emergió de la despensa con el bote de café en la mano. Tenía un sonido irritado. Ben probablemente no podía encontrarlo, debía estar escondido debajo de

alguna cosa.

Esta era la razón por la que se había tomado tres semanas de vacaciones. Para organizar por fin su apartamento. Durante ocho meses había ido dejando las cosas por cualquier sitio y ya era hora de hacer la casa habitable.

Ben encontró el teléfono bajo el montón de cortinas dobladas que pensaba utilizar para tapar las feas puertas de aglomerado que había colocado quienquiera que hubiera hecho la rehabilitación de la vivienda. Oyó cómo la voz sexy de él se volvía fría al decir:

—Sí, aquí está, espere un momento —le entregó el receptor, su voz era acusadora—.

Es un hombre, no ha dicho cómo se llama.

Como si, pensó Georgia aburrida, ningún otro representante del sexo opuesto, aparte de él, tuviera derecho a hablarle. Deseó una vez más que la relación hombre-mujer no tuviera la fea costumbre de aparecer de pronto y estropear amistades perfectamente estables. Pasando por alto el ceño fruncido de Ben, contestó al teléfono.

Si era alguno de la agencia no quería saber nada. Su reciente y muy satisfactoria presentación de campaña ante los directores de una gigantesca fábrica de helados, en la que ninguno de los señores de traje y corbata encontró el menor defecto, ni los proyectos ni en los vídeos, la había hecho merecedora de sus vacaciones anuales.

No era ninguno de su equipo. Era Jason.

Siete años, siete largos años repletos de acontecimientos, de cambio decidido y de lucha interna para olvidar, habían transcurrido desde la última vez que lo vio o tuvo noticias de él. Y aún así, su voz grave tenía todavía el poder de apagarla: los latidos del corazón, la respiración, la función cerebral, todo su interior se quedó en suspenso, congelado. Y ¿para qué la llamaba ahora?

—¿Estás ahí todavía?

El súbito cambio de tono, la hiriente aspereza, la trajeron de nuevo al mundo de los vivos. Su respiración se agitó y el corazón le galopaba. Su voz era toda aristas cuando le confirmó:

—Por supuesto. ¿Qué es lo que quieres?

Una respuesta poco gentil, pero no había nada gentil ni civilizado en la amargura que infectaba hasta la sangre de sus venas al oír el sonido de su voz. Él le dijo fríamente, sin suavizar el tono:

—Harold murió hace tres días. Fue de repente, de una hemorragia cerebral. El funeral será mañana a las once. Creo que deberías estar aquí, en Lytham, y quedarte por lo menos veinticuatro horas —Georgia se quedó fría, a pesar de los vaqueros y el jersey grueso estaba aterida. ¿Harold muerto? Le resultaba difícil aceptarlo—.

Imagino que te estás planteando si puedes dedicarle ese tiempo. Si te hubieras casado me lo hubiera dicho Harold, de modo que supongo que tienes algún otro tipo de arreglo con el hombre que contestó al teléfono. Tráelo contigo si no puedes pasar sin él por una noche.

—No le impondría tu presencia a nadie que me importase —Georgia volvió a su ser.

Estaba horrorizada de cuánto le dolía la sarcástica suposición de que no era capaz de estar sin un hombre en la cama ni siquiera una noche.

—Déjate de chiquilladas —parecía aburrido—. No te pido que vengas por el placer de tu compañía sino porque se lo debes a tu padrastro, y mucho más que eso…

—¿Qué quieres decir?

«¿A qué demonios se refería?»

—Hay un montón de cosas que arreglar —él ignoró su interrupción —. Como supongo que ya sabrás, toda su fortuna es para ti. Esto significa que hay decisiones que tienes que tomar, responsabilidades que tendrás que asumir. Quiero asegurarme personalmente de que te las tomas con seriedad; por ejemplo, ¿qué va a pasar con el personal de la casa?

Si la noticia de la muerte de Harold había sido un shock, la información de que, por alguna extraña razón, le había legado toda su fortuna, fue una sorpresa todavía mayor. Durante unos segundos su cerebro se quedó como acorchado, sin poder prestar atención a lo que él le decía.

Luego su mente comenzó a zumbar. Con o sin herencia, no podía faltar al funeral. Pero había llovido intensamente desde las cuatro de la tarde y la previsión del tiempo había anunciado fuertes heladas durante la noche. No tenía intención de arriesgar su vida, o su nuevo coche deportivo, sobre carreteras heladas conduciendo por la mañana temprano.

—Estaré contigo en un par de horas —dijo fría mente y cortó la comunicación.

Si él pensaba que no podía aguardar para poner sus manos sobre la herencia, que así fuera. Su opinión sobre ella había sido ínfima durante los últimos siete años, así es que no podía empeorar. En cualquier caso, ahora no le importaba. ¿Cómo podría importarle? Ella había cambiado hasta hacerse irreconocible, por dentro y por fuera. No se parecía en nada a la crédula chiquilla de hacía siete años. Le había costado mucho conseguir que nada pudiera hacerle daño y, desde luego, no se lo iba a hacer el continuado desprecio de Jason.

Pero inesperadamente sus ojos se llenaron de lágrimas por la joven

que había sido, por los sueños olvidados, por el hijo perdido.

Pestañeó para ahuyentarlas y se enderezó. Ella nunca pensaba en el pasado.

—¿Malas noticias?

Ben le pasó un brazo por los hombros.

—Mi padrastro ha muerto —contestó con tirantez—. Tengo que conducir esta noche hasta Gloucestershire, antes de que las carreteras se conviertan en una pista de patinaje.

—Lo siento —él estrechó el abrazo, acercándola—, y ¿quién era el tío del teléfono?

—Eso ¿qué importa? —dijo ella con irritación. Ben estaba actuando como si tuviera algún derecho sobre su vida. Luego se calmó, suspirando—. Jason, mi hermanastro.

Apenas lo conozco.

¿Y acaso no era verdad? El hombre que su antiguo y olvidado yo había creído amar con toda su alma y todo su corazón nunca había existido en la realidad. Debido a la soledad y a la falta de cariño había creado un amante de fantasía, un ser perfecto, y había sufrido por aquella locura juvenil. Y todavía, durante unos pocos segundos, el sonido de su voz la había afectado de forma salvaje, como si la regordeta adolescente que lo había amado durante tanto tiempo y de forma tan frenética hubiera vuelto a la vida y estuviese luchando para que ella la aceptase dentro de su cuerpo adulto.

Lo cual era un sinsentido.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Ben solícitamente— si estás muy afectada... no será ninguna molestia.

Ella apretó los labios y dijo muy educadamente:

—No, gracias. Y, de verdad, no estoy muy afectada.

Ben pensaba que ninguna mujer era capaz de conducir, que todo el sexo femenino debería mantenerse alejado de las carreteras por ley. Se había horrorizado cuando ella se compró el deportivo por el que había estado suspirando durante años.

Georgia no estaba en condiciones de verlo por el lado humorístico y le entregó bruscamente el bote de café.

—Viniste a pedirme esto ¿recuerdas?

—Sí, bien, ten cuidado con cómo vas. No conduzcas como una loca.

—Deja de tratarme como si fueras mi madre —ella rechinó los dientes.

—Sabes, o deberías de saber a estas alturas, que no quiero ser tu madre —su brazo volvió a apretarse alrededor de sus hombros, y ésta vez no era para reconfortarla—.

¿Por qué no me das la oportunidad de mostrarte lo que quiero ser? Nunca se sabe, podría sorprenderte.

Georgia se puso rígida ¿No le había dicho por lo menos una docena de veces que no tenía intención de comenzar una relación sexual con él ni con ningún otro hombre? Nunca.

El sexo arruinaba las relaciones. Había hecho que Jason la tratase como una amante de una noche y luego la despreciara. Había hecho que su madre la rechazara prácticamente desde el momento de su concepción, porque el hombre con el que estaba comprometida había puesto pies en polvorosa cuando supo que había un bebé en camino. Vivienne siempre la había visto como una carga no deseada, un borrón en su vida.

Y el sexo había sido lo único que había en la mente de Harold aquel desdichado último día en Lytham, que lo había arruinado todo para ella. Sí, hacía ya mucho tiempo que había decidido que podía vivir sin sexo.

Se separó bruscamente de Ben. Si no había captado ya el mensaje nunca lo haría. Se negó a gastar más saliva en el tema.

—Tengo que hacer el equipaje. Cierra la puerta al salir.

Georgia condujo deprisa pero con seguridad, sintonizando perfectamente con el poderoso motor de su brillante cupé deportivo.

Era como una parte de sí misma, y cuando se ponía al volante la tensión interior se disipaba al escuchar el peculiar sonido del motor que le hablaba de libertad y la sacaba de sí misma, mientras devoraba los kilómetros. Conducir era el único escape que se permitía, y la velocidad era adictiva.

La luz de los faros se abría camino en la noche, barriendo el húmedo asfalto negro. Pisó a fondo el acelerador, manteniéndose en el carril rápido, y sólo a su pesar aflojó levemente al tomar el desvío en Brockworth hacia la campiña y Lytham Court.

Y Jason.

Jason. ¿Estaba que mordía porque no había sido mencionado en el testamento?

¿Lleno de resentimiento porque ella, la despreciada, sí lo fue?

Y, ¿qué esperaba de ella? Su boca se curvó con una sonrisa ligeramente cínica mientras pensaba en ello. ¿Una bobalicona a la que pudiera manejar? ¿Alguien a quien dar órdenes con respecto al testamento y luego dejar plantada, con la satisfacción arrogante de que haría lo que le habían dicho?

¿Y físicamente? Si es que se había parado a pensar en ello, ¿esperaría encontrar una versión más madura de aquella bobalicona chica de dieciocho años? ¿Las redondeces que fueron la pesadilla de

su juventud ya convertidas en prematura amplitud de mujer de mediana edad? ¿Cabello de ratón cortado a lo chico porque no sabía qué otra cosa podía hacer con él? ¿Devoción perruna flotando en sus ojos, ropa de grandes almacenes con mala caída?

¡Menuda sorpresa se iba a llevar!

El sonido de un motor desconocido rompió el profundo silencio de Lytham.

Jason recogió los papeles y los guardó en la caja de caudales de la pared, la cerró con llave y se la guardó en el bolsillo, después se acercó a la puerta del estudio.

Ella había dicho un par de horas. Una ojeada a su reloj le confirmó que lo había hecho en diez minutos menos. Esperó. Hizo un esfuerzo consciente para relajar los agarrotados músculos de sus hombros. Esperó y se preguntó.

Se preguntaba si sería capaz de discutir los pormenores del funeral y la mejor manera de que ella manejara la inmensa fortuna que iba a ir a parar a sus manos, sin demostrar el amargo desprecio que sentía por ella.

Se preguntaba si ella tendría valor de mirarle con sus ojos grandes y diáfanos.

Se preguntaba, una vez más, cómo pudo dejarse engañar por aquella aparente inocencia, dulce y maleable.

Esperó y se preguntó si entraría directamente; la casa era de ella, o como si lo fuera. O llamaría al timbre, tan tímida e insegura como siempre, por lo menos en apariencia, ya que interiormente era una egoísta que hacía lo que quería sin atenerse a las consecuencias.

Ella entró sin llamar. Se detuvo en el umbral y lo miró con fijeza.

Él estrechó sus ojos grises para mirarla, incapaz de liberarse de la casi arrogante mirada de los ojos dorados, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Capítulo 2

GEORGIA contuvo el aliento. Los siete años transcurridos habían impreso autoridad a las duras y hermosas facciones, al cuerpo masculino ágil y de anchos hombros. Y aunque ella nunca miraba hacia atrás, no pudo hacer nada por detener a su mente que volaba hacia los ecos del pasado. Sólo por verlo de nuevo...

Ella tenía dieciocho años y estaba locamente enamorada. Lo había amado desde que lo vio por primera vez, tres años atrás, en la boda de su madre con Harold Harcourt, el padre adoptivo de él.

Ella le gustaba, lo sabía. En sus ocasionales visitas a Lytham Court, la lujosa mansión familiar, él procuraba pasar un rato con ella, siempre amable e interesado por ella. Y lo que le dio esperanzas de que ese agrado se pudiera convertir en algo más fue el comentario que la señora Moody, la insidiosa ama de llaves, había dejado caer: Jason nunca visitaba Lytham cuando ella estaba fuera, en el internado al que su madre la había remitido tan pronto como se casó.

Así que allí estaba ella, una cándida y regordeta muchacha de dieciocho años, despierta mucho tiempo después de que su madre y Harold se hubieran acostado, tratando de reunir el valor necesario para ir al cuarto de Jason y hablar con él. Decirle lo de la oferta de trabajo en Nueva York y preguntarle si la echaría de menos; porque si él le decía que sí no se marcharía.

Desde que había vuelto a Lytham después de sus exámenes, Harold la había hecho sentir terriblemente incómoda, preguntándole acerca de sus novios mientras sus ardientes ojos azules la desnudaban, especialmente cuando Vivienne, su madre, no estaba por allí. Y su madre no quería que ella estuviese por medio, nunca había querido. Si no hubiera sido por las visitas esporádicas de Jason, Georgia no hubiese pasado ni un minuto de sus vacaciones en la casa. Habría aceptado la invitación de su amiga Sue y estaría haciendo planes para irse a Nueva York en Noviembre, tomando la decisión firme de aceptar la excitante oferta de trabajo en la nueva agencia de publicidad que el padre de Sue iba a abrir allí.

Pero, ¿cómo podría dejar a Jason? ¿Cómo podría irse mientras hubiera la más insignificante esperanza de que él pudiera llegar a amarla como ella lo amaba?

Las llamadas telefónicas de Sue, rogándole que se decidiera a ir con ella, se habían ido haciendo más frenéticas. Tenía que tomar una decisión y la única persona que podía ayudarla a hacerlo era Jason.

Pero no iba a conseguir nada estando despierta en la cama, en completa oscuridad y dándole vueltas en la cabeza. Retiró la ligera colcha y se bajó de la cama.

Él no había querido cenar cuando llegó y se fue a su cuarto enseguida.

—Creo que he pillado una gripe. Los síntomas han comenzado por el camino. Me tomaré una aspirina y un whisky y me iré a la cama.

—¡Hazlo! —Vivienne se había retirado al otro extremo de la habitación, moviendo las manos delante de la cara, como si quisiera liberarse de alguna innombrable contaminación—. ¡No quiero tus horribles virus, y Harold tampoco!

Harold se limitó a encogerse de hombros, Georgia los hubiera abofeteado a los dos ¿No se daban cuenta de que Jason no estaba bien? ¿No les importaba?

—Te prepararé algo caliente y te lo subiré, ¿quieres? —se ofreció Georgia, decidida a hacerle saber que ella, por lo menos, se preocupaba de su estado de salud—. ¿Un poco de sopa?

—Gracias, bonita —él sonrió por primera vez, sus ojos brillaron al posarlos momentáneamente sobre ella—. Pero no sería capaz de tomarla. Te veré mañana —

agarró la botella de whisky de la bandeja de bebidas y salió de la habitación, así que ella no había podido hablar con él entonces. Pero podía ahora.

No le molestaría mucho rato, simplemente quería hablarle de la oferta de trabajo y explicarle lo que sentía por él. No iba a poner el Atlántico entre ellos si había la menor posibilidad de que él, algún día, pudiera corresponder a sus sentimientos.

Si él no podía, silo único que podía ofrecerle era amistad, entonces ella se buscaría una nueva vida en América. La idea de desnudar su alma ante él la atemorizaba, pero tenía que hacerlo. Los padres de Sue no podían esperar eternamente a que ella tomara una decisión.

Temblaba por la tensión nerviosa mientras iba por el pasillo hasta su habitación.

Él se había quedado dormido con la lámpara de noche encendida. La cobarde que había en ella lo consideró como una tregua y comenzó a relajarse y a respirar con facilidad. Sabía que debería irse y dejarle que durmiera, pero no se sentía capaz.

Se acercó a la cama, sus pies desnudos pisaban sin ruido la espesa alfombra.

Sólo entonces se dio cuenta de que para la seria conversación que ella pensaba mantener hubiera sido necesaria, cuanto menos, la sobriedad de una bata para cubrir las voluptuosas curvas que apenas ocultaba el corto y fino camisón de algodón.

Pero era una noche calurosa y no había pensado en ello, había estado ensayando una y otra vez lo que le tenía que decir. En

cualquier caso, ahora no importaba. Él estaba dormido y ella no lo iba a despertar.

Muy cuidadosamente, con el corazón en la boca, se sentó en el borde de la cama. Él parecía tener aún fiebre, el sudor brillaba en su frente de tez aceitunada, tenía las sábanas enredadas en torno a las caderas. Podía oler el whisky con el que se había medicado y se dio cuenta con desesperanza que tenía que estarle agradecida al virus y al alcohol porque lo hubieran dejado fuera de combate.

Era tan guapo. Podría conseguir cualquier mujer que quisiera. ¿Cómo podía haber estado tan loca como para esperar por un momento que pudiera desearla a ella?

Los ojos le escocieron por las lágrimas. Parpadeó para detenerlas y se dijo a sí misma que tendría que estar agradecida por haberse librado de una terrible humillación.

Si él hubiera estado despierto y ella le hubiera contado todo aquello habrían pasado ambos un mal rato, ahora se daba cuenta. Su pasada amistad y amabilidad sólo significaban una cosa: que él era lo bastante compasivo como para ocuparse de la vulgar y regordeta adolescente que estaba completamente fuera de lugar en la opulencia de Lytham Court. Así que se iría a Nueva York e intentaría hacer algo con su vida; pero antes, se iba a conceder unos momentos secretos y tranquilos con el hombre al que amaba con una emoción tan intensa que le hacía sentir el corazón pesado. Sólo unos pocos minutos más para decir su adiós silencioso.

Las lágrimas brillaban en sus pestañas y ella, suavemente, oh, tan suavemente, tocó su espalda desnuda. Lo último que deseaba era despertarlo, pero necesitaba el recuerdo del tacto de su piel bajo sus dedos amantes.

Él estaba ardiendo por la fiebre. Ella levantó la mano y se la puso en la frente, donde algunos mechones de pelo húmedo y oscuro le rozaban las cejas, pasó sus dedos, ligeros como una pluma sobre sus pómulos salientes, descendió hasta la comisura de su boca y luego, sencillamente porque no fue capaz de detenerse, la deslizó sobre los fuertes músculos de su brazo hacia los huesos de la mano, completamente absorta en él.

Y entonces él abrió los ojos, apretó convulsivamente los dedos alrededor de los de ella y tiró de su mano hacia arriba hasta apoyarla sobre su ancho pecho y ella pudo sentir los rápidos y fuertes latidos de su corazón.

Después de esto no hubo tiempo para explicar qué estaba haciendo en la habitación, porque la boca de él se aproximó a la suya en un beso que le derritió los huesos. Ni tiempo para pensar mientras se

ahogaba confusa en un remolino de pasión, la suya y la de él. La intensidad del deseo los tomó a ambos por sorpresa.

Ella no tuvo que preguntarle si podría amarla alguna vez. Él le había dado la respuesta.

Se despertó en su propia cama, pero no podía recordar cómo había vuelto a ella. ¿La había llevado Jason? Se sentía repleta de esa extraña clase de felicidad que hacía que su corazón subiera hasta el cielo y bailara alrededor del sol. La forma de hacer el amor de Jason había sido más hermosa que nada que ella hubiera podido imaginar. Él no podría haber sido tan apasionado si no la amase.

Bajó a desayunar como si estuviera flotando, la cabeza le giraba. Ese día hablarían. Había decisiones que tomar acerca de Nueva York, aunque lo sucedido la noche anterior las hacía innecesarias. Su futuro estaba allí, con el hombre que amaba.

El elegantemente amueblado comedor estaba vacío. Una ojeada al reloj la informó de que era demasiado pronto, la señora Moody nunca servía el desayuno antes de las nueve y media. Su madre y su padrastro no eran madrugadores.

Sonrió suavemente, sus ojos color ámbar brillaban como joyas. Le subiría el desayuno a Jason en una bandeja: zumo, tostadas, miel y café. Podrían hablar en privado y cuando ella le dijera que lo amaba él le diría que sentía lo mismo y la besaría y puede que la invitase a compartir su cama y la desnudara despacio y entonces…

Su corazón latía tan deprisa que pensó que se iba a ahogar y el calor del deseo encendió su piel. Se volvió rápidamente hacia la puerta para ir a la cocina. Jason entró.

Ella no podía hablar, sólo mirarlo con ojos inundados de amor y una mano sobre el pecho para acallar el clamor de su corazón. Él estaba pálido, como si la noche le hubiera robado el color, haciendo que sus ojos gris pizarra pareciesen más oscuros por contraste, acentuando las líneas de las comisuras de su hermosa boca masculina.

Él se echó el pelo hacia atrás con los dedos y Georgia deseó seguir aquella trayectoria con los suyos, pero sabía que no debía pensar en cosas como ésa cuando él se encontraba tan evidentemente mal.

—Déjame que te traiga algo —dijo ella con preocupación en los ojos—. Café, zumo, huevos, cualquier cosa.

Pero él sacudió la cabeza, cerrando los ojos por un momento, de manera que sus espesas pestañas dibujaron dos semicírculos de carbón sobre los prominentes pómulos ásperamente masculinos.

Entonces la miró y ella vio remordimiento en sus ojos, lo percibió en su voz cuando él le dijo:

—Con respecto a anoche, siento lo que sucedió mucho más de lo

que pueda decir.

Me gustas, Georgia, ya lo sabes, y lo último que querría hacer es herirte.

—¡No lo hiciste! ¿Cómo has podido pensar eso? La noche pasada… —tragó saliva—.

La noche pasada fue la cosa más hermosa que me ha sucedido jamás —ella se moría de ganas de apoyar la cabeza contra su pecho, pero la expresión que él tenía en su rostro le impidió moverse. Los ojos le escocían por las lágrimas—. Por favor no te lamentes por lo que ha sucedido, no puedo soportarlo. Fue sólo culpa mía, lo sabes.

—No —él se apartó de ella con las manos en los bolsillos de sus estrechos vaqueros, los hombros rígidos bajo la camiseta—. La culpa es mía. Soy ocho años mayor que tú.

¡Tendría que haberme controlado, haberte mandado a tu cuarto con tus osos de peluche!

—No digas eso, ¡no soy una niña! —las palabras le salían del corazón. Estaba perdiéndolo todo, lo estaba perdiendo a él. No podía consentir que eso sucediera—.

¡Jason!, te quiero ¿no lo comprendes?

Él se volvió para mirarla, su expresión era menos dura, una ligera emoción nublaba sus ojos y ella, por un breve instante, alimentó una esperanza, que se desmoronó al oírle decir:

—Créeme, sólo piensas que me quieres. Ha sido tu primera vez —él estaba pálido pero sus ojos no vacilaban, manteniendo su mirada como si sólo con la fuerza de su voluntad pudiera forzarla a aceptar lo que él quería que creyera—. Y es muy natural que imagines…

—¡Yo no imagino! ¡Concédeme algún criterio! ¡Me enamoré de ti desde la primera vez que te vi y te he amado desde entonces! —él tenía que saber que su amor era fuerte y auténtico; no podía consentir que pensara que había hecho el amor con él por capricho.

—Tienes dieciocho años, Georgia —su voz sonaba cansada, adelantó una mano como si fuese a tocarla, pero la retiró y se la metió en el bolsillo—. Para tu edad y los tiempos que corren eres increíblemente inocente. Lo que sientes por mí no es más que un capricho pasajero. Créeme, querida, eres todavía demasiado joven para entender tus sentimientos y yo no quiero aprovecharme de tu inocencia más de lo que lo he hecho ya. Intenta olvidar lo que sucedió, tienes toda la vida por delante y, por si te interesa, estaré a tu lado si me necesitas. Ya lo sabes.

Salió de la habitación sin decir más, sin una mirada, y dejó Lytham una hora más tarde.

Ella pasó las semanas siguientes hundida en un pozo de desdicha,

arrastrándose por la casa, irritando a su madre, soportando los guiños cómplices de Harold.

—No la regañes, Vivvie, es obvio que lo está pasando mal por algún chico. ¿Te ha dejado, cariño? ¡Es un idiota si lo ha hecho, con tus curvas!

Y sin embargo no encontraba el valor para marcharse. Le había dicho a Sue y a sus padres que había decidido aceptar la oferta, pero no había hecho caso de la orden de su amiga:

—Ven a casa para que podamos hacer planes de lo que haremos cuando lleguemos a la Gran Manzana, suponiendo que papá nos deje algún tiempo libre en nuestros trabajos en la agencia.

Por primera vez en su vida, el charlar de naderías con Sue no le apetecía en absoluto. Estaba esperando a Jason. Esperaba que él se pensara mejor su rechazo, diciéndose a sí misma que el no estaba intentando evitarla, que podía haber tenido otra discusión con Harold. O, a lo mejor, estaba demasiado ocupado para visitas.

Hacía poco lo habían aceptado en un prestigioso despacho de abogados de Londres, especializado en fraude a altos niveles; podía estar demasiado centrado en su trabajo.

Pero en el fondo de su corazón sabía que todo eran excusas. Él no iba simplemente porque no quería volver a verla.

Cuando estaba apunto de capitular ante las presiones de Sue, hacer el equipaje y contarle a su madre los planes, hizo un descubrimiento que la sacó de su estupor:

¡estaba embarazada!...

Le entró el pánico. No sabía qué hacer; Vivienne no le iba a mostrar ninguna simpatía ni comprensión en absoluto y casi con toda seguridad le iba a exigir que abortara. Y en cuanto a Harold, no podría soportar la mirada de sus ojos ardientes y cómplices.

Jason era el único a quien podía recurrir ¿acaso no le había dicho que estaría disponible si lo necesitaba? ¿No había colaborado a crear la nueva vida que ella llevaba dentro?

Lo llamó a Londres por la noche, cuando estaba segura de encontrarlo en su apartamento. Tuvo que emplear todo su coraje. Después de decírselo contuvo el aliento, sintiendo cómo se le aceleraba el pulso; pero todo lo que él dijo fue:

—Me imagino que estás segura.

—Si no, no te llamaría.

—Vale. Cálmate. Estaré allí a primera hora de la mañana. Haremos planes, Georgia, no te preocupes.

¡Como si pudiera evitarlo! Estuvo despierta toda la noche, preguntándose si los planes incluirían un aborto discreto, sabiendo

que, por más que la presionaran, nunca terminaría con la vida de su hijo. El o ella eran una parte de Jason que podría conservar para siempre y ya pensaría en el aspecto práctico de las cosas cuando todo se hubiese asentado.

Jason llegó a Litham a las ocho de la mañana, mucho antes de que Harold y Vivienne se levantaran. Rechazó el desayuno que le ofreció fríamente la señora Moody. El ama de llaves no hablaba si no era necesario y Georgia no la había visto sonreír jamás, pero la mirada que les lanzó a los dos era muy reveladora; así que él la agarró del brazo y salieron de la casa.

—Nos casaremos en cuanto sea posible —casarse con Jason era lo que ella siempre había soñado. Su corazón saltó como un animal salvaje y luego adquirió un ritmo pesado, casi solemne. Se sentó en un recargado banco de hierro, el sudor le perlaba el labio superior.

—No tienes que hacerlo.

—Ya lo sé, nadie me está apuntando a la cabeza con su arma — él estaba de pie, de espaldas al sol y ella no podía ver su expresión pero sabía que era tan poco afable como su voz—. Es la única opción —dijo en tono neutro—. El aborto está fuera de cuestión, de manera que ni pienses en él. Soy el padre y soy responsable de ti y del niño. Mi hijo tendrá el mejor comienzo posible en la vida y un entorno estable con sus dos padres como figuras permanentes y eso significa matrimonio.

Era lo que ella quería pero, ¿funcionaría? Él no la amaba y si no se hubiera quedado embarazada él la habría evitado en la medida de lo posible. Georgia cruzó los dedos sobre su regazo y él le dijo:

—No puedo quedarme, tengo mucho que hacer, pero la semana que viene organizaré la ceremonia. Después de la boda puedes venirte a mi casa y cuando esté menos apurado de tiempo buscaremos otra. Un apartamento en el centro no es el lugar más adecuado para un niño.

Como declaración amorosa no valía ni uno en una escala de diez. Ella apretó los labios para evitar que le temblasen. Él le dijo amablemente

—Todo irá bien, te lo prometo. Seremos un buen matrimonio —le acarició levemente el pelo— tengo que irme ahora pero volveré en una semana, a última hora de la tarde. Les daremos la noticia a los padres en la cena. No digas nada hasta entonces.

Así si hay tiros te cubriré yo.

Un buen matrimonio. Si él estaba decidido a que funcionase, ella también.

Pero para ser la esposa de un abogado de éxito tenía que mejorar su imagen. Se pasó toda la semana buscando ropa adecuada porque

¿cómo iba él a estar orgulloso de una mujer que llevaba pantalones y camisas anchos para ocultar su figura?

No encontró el vestido perfecto hasta el mismo día de la cena. Quería ponerse algo que la hiciera parecer mayor y más sofisticada ante Harold y Vivienne y demostrarle a Jason que estaba más que dispuesta a hacer un esfuerzo.

Cuando entraba corriendo en la casa, cargada de bolsas, se encontró con la señora Moody.

—La señora la ha estado buscando. La encontrará en el invernadero.

—Gracias —no había más que decir, a la señora Moody no le gustaba la charla. Por primera vez en su vida Georgia no se sintió intimidada por sus ojos severos y subió rápidamente hacia su cuarto a arreglarse para Jason, para el anuncio que él iba a hacer durante la cena. Vivienne podía esperar, tenía cosas más importantes que hacer que escuchar sus interminables quejas.

Cuando su madre se casó con Harold, para quien había trabajado como secretaria temporal, Georgia había estado sobrecogida, casi intimidada por la opulencia de su casa y por la riqueza impresionante de Harold. La falta de costumbre la hacía sentirse fuera de lugar, temerosa de meter la pata.

Sin embargo, su madre se había hecho inmediatamente al nuevo estilo de vida, como si no se hubiera pasado la vida estirando el dinero para poder mantenerse ella y a su hija no deseada. Aceptó con entusiasmo el lujo de que le hicieran todo, de tener más trajes de diseño de los que podía ponerse y una casa de vacaciones en el Caribe.

¡Que le fuera bien! Georgia se iba a embarcar en una nueva vida con Jason y su niño. Muy cuidadosamente sacó el vestido negro de una de las bolsas y lo extendió sobre la cama. Tenía estilo, era de seda cortada al bies con una caída impecable, escotado y corto, cuatro dedos por encima de la rodilla. Una vez puesto la hacía parecer rotunda, incluso voluptuosa, en vez de regordeta. Y los zapatos de tacón alto sencillos y de piel suave añadían altura a su metro setenta.

Después de la ducha se puso un perfume exótico y terriblemente caro. Él se lo merecía. Harold le daba una paga muy generosa para sus gastos, que ella rara vez tocaba, pero ese día había hecho uso intensivo de su cuenta.

Había merecido la pena, pensó mientras se ponía unas menudencias de color escarlata que pasaban por ropa interior. Acostumbrada a usar prendas de tipo más práctico y resistente, se sonrojó al verse en el espejo. El sujetador, muy escotado, daba una bonita forma a sus pechos al tiempo que los mostraba, y el tanga

diminuto acentuaba su trasero. ¿La desearía Jason si la viera así? ¿La vería como una mujer deseable en vez de como un paquete sin gracia? ¿Pensaría que casarse con ella podría ser algo más excitante que el simple cumplimiento de su deber? ¿Pensaría que era sexy?

El ruido inconfundible de alguien entrando en el dormitorio alteró aún más el ritmo de su corazón. Nadie entraba nunca en sus habitaciones, ni siquiera la señora Moody, porque se ocupaba ella misma de recogerlas. ¿Jason? Se llevó la mano a la garganta. Tenía que ser él. Había prometido llegar a tiempo para la cena y como aún faltaba una hora podría haber decidido hablar con ella en privado antes de anunciar sus planes de boda.

Con los ojos muy abiertos vio cómo giraba el picaporte de la puerta del cuarto de baño.

Unas pocas semanas antes hubiera buscado una toalla para cubrir su semidesnudez pero entonces no había ninguna razón para ser tímida con el hombre al que amaba con cada átomo de su ser, el hombre que pronto sería su marido, el padre de la nueva y preciosa vida que ella portaba en su seno.

¡Y además tendría la respuesta a las preguntas que se había hecho a sí misma hacía unos pocos segundos!

Entonces el mundo entero se volvió negro y silencioso. Harold estaba en la puerta mirándola fijamente. Georgia también lo miró, demasiado sorprendida para moverse.

Él la miraba de una forma que le hizo sentir ganas de vomitar. Su cara estaba roja y los ojos ardientes peinaban cada centímetro de su cuerpo. Intentó moverse para alcanzar una toalla y cubrir- se con ella, pero sus pies parecían haber echado raíces en el suelo.

—Bien, bien, bien ¡vaya revelación! —él le sonreía impúdicamente. Oh, si ella no fuera tan inexperta, si supiera cómo manejar aquella odiosa situación—. ¡Caramba con el patito feo!

El áspero sonido de su voz la sacó de su estupor y saltó hacia las toallas, pero él, moviéndose muy rápidamente para un hombre de su edad, se le puso delante.

—No tienes por qué ser tímida conmigo, nena.

Empezó a sentir pánico. Él podía estar de broma, con una de sus bromas de mal gusto, pero ella no lo creía, y la única manera de evitar que sus ojos se arrastraran por todo su cuerpo era taparlo. Hizo un desesperado movimiento para alcanzar el borde de la toalla que asomaba detrás del cuerpo voluminoso de Harold y él la agarró riendo, tocándola por todas partes.

Y entonces se abrieron las puertas del infierno.

En cualquier otro momento, la vista de las facciones distorsionadas

de su madre y el tono estridente de su voz, le habrían parecido muy graciosas por el contraste con el elegante vestido de seda gris.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Hal? ¡Contéstame, Hal!

Él la empujó a un lado. Georgia temblaba y no sabía qué hacer ni qué decir, agradecida de que él hubiera dejado de tocarla, pero horrorizada de que su madre hubiese presenciado la degradante escena.

Pensó que era lo peor que le podía haber sucedido en la vida, pero supo enseguida que estaba equivocada, porque también Jason estaba allí, con la cara oscura por la ira, y eso tenía que ser peor que nada que ella hubiera podido imaginar.

—Vivvie, nena, no te confundas. Siento tener que decirte esto, pero no puedo permitir que te hagas una idea equivocada. Subí sólo a decirle el recado que te había dado esa tal Sue que ha estado telefoneando toda la tarde, por ahorrarte a ti la molestia. Pero ésta pequeña lagarta estaba desfilando aquí con esa ropa —frunció las cejas con ansiedad— no te había dicho nada antes para no disgustarte, pero se me ha estado insinuando desde hace semanas. Y ahora, bueno, sencillamente se me ha echado encima, como habrás podido observar por ti misma.

Todos la miraban, condenándola. Georgia apenas podía mantenerse en pie, hablar hubiera sido imposible. ¿Cómo podía decir Harold esas cosas tan repugnantes sobre ella? Temblaba de pies a cabeza y su negativa, cuando por fin llegó, fue casi inaudible.

—Yo no, no, yo no.

Sabía que no había sonado convincente. Su madre le estaba gritando y no podía comprender qué le decía, pero por su mirada de odio supo que no la creía. ¿Y porqué iba a hacerlo? ¿Por qué tendría que creer la verdad si eso significaba que su matrimonio no volvería a ser el mismo? ¿Por qué iba a sacrificar el bienestar y el lujo si podía evitarlo simplemente cerrando los ojos?

Y la expresión de profundo y amargo desprecio de Jason lo decía todo. Él tampoco le creía. La oferta de matrimonio la había hecho por sentido del deber, él no la amaba, nunca lo había hecho, y ahora la despreciaba. Él la había dejado entrar en su cama sólo porque ella se había ofrecido ansiosamente.

Jason se había dejado llevar por sus hormonas, su juicio había estado nublado por el alcohol y ahora lo lamentaba, quizás amargamente. Si él la tuviera en alguna consideración estaría defendiéndola o, por lo menos, querría oír su versión de la historia.

Pero él no dijo una palabra, y ella supo que aquella farsa le proporcionaba la excusa perfecta. Si creía a Harold, podía creer

cualquier cosa: creer que tras su iniciación ella, ávida de sexo, se había arrojado sobre cualquier hombre que se le cruzara, ¡podría incluso permitirse creer que el niño no era de él!

Cegada por una súbita inundación de lágrimas, salió tropezando de la habitación, cubriéndose los senos con los brazos, en un intento vano y tardío de ocultar todo lo que pudiera de sí misma y de la estúpida ropa interior roja, de los ojos despectivos de Jason.

Él no hizo ademán de detenerla ni de seguirla y la última brizna de esperanza languideció y murió. Mientras se volvía a poner los vaqueros y el jersey, los zapatos y el bolso, podía oír su voz baja y áspera, la aguda diatriba de su madre, el tono reposado de Harold. Debían estar discutiendo su mal comportamiento, decidió histéricamente mientras iba hacia la puerta.

Cuando puso en marcha el coche supo exactamente adónde iría. A casa de Sue.

Afortunadamente había estado demasiado ocupada yendo de tiendas y planeando su futuro con Jason para pensar siquiera en llamar a su amiga, contarle lo que había pasado y que había cambiado de idea con respecto a Nueva York. Los padres de Sue no le volverían la espalda, estaba segura. Aunque por el momento estaban en Nueva York. El padre llevaba allí semanas organizando la agencia y la madre se había ido hacía poco para buscar casa.

Siempre la habían hecho sentirse bienvenida a la familia y harían todo lo que pudieran para apoyarla. Y Sue pelearía hasta el final por ella.

Capítulo 3

GEORGIA volvió al presente con un sobresalto. El rápido repaso de su pasado la había atontado un poco y la forma en que Jason la estaba mirando, con desprecio y hostilidad apenas disimulada, le hizo ver que Harold nunca confesó la verdad de lo que había sucedido aquella noche. Posiblemente tenía intención de hacerlo, pero nunca pudo reunir el coraje necesario. Jason podía ser muy intimidante cuando quería.

Ella había hecho las paces con su padrastro hacía mucho tiempo; al día siguiente del funeral él había volado a Nueva York a llevarle la noticia de la muerte de su madre en un accidente de coche. Ella no había querido recibirlo, pero su aspecto demudado la sorprendió tanto que escuchó lo que él tenía que decirle.

La muerte de su esposa, y la forma en la que había sucedido, le había obligado a mirarse a sí mismo y no le había gustado lo que vio. No había podido pedir perdón por las mentiras que contó aquella tarde traumática, por el daño que le había hecho a ella y también a su mujer.

Había sido muy difícil perdonarlo, pero al enfrentarse a alguien que estaba tan evidentemente atormentado por la culpa no le había quedado más remedio que intentarlo. Después le había escrito a menudo y ella le había contestado alguna vez y, cuando ella volvió a Inglaterra, él había ido hasta Birmingham una vez al mes para invitarla a almorzar.

Sin embargo, ella había cancelado la última cita, había estado demasiado ocupada con la presentación. Ahora desearía haber hecho un esfuerzo, él siempre parecía estar tan solo, tan patéticamente complacido de su compañía. Harold nunca había sabido nada de su embarazo y eso hizo las cosas más fáciles entre ellos, porque no había riesgo de que lo mencionara.

Jason era alto, más de un metro noventa, y ella tenía que levantar la cabeza para poder mirarlo a la cara. No había nada que ver en ella excepto desagrado. ¿Se habría preguntado alguna vez qué había sido de su hijo? ¿O ni siquiera le importaba?

¿Le había contado Vivienne que había perdido al niño o ninguno de los dos se había molestado en mencionar el tema?

Él no había hecho ningún intento de contactar con ella en todos aquellos años.

Se había lavado las manos con respecto a ella y al niño. Georgia no se permitía nunca pensar en el hijo que había perdido, la hería demasiado. Cerró los ojos un instante para ocultar el dolor y sintió la mirada de él como un hierro de marcar. Los abrió de nuevo y lo miró

a los ojos duros y hostiles, apartando el pasado de su mente con decisión. No conocía a ese hombre que no había querido saber nada de su existencia, del destino de su hijo. Y no quería conocerlo.

Él estaba aturdido por el cambio que se había operado en Georgia. Sabía que la estaba mirando atónito, pero no podía evitarlo. Esta nueva versión de la adolescente gordita que él recordaba era una mujer muy esbelta, aunque perfectamente formada, que vestía un sencillo y elegante jersey crema y unos vaqueros ajustados de diseño. La mujer en que ella se había convertido estaba a años luz de aquella regordeta niña de quince años que él había conocido en la boda de Harold, diez años atrás.

La primera compasión auténtica y profunda que había sentido en los veintitrés años de su vida le atenazó por dentro cuando la vio llevando un horroroso vestido de raso azul que acentuaba su gordura, una corona de flores azules precariamente colocada sobre su pelo corto de color castaño ratón y con el ramo de lirios de su madre en las manos visiblemente temblorosas. Había una mirada aturdida en sus ojos que le hizo desear cuidarla, protegerla de los golpes de la vida, sobre todo cuando Vivienne, muy elegante con su traje de seda azul oscuro, levantaba una ceja perfectamente arqueada, perfectamente mordaz, cada vez que su desventurada hija hacía un comentario inseguro o un movimiento torpe.

Vivienne no había tenido tiempo para su hija, él lo había intuido desde el primer momento y más tarde había sabido por qué.

Pero la sonrisa de Georgia, cuando por fin le pudo arrancar una, había sido hermosa, confiada e inocente y sus ojos se colgaban de él como si fuera una roca en un mar encrespado.

Ahora no había compasión en él. Ella había matado cualquier preocupación que pudiera sentir de la misma manera que había matado a su niño. Él se había sentido enfermo cuando Vivienne le había hablado del aborto. Además, juzgando por su aspecto, ella no parecía necesitarla. Y su sonrisa, si ella decidiera suavizar su expresión altanera, podría seguir siendo tan hermosa como una puesta de sol, que a él lo dejaría frío. Georgia rompió el largo silencio.

—Necesito el chisme del control remoto para abrir el garaje —las llaves del coche colgaban de uno de sus delgados dedos. Se había hecho algo en el pelo; ahora era largo hasta los hombros y brillaba a la luz de las lámparas. Parecía tan suave como la seda. Avanzó hacia ella alargando una mano.

—Lo meteré yo en el garaje y te traeré el equipaje.

—No —instintivamente guardó las llaves dentro de la mano— nadie toca mi coche más que yo.

Así que había una zona en la que era vulnerable. Encogió los hombros ¿qué más le daba? La siguió afuera y la vista del coche le hizo levantar una ceja. No le extrañaba que fuese posesiva. Potente, de un perfecto diseño italiano, O ganaba una barbaridad o tenía un amante rico.

Por su aspecto y lo que sabía de ella, por lo que recordaba de cómo era en la cama, él apostaba por un amante mayor. Activó el mando a distancia y se lo entregó diciéndole con tirantez:

—Cierra al salir. Estás en tu antigua habitación, la cena es dentro de diez minutos, la señora Moody la ha reservado.

Él había estado mirando cómo se abría la puerta del garaje mientras hablaba y después se volvió a mirarla a ella. Su cabello brillaba bajo la luz y sus ojos eran como piscinas ámbar que decían: ¡maldito presumido! tan claramente como si hubiera pronunciado las palabras.

Él aceptó el reto de sus ojos con un ligero movimiento de cabeza y una sonrisa tirante y entró rápidamente en la casa. Podía encontrar sola el camino. Aunque hubiera olvidado todo lo demás: su moral, su responsabilidad hacia la vida que una vez había llevado dentro, hacia él, no podía haber olvidado el camino hacia las habitaciones que habían sido suyas. Y podía llevar ella sola sus maletas.

La cortesía no costaba nada, pero en aquel momento no podía darle ni eso. Si ella hubiera estado tan insegura, tan anulada como él la recordaba, quizá habría podido dar una apariencia de comportamiento educado. Pero esta nueva criatura, descarada y segura de sí misma, con el brillo de la batalla en los ojos, no podía esperar nada de él.

Después del funeral, después de que se hubiera asegurado de que ella se iba a tomar seriamente sus nuevas responsabilidades, la dejaría en paz.

Su antigua habitación. Georgia la miró con desagrado profundo; siempre había odiado los tonos rosas y salmón de niña pequeña que Vivienne había elegido para la decoración, los volantes y frunces por todas partes y los delicados muebles en blanco y dorado que parecía como si se fueran a romper en pedazos si se acercaba. La habían hecho sentirse como un elefante en una cacharrería, pero era demasiado insegura y le acobardaba demasiado el resentimiento de su madre para protestar.

Si Jason hubiera tenido alguna sensibilidad le habría pedido a la señora Moody que preparara para ella una de las habitaciones de invitados.

Afortunadamente, sólo tendría que hacer uso del escenario de su

humillación y angustia por un par de noches a lo sumo. Y, también afortunadamente, todas las cosas que había dejado tras ella aquella noche terrible habían desaparecido de los cajones y armarios. La señora Moody debía haberlas tirado a la basura siguiendo órdenes de su madre.

Dejó la maleta sobre la colcha rosa y se miró al espejo, la melena estaba despeinada. El pelo de ratón pertenecía al pasado. Después del trauma de perderlo todo, Jason, el niño, el derecho de aparecer por Lytham, de volver a tener algo que ver con su madre, el pelo le había crecido, simplemente porque no se había molestado en cortárselo, y la gordura había desaparecido porque no había sido capaz de comer gran cosa.

Decidió que no se iba a cambiar, Jason tendría que aceptarla como estaba.

Vivienne había insistido siempre en que se arreglaran para la cena. Recordó lo poco que le gustaba tener que quitarse el amplio uniforme que disimulaba todos sus defectos y ponerse uno de aquellos vestidos de volantes que su madre consideraba adecuados para una chica joven.

O quizá Vivienne había elegido deliberadamente aquellos horrorosos vestidos porque sabía que la harían parecer un espantajo y así subrayaba el contraste con su elegante perfección.

No podía permitir que esas cosas le hicieran daño. Vivienne había muerto y Jason, a pesar de seguir tan guapo y viril como siempre, por lo que a ella respectaba estaba también muerto.

El estar de nuevo en Lytham le había traído demasiados malos recuerdos y, si lo que Jason había dicho acerca de la herencia era verdad, se desharía de aquel lugar en menos tiempo de lo que tardaba su coche en pasar de cero a cien.

Se encontró con él en el comedor. Tampoco él se había cambiado de ropa. El viejo orden había cambiado; lo cual era una lástima, le hubiera causado un perverso placer enfadarlo, subrayar su independencia.

—¿Lista para comer?

¿Era necesario que la mirara como si se estuviesen preparando para la pelea del siglo? Levantó la tapa de la cacerola que la señora Moody había llevado junto con una fuente de patatas y descubrió que el apetitoso olor le repelía.

—No tengo hambre —Georgia se sirvió una copa de vino tinto y se sentó con ella en uno de los sillones enfrente de la chimenea encendida—. Pero come tú.

¡Descarada!, pensó él con rabia, pero contuvo su lengua. ¿Quién

podía haber pensado que la Georgia vulnerable y demasiado deseosa de agradar se convertiría en eso? Pero también, ¿quién podía haber pensado que aquella encantadora niña podría haber abortado fríamente sin consultarle siquiera? Volvió a tapar la cazuela y giró su silla para estar frente a ella. Era el momento de hablar de ciertas cosas necesarias: detalles del funeral del día siguiente, el alcance exacto de su muy considerable herencia y una charla sobre su responsabilidad con respecto al personal de las casas si decidía venderlas. En vez de eso se encontró diciendo con mofa:

—¿Es así como te mantienes delgada? ¿Muriéndote de hambre? Hubo un tiempo en el que te podías comer todo lo que caía en tus manos —la expresión de sus ojos y su ceño hubieran hecho que la antigua Georgia corriera a esconderse, pero la nueva no se acobardaba fácilmente y ya iba siendo hora de que él se diera cuenta.

—No tan delgada, ¿no crees? —con deliberada provocación se pasó lentamente una mano por el cuerpo, subrayando sus pechos y la femenina curva de sus caderas—.

Digamos esbelta más bien.

Su mirada era burlona y él modificó interiormente el calificativo de descarada por el de bruja. Ella se había convertido en una mujer muy sexy, pero las apariencias no significaban nada; él prefería las curvas demasiado generosas del cuerpo extraordinariamente amoroso que había sido suyo por tan breve tiempo, cuando una combinación de medicamentos y una fuerte dosis de alcohol le hizo olvidar que era un adulto responsable.

Los recuerdos de aquella noche sorprendente, negados rigurosamente durante siete años se abrían paso en su cabeza y bebió de un trago su copa de vino deseando que fuera algo más fuerte, mientras ella decía con languidez:

—Normalmente tengo buen apetito; la diferencia está en que ya no como para consolarme.

Aquello tenía sentido, tenía que reconocerlo. La niña había tenido una vida solitaria, sin cariño. La habían remitido a un internado y animado, siempre que fue posible, a que pasara las vacaciones con su amiga Sue; simplemente porque la elegante Vivienne no había querido que su hija adolescente empañara su nuevo y sofisticado estilo de vida.

Recordó una vez en que, al llegar a la casa para pasar el fin de semana, se encontró a Georgia en la cocina, con la cara cubierta de migas y roja por la culpabilidad, escuchando el sermón de la señora Moody por haberse comido una bandeja entera de galletas recién horneadas.

No quería recordar su lástima por ella. Ni la forma en que intentó disipar la humillante escena con que se había encontrado, diciéndole a ella que venía entumecido de conducir y pidiéndole que lo acompañase a dar un paseo por el campo. No quería recordar nada de ella.

Había sido culpa suya, por supuesto, por haber mencionado algo tan personal como sus hábitos de alimentación. Lamentó la falta de control que le había llevado a hacer tal comentario. No volvería a suceder.

—Bien —brevemente y sin emoción le informó de los detalles del funeral, luego, sin alterar el tono le comentó—. Como no te molestaste en asistir al entierro de tu madre tengo que asumir que has venido al de tu padrastro porque estás informada del contenido de su testamento, sin embargo...

—¡Un momento! —su aire de indiferencia desapareció; se puso de pie y posó la copa de vino ya casi vacía sobre la mesa—. Estaba fuera de la ciudad por negocios y no supe nada de la muerte de Vivienne hasta que Harold voló a Nueva York el día después del entierro, así que mucho cuidado con los comentarios sarcásticos. Y, no, has elegido asumir erróneamente, Harold nunca comentó conmigo su testamento ni sus asuntos financieros.

—¿No? ¿Entonces qué comentabais durante vuestros agradables almuerzos? ¿O

prefieres no contármelo? ¿Sabías —dijo en tono neutro, como si no le interesara—, que guardaba todas las cartas que le escribiste desde Nueva York?

¿Qué creería él que estaba insinuando? Ella tenía razón, Harold nunca aclaró las cosas. Jason pensaba ahora, como había hecho antes, que ella se habría arrojado con entusiasmo sobre cualquier cosa que llevara pantalones.

A lo largo de los años ella se había esforzado tan duramente en eliminar cualquier signo de emoción en lo que a él se refería que había llegado a creer que lo había controlado, que el único sentimiento que él le podía provocar era un desprecio frío y distante. Mostrar cualquier emoción delante de él, aunque fuera rabia, era un fracaso definitivo.

Volvió a llenar su vaso, respiró hondo e hizo un esfuerzo consciente por relajar sus mandíbulas. No la sacaría de sus casillas, ella no se lo permitiría. De nuevo controlada, respondió con ligereza:

—Si encontraste las cartas me imagino que las leerías con microscopio.

Esperaba que lo hubiera hecho, lo deseaba tanto. Cartas de

compromiso, y no muchas; escritas porque sentía lástima de aquel hombre mayor, solitario y abrumado por la culpa y porque le había parecido descortés no contestar a las dos docenas de cartas que él le envió. No había en ellas nada más que comentarios acerca del trabajo y del tiempo.

Pero él no le dijo si las había leído o no, y ella tuvo que recordarse a sí misma que le importaba un comino lo que él pensara de ella.

—Olvídalo —parecía estar aburrido del tema—. Bébete el vino y siéntate. Si de verdad no sabes nada te informaré de los detalles de su testamento.

Ella se encogió ligeramente de hombros y tomó la copa, pero no se sentó. Se acercó a la ventana y apartó las cortinas. El cielo estaba lleno de estrellas y había una fuerte helada, pero el ambiente de la habitación era mucho más frío.

—Te ha dejado todo lo que tenía. Como ya sabes, vendió su compañía cuando se casó con tu madre, yo le había dicho anteriormente que no tenía interés en el negocio inmobiliario. El resultado de la venta fue sabiamente invertido, de manera que te ha dejado una cartera muy sólida. Los intereses de las inversiones te podrán permitir vivir sin trabajar si no quieres hacerlo. Y esta casa, naturalmente, y todo lo que está en ella. No te veo conservándola, de manera que imagino que preferirás vender.

Él la observaba fijamente. Su perfil, resaltando sobre la oscuridad de la noche, parecía tallado en mármol. Ninguna reacción, no fingía estar abrumada por tanta riqueza, ni siquiera un parpadeo de avaricia. A diferencia de la antigua Georgia, transparente como el agua, ésta jugaba con las cartas tapadas.

—Dado que Harold no lo hizo, te sugiero que hagas un legado para la señora Moody si decides vender; ha cuidado esto con mucha eficacia desde que yo puedo recordar.

Ya sé que no es exactamente la alegría personificada, pero tiene buena intención. A su edad no es probable que encuentre otro trabajo con residencia incluida. Piénsalo.

Además está Blaines, ha cuidado los jardines durante treinta y, tantos años con un sueldo ridículamente bajo. Él y su mujer tienen una casita en propiedad, de manera que no tienen tanto que perder como la señora Moody; pero yo sugeriría que merece algo.

Esto sí consiguió una reacción, demostrándole, si es que necesitaba pruebas, que su opinión sobre su carácter era exacta. Lo supo cuando ella volvió lentamente la cabeza, mirándolo con ojos dorados y fríos, las aletas de la nariz ligeramente arqueadas y los labios curvados en una leve sonrisa de desprecio.

—¿Hay alguien más que necesite que le echen una mano? ¿Tú, quizá? Me imagino que sí, ya que Harold tampoco dejó ningún legado para ti ¿Cuánto te gustaría? ¿Sería suficiente la mitad? ¿O crees que deberías tenerlo todo?

No lamentaba ni una sola palabra. Él era el hijo adoptivo de Harold, era natural que estuviera resentido porque todo fuera para ella; pero no iba a mostrar escrúpulos ante ese hombre que le había vuelto definitivamente la espalda cuando más le necesitaba. Y desde luego se aseguraría de que la señora Moody y Blaines recibieran una generosa recompensa por sus años de lealtad y servicio, pero no tenía intención de decírselo a él, para que creyera que todavía tenía el poder de mover las cuerdas. Ella esperaba que su comentario mordaz le hubiera hecho sentirse mezquino y quedó tan sorprendida cuando lo vio recostarse en la silla y sonreír que tuvo que mirar a otro sitio.

—Puedes quedarte con todo —le dijo suavemente— yo me abro mi propio camino, incluso los años de universidad los pagué con un legado que me había dejado mi madre. Nunca acepté nada de Harold después de cumplir los dieciocho y no quiero nada de él ahora. Como ya te he dicho —la sonrisa irónica desapareció, los labios se le pusieron tirantes—. Estoy seguro de que te lo has ganado con creces.

—Si tú lo dices —levantó ligeramente un hombro para indicar absoluta indiferencia, para demostrarle que ya no podía herirla con su mala opinión sobre ella. Vació la copa de vino, necesitaba algo que la ayudase a dormir. Después deseó no haberlo hecho porque se sentía extraña—. Si eso es todo, creo que me retiro.

Comenzó a caminar hacia la puerta, despacio, sintiendo las piernas como de algodón. Jason, observándola impasible dijo:

—No todo.

Georgia se detuvo, aferrándose al respaldo de una silla para mantener el equilibrio, el suelo parecía subir y bajar bajo sus pies.

—¿Qué más? —dijo beligerantemente. No podía dejarle ver que estaba algo mareada, él se burlaría.

—Blue Rock —la observó, estaba pálida, con los ojos encendidos y muy abiertos. De pronto le pareció que le costaba tenerse en pie. Era demasiado sofisticada para que le hubieran afectado dos copas de vino, más bien estaría demasiado excitada con sus perspectivas. El haber vuelto a verlo no podía haber producido ese efecto porque ella no tenía conciencia. Bien, él le daría más motivos para excitarse.

—La isla, la casa y todo lo que hay en ella. Harold no volvió jamás después del accidente. Parece ser que Vivienne dejó un montón de cosas personales tras ella.

Dudo que te interesen sus vestidos, pero podría gustarte poner las

manos en su joyero —él se puso de pie, ya no podía soportar más su compañía—. Si te apetece ir y llevarte un amigo tendrás quien te cuide: Blossom y Elijah viven allí todavía y cuidan la casa.

La habitación estaba tan silenciosa que se podía oír su respiración. Compartir espacio con ella había hecho que su sangre se calentara. De pronto, la idea de que ella siguiera su sugerencia de pasar un tiempo en la isla con su amigo actual, ¿quizá el hombre que había contestado el teléfono? hizo que se pusiera rígido. El pasado volvía con aires de venganza y sólo podía culparse a sí mismo. Se había comportado con total irresponsabilidad, soportado las consecuencias, y había conseguido superar todo el asunto. O así lo había creído.

El verla en carne y hueso, guapa, sexy y segura de sí misma despertó en él algo crudo y salvaje. Deseaba agredir: a ella por ser tan condenadamente atractiva, a sí mismo, por sentirla así, y al destino, por haberlos reunido de nuevo.

Le dio bruscamente las buenas noches y salió de la habitación. No la miró; no podría. Mirarla le causaba un dolor imposible de describir.

Capítulo 4

EL SUEÑO la había venido persiguiendo con menos regularidad; pero aquella noche soñó con el bebé. El bebé que había muerto.

Se despertó sintiendo el peso de la culpa y lloró sin poder contenerse. El sueño había sido más doloroso debido a su larga ausencia.

En el funeral, y luego en la casa, atendiendo al puñado de personas que acudieron a dar el pésame, contuvo sus lágrimas. No podía llorar por Harold, con quien había hecho las paces, las lágrimas eran por el niño, con quien no las había hecho, y no las haría mientras se siguiera sintiendo culpable. ¡Si no se hubiera permitido a sí misma estar tan turbada con lo que había sucedido a lo mejor no habría perdido al niño!

Había hecho todo lo posible por ocultar los estragos de la noche, usando más maquillaje del que acostumbraba. Llevaba un traje de chaqueta gris pizarra con un pañuelo blanco de seda cerrando el escote; pero su cara estaba rígida como la piedra.

Captó la mirada de sorpresa de Jason y se preguntó si sabría las razones de su pena.

Seguro que no; él les había vuelto sus anchas espaldas, a ella y al niño, apartándolos de su mente. Él no sabía qué había sido del niño que había engendrado, aparte de Sue y su familia, nadie más estaba enterado. Y ni siquiera había preguntado, no quería saber si había sido niño o niña, si le iba bien en la escuela y estaba sano y feliz.

Si el niño estaba vivo.

Era un dolor continuo, como el de una muela picada devorándole el nervio. El dolor no se iría y ella supo que tendría que irse de allí tan rápido como fuera posible.

Jason acompañó a las últimas visitas hasta la puerta y ella recogió copas y platos y las llevó a la cocina. La señora Moody, con los ojos enrojecidos y las manos cruzadas sobre el estómago, le dijo:

—No tiene que hacer eso; es mi trabajo, mientras tenga un trabajo.

—De eso quería hablarle

Georgia posó la bandeja sobre una de las brillantes encimeras. Estaba haciendo lo que podía para apartar el dolor que crecía en su interior. Se marcharía pronto, en cuanto recogiera sus cosas, y ésa era probablemente la última oportunidad de hablar con el ama de llaves cara a cara. No quería volver a pisar Lytham nunca más.

—Si no tiene planes inmediatos, me gustaría que se quedase y cuidara la casa hasta que todo esté solucionado. Me voy a hablar con el abogado de mi padrastro —lo había llamado a primera hora y habían quedado para las cuatro—. Él solucionará el tema de los

salarios y la indemnización.

La señora Moody la miraba fijamente, no se lo estaba haciendo nada fácil. Su cara siempre le había recordado a una ratonera. Consiguió que no le vacilara la voz y dijo:

—Lytham no me resulta de ninguna utilidad, de manera que será vendida.

—Imaginaba que sería así.

Georgia observó sus ojos imperturbables con respeto. Esa mujer ya mayor se estaba enfrentando al paro, a la pérdida de su casa, y a la muy escasa probabilidad de encontrar otro empleo, con un estoicismo que era casi increíble. Por si había alguna ansiedad interna e invisible Georgia hizo lo posible por aliviarla.

—Cuando eso suceda, se le proporcionará una pensión suficiente para retirarse. Esa es una de las cuestiones de las que quiero hablar esta tarde con el abogado.

Y también hablaría de Blaines, el jardinero, y estaban además Blossom y Elijah.

Había que pensar en ellos ya que Harold no lo había hecho. Algo de la tensión a la que había estado sometida se disipó. Había hecho lo que Harold hubiera debido hacer y no esperaba manifestaciones de gratitud, no era el estilo de la señora Moody.

Entonces surgió de nuevo el dolor de la traición y la pérdida cruel y apenas podía contenerlo. Se volvió para salir de allí antes de desmoronarse y oyó al ama de llaves que le decía:

—No creo que se quede a pasar la noche ni que vaya a volver.

Afirmó con la cabeza, porque las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo.

—Entonces tengo algo para usted, si tiene un par de minutos.

¿Algo para ella? Georgia se volvió, luchando contra el dolor de su pecho y su garganta. La señora Moody jamás le había dado ni una sonrisa en el pasado ¿Qué podría querer darle ahora? El ama de llaves fue hacia la hilera de armarios y sacó una caja de cartón que llevó hacia la mesa.

—Cuando se fue de la casa a quedarse con aquella amiga suya, antes de marchar para América, su madre me pidió que vaciara la habitación. Me imaginé que habían discutido porque me ordenó que enviara todas sus cosas a una tienda de caridad —

pasó su mano endurecida por el trabajo sobre la tapa de la caja, luego le hizo una confidencia que la dejó atónita—: mi marido murió antes del año de casados, nunca tuvimos un hijo. Pero si lo hubiésemos tenido sé que no lo habría barrido de mi vida, no importa lo que sucediera. Yo pensé que su madre se ablandaría algún día, por

eso aparté algunas cosillas, recuerdos en realidad.

Georgia abrió la caja muy emocionada y encontró pedazos de la criatura inocente que había sido, restos del pasado que no había querido volver a ver: un cuaderno lleno de bobadas románticas, los sosos poemas de amor de una chiquilla que se había creído apasionadamente enamorada; una foto de Jason tomada del álbum familiar y puesta en un marco de plata; su colección de discos, todos ellos baladas sentimentales; una bufanda de Jason que había dejado olvidada un frío fin de semana de invierno. Eso y la fotografía habían ido con ella a todas partes: el colegio, la casa de Sue, Lytham.

Otras cosas: libros que habían sido sus favoritos, unas pocas baratijas que le había regalado su abuela, valiosas para Georgia porque por lo menos su abuela la había querido, y le había regalado aquellas pequeñas cosas brillantes cuando se lo había podido permitir. No había habido dinero para malgastar hasta que su madre había encontrado a Harold y por aquel entonces su abuela hacía ya más de tres años que había muerto.

—Gracias. Fue muy considerado por su parte —las lágrimas que despreciaba, pero sobre las que no parecía tener ningún control, temblaron en sus ojos. La señora Moody no era tonta, tenía que haber observado la manera en que la adolescente gordita y sin gracia se había colgado como una lapa de Jason siempre que los visitaba, siguiéndolo con sus ojos de ternera degollada; y había guardado los patéticos recuerdos porque quizá había un rincón romántico bajo su severo aspecto externo.

Quizá la mujer creía que Jason podría ver a la nueva y delgada Georgia bajo otra luz distinta. ¡Ni soñarlo! Si podía marcharse de la casa sin volver a verlo estaría mucho más que contenta, estaría encantada.

Cuando el último de los invitados se hubo marchado, Jason cerró la puerta principal y se recostó contra ella. El silencio de la casa lo rodeaba. Todo había salido correctamente, la única sorpresa había sido el evidente disgusto de Georgia; ella había intentado ocultarlo pero él había podido observar que estaba abrumada por la pena.

Incluso cuando vivía su madre él había sido consciente de que Harold se extraviaba; pequeños asuntos furtivos, una chica de diecisiete años sin un gramo de cerebro en la sesera que habían contratado para ayudar a la señora Moody, la hija de diecinueve años del tabernero del pueblo, siempre chicas jóvenes con seso de mosquito. La lista fue en aumento. Por eso cuando Harold había acusado a Georgia de haberse arrojado en sus brazos él no había creído una sola palabra y se había quedado atrás para leerle la cartilla

después de que ella saliera disparada de la habitación.

Pero de pronto, por primera vez, la duda había anidado en su interior y ya no estaba tan seguro. Ella se había escrito con Harold y se había encontrado con él a su vuelta a Inglaterra. Él le había dejado todas sus posesiones, una fortuna muy considerable, y la pena de ese día había sido evidente.

Y él entonces no había conocido a la auténtica Georgia. Mientras había estado defendiéndola de las acusaciones de Harold, con Vivienne poniéndose enérgicamente de parte de su marido, Georgia había corrido hacia su amiga, probablemente planeando ya el aborto.

Cuando él descubrió que el coche de ella no estaba supuso que habría ido a casa de Sue y que allí estaría bien. Pensaba haber estado en Lytham sólo unas pocas horas, lo imprescindible para dar la noticia de la boda; tenía que volver a Londres, a su trabajo. Tenía una reunión a la mañana siguiente para un caso importante de fraude.

De vuelta en su apartamento llamó a casa de Sue. Su hermano había contestado y le dijo que Georgia estaba con ellos, dormida, y que le diría que Jason había llamado. Pasó los siguientes días intentando contactar con Georgia para asegurarle de nuevo que estaba con ella y el niño, pero no consiguió respuesta.

Frustrado por su necesidad de estar en la oficina, terminó por telefonear a Vivienne.

—¿Conciencia culpable, cariño? —dijo ella ásperamente— ¡Y parecías tan lleno de razón cuando le decías al pobre Harold aquellas barbaridades! Georgia me llamó aquella noche y me contó lo de su embarazo. Si es verdad y, francamente, me importa un pepino, eso demuestra que ella se lanzó sobre Harold y no al revés, como tú tan perversamente sugeriste. Si es tuyo se ha debido de lanzar también sobre ti y tú no mostraste el buen sentido de Harold de decirle que no. En cualquier caso, el problema no tiene que quitarte el sueño. Está resuelto. Se ha librado de él y debes agradecerme que le haya dado un consejo tan sensato. No podrás localizarla; esa amiga suya y su hermano la han recogido esta mañana de una clínica privada y se la han llevado a la playa para que se recupere. Como ya te dije, problema resuelto, y no hay que hablar más de ello. No le he comentado nada de este follón de mal gusto a Harold y te agradecería que no volvieras a mencionar delante de mí el nombre de esa descarada.

No lo había hecho. No había vuelto nunca a Lytham y había arrancado de su cabeza a Georgia y lo que ella le había hecho al niño que, para su sorpresa, había deseado tanto. Hasta que, debido a las circunstancias, ella había vuelto a entrar en su vida.

Pero eso acabaría pronto. Comprobaría que ella tenía intención de hablar con el abogado de Harold, se aseguraría de que se ocupara de Blaines y la señora Moody y volvería a Londres. Podía incluso llamar a Sylvia, invitarla a cenar. Habían estado saliendo de vez en cuando desde hacía un año. Una periodista muy atractiva, casada con su carrera. Disfrutaban de la mutua compañía, disfrutaban del sexo, y ninguno de los dos estaba interesado en compromisos a largo plazo. Cosa que a él le venía muy bien. Había perdido la inclinación, y probablemente la capacidad, de relacionarse emocionalmente con ninguna mujer desde...

Fue hacia la cocina. Primero haría saber a la señora Moody que se iba, luego buscaría a Georgia, le diría lo que tenía que decirle y se marcharía a toda prisa.

Se encontró con Georgia cuando salía de la cocina; llevaba una caja de cartón y tenía la cara húmeda por las lágrimas, los ojos atormentados y la boca apretada, como si no quisiera permitirse hablar con él. Debía haberle dicho lo que quería decir y después, muy fríamente, haberse marchado.

En vez de eso se encontró mirándola fijamente, como si quisiera guardar cada rasgo en la memoria: la gloriosa melena que le llegaba a los hombros, las pestañas salpicadas de lágrimas, la frágil garganta que emergía de aquella cosa blanca que llevaba al cuello. Se encontró forzando el desprecio en su voz mientras metía las manos en los bolsillos.

—Dios mío, Georgia, parece que estuvieras llorando a un amante apasionadamente querido, en vez de a un viejo padrastro al que veías sólo de vez en cuando.

La verdad es que debía haberlo dejado. Inmediatamente se despreció a sí mismo, como hubiera despreciado a cualquiera que fuese deliberadamente cruel, deseó no haberlo dicho y vio cómo a ella se le desencajaba la cara. Iba a pedirle disculpas pero ella se le adelantó.

—Nunca pudiste ver que todo eran mentiras ¿verdad?, las cosas que Harold dijo aquel día —su voz era áspera por el dolor, odiaba a aquel hombre de elegante traje gris, el hombre de rostro severo y ojos inmisericordes. El odio y la pena la inundaron y siseó— ¡O quizá preferiste creer aquellas mentiras porque te permitían una salida honrosa sin comprometer tu maldito sentido del deber! Nos diste la espalda a mí y al niño, y agradeciste a tu buena estrella el no tener que casarte con aquella adolescente gorda y ser el hazmerreír de todos. No te importó nada. Yo quería a nuestro niño, más que a nada, pero si tú no estuviste lo bastante interesado entonces como para

preguntar qué había sucedido, ¿porqué tendría que molestarme ahora en darte explicaciones? —levantó la cabeza bruscamente y le echó a un lado— apártate de mi camino, tengo una cita con el abogado.

Caminó rígidamente, controlada. Había soltado su dolor, se lo había dicho. Le había recordado lo vil que era. Era el único consuelo que tenía.

La suerte estaba de su parte, pensó cuando volvía hacia Birmingham. Cinco minutos después de su enfrentamiento con Jason había dejado Lytham sin volverle a ver. La entrevista con el abogado se había desarrollado tranquilamente y el tráfico era fluido.

Y sabía exactamente qué iba a hacer, qué necesitaba. Decorar el apartamento, colgar aquellas cortinas y fijar estanterías podía esperar. Pasaría el resto de sus vacaciones en Blue Rock, en el Caribe. Dejaría atrás el desolado invierno inglés, olvidaría al hombre de los ojos duros y grises y se tumbaría al sol en la fina arena blanca; nadaría en las cristalinas aguas azules y se atiborraría con los fantásticos guisos de Blossom. Tenía que reconstruir sus maltrechas defensas.

Capítulo 5

LA ARENA caliente la quemaba a través de los pantalones cortos. Se puso en pie y se sacudió los granos que se le habían adherido. Llevaba tres días en Blue Rock y ya había conseguido un ligero bronceado. Pero sólo eso, no la paz mental, por la que había hecho tan largo camino, ¿Cómo podía conseguirla si no podía quitarse a Jason de la cabeza, si él invadía sus sueños y se colaba prácticamente en todos los pensamientos que tenía despierta?

Habría sido mucho mejor que hubiera cancelado las vacaciones y vuelto al trabajo, pensó con un poco de irritación. Desde que consiguió recobrarse, muchos meses después de la pérdida del bebé, su trabajo y el ascenso en la escala de promoción habían sido las cosas más importantes en su vida, de manera que si hubiese vuelto le habría resultado más fácil expulsar el pasado de su mente por segunda vez.

Con el rabillo del ojo vio a Elijah sacar el bote del pequeño puerto natural del otro lado de la bahía. Oyó el ruido del motor. Levantó una mano para protegerse de la luz que reverberaba en las limpias aguas azules y se preguntó si iría a una de sus acostumbradas salidas de pesca o al mercado de la isla de San Antonio.

Deseó estar con él, cualquier actividad le serviría para distraer su mente de Jason y de la forma en que le había afectado el volverlo a ver, trayendo de vuelta el dolor, tan crudo y salvaje como siempre había sido.

Mientras seguía el bote con la mirada sintió que el sol de la mañana le quemaba los hombros y oyó la voz de Blossom flotando sobre los bajos arrecifes de coral.

—Vuelva ahora mismo, señorita Georgie y póngase un sombrero en esa cabeza ¿me oye?

La voz mandona y estentórea la hizo volverse y aceptar la orden con un saludo y una amplia sonrisa. Las cosas habían cambiado muy poco desde que visitó la isla con Harold y su madre dieciocho meses después de su boda. Blossom seguía considerando que era su deber dar órdenes a todo el que estaba alrededor *«por su propio bien»*, como ella virtuosamente decía, y Elijah, su sufrido pero devoto marido, todavía se abalanzaba a obedecer su más mínima orden. La única diferencia que Georgia había podido detectar era que el cabello rizado de Elijah se había vuelto blanco, y que el amplio perímetro de Blossom se había hecho más amplio aún.

Subió entre las blancas buganvillas que poblaban el arrecife y Blossom le dijo: —¿Quiere parecer una langosta cocida? Váyase ahora mismo para adentro. Tengo una limonada helada esperándola en la casa.

—Tiene toda la razón, como siempre — la cara de Georgia estaba seria, pero sus ojos bailaban. Cualquier otro que se hubiera atrevido a tratarla como si fuera una cría se habría encontrado con su lengua afilada.

Después de la nieve y el frío de Inglaterra la temperatura del Caribe era fabulosa pero, a pesar de la brisa, los efectos del sol podían ser terribles. Se embadurnaría de crema protectora y buscaría un sombrero amplio antes de salir de nuevo. Pero Blossom tenía otras ideas.

—Tiene tiempo de arreglarse y empezar a mirar las cosas de su pobre madre antes de que llegue su invitado. Este sitio es suyo ahora, tendrá que hacerse cargo. Está en usted hacer bien las cosas. El señor Harold nunca volvió para hacerlas, demasiados malos recuerdos.

Blossom estaba ya cruzando el césped que Elijah cuidaba con tanto esmero y Georgia la alcanzó con el ceño fruncido.

—Repítamelo, por favor, Blossom, yo no estoy esperando a ningún huésped —a la mujer se le debían haber cruzado los cables o ella había oído mal.

Pero no había posibilidad de malinterpretar la mirada zumbona de Blossom, ni la manera en que se volvió, con las manos apoyadas en sus amplias caderas

—Pues claro que sí, señorita Georgie. ¿Cómo ha podido olvidar una cosa así? El señor Jason telefoneó desde San Vicente hace un rato. El taxi aéreo llega a San Antonio dentro de un par de horas, Elijah ha salido a buscarlo y a traer pescado. Así que, como acabo de decirle, tiene tiempo para adecentarse un poco y empezar con el cuarto de su madre. No está bien dejarlo así y seguramente no podrá hacerlo cuando tenga que entretener al señor Jason.

Georgia sintió que la sangre se le enfriaba en las venas. Jason la había seguido hasta allí y obviamente había hecho creer al ama de llaves que estaba invitado. No podía entenderlo. No parecía haber estado más encantado de su compañía de lo que ella había estado de la suya. En realidad el mutuo desdén había producido una tensión que crepitaba y teñía el aire de Lytham mientras estuvieron allí.

Y no podía subirse a un autobús y marcharse. Entrar y salir de Blue Rock era una pesadilla logística. Así que se quedaría allí atascada hasta que pudiera solucionar el viaje de vuelta. Atascada, sin lugar donde esconderse. Se detuvo en medio de la escalera que conducía a la terraza que rodeaba todo el edificio. ¿Qué demonios le pasaba? El instinto de correr y huir de las cosas desagradables pertenecía a su pasado, a la adolescente insegura y ávida de complacer. Las nuevas reglas eran otras. Ahora defendía su territorio; podía afrontar

cualquier cosa. Y eso incluía a Jason.

Cuando la avioneta inició el aterrizaje, Jason miró hacia abajo, a las aguas azul turquesa que rodeaban la pequeña isla de San Antonio, y sintió que los músculos de su estómago se agarrotaban. No tenía nada que ver con la forma en que se movía el avión y sí mucho con la perspectiva de ver a Georgia otra vez, de encarar el pasado y, finalmente, darle el descanso eterno.

Después de lo que ella dijo del niño, la necesidad de seguirla, de aclarar las cosas, de descubrir si él había tenido parte de culpa, aunque no fuera más que por haberla creído más madura de lo que era, había sido absolutamente compulsiva.

A lo mejor, si él se hubiera cerciorado de que ella sabía que contaba con su apoyo incondicional, si le hubiera hablado de su certeza de que los quería a los dos, a ella y al niño, no se hubiera dejado arrastrar por el pánico y no hubiera corrido a abortar.

Pero el deseo había sido tan nuevo para él que no había sido capaz de entenderlo entonces, así que, ¿cómo hubiera podido hacerle comprender a ella lo que él mismo consideraba inexplicable?

La avioneta se dirigía hacia la choza que hacía las veces de terminal de aeropuerto. Jason frunció el ceño, incómodo al descubrir que estaba buscando excusas para sí mismo. Además, había otro aspecto del problema que se le indigestaba: sus relaciones con Harold.

Cuando su padrastro la acusó por primera vez de haberse lanzado a sus brazos, él lo había rechazado inmediatamente. Hacía años que sabía cómo era Harold. En cualquier caso, aquello se había convertido en una consideración secundaria cuando supo lo del aborto. Para empezar, se había puesto tan furioso por el fin de aquella vida que él había contribuido a crear, que no podía confiar en mantenerse sereno en una discusión con ella acerca de lo que había hecho. Para cuando consiguió ser dueño de sí mismo ya era demasiado tarde. Se enteró por medio de Vivienne de que ella se había marchado alegremente a los Estados Unidos sin demostrar ni siquiera un poco de remordimiento; después de eso él se esforzó en arrojarla de sus pensamientos.

Y había tenido éxito hasta que ella volvió a Inglaterra y Harold le habló de aquellas citas para comer. Y, ¿qué había hecho para convencerlo de que le dejara toda su fortuna? Después de ver a la nueva y sofisticada Georgia, una mujer que evidentemente sabía qué camino pisaba, que irradiaba sex-appeal, y que conocía a Harold desde hacía mucho tiempo; no imaginó ni por un instante que pudiera haber una explicación inocente.

Desabrochó su cinturón de seguridad y se puso de pie con una

mueca de mal humor. No le importaba nada el dinero de Harold, sólo los motivos de su decisión.

Había ido allí con un solo propósito: descubrir la verdad. La verdad acerca de las razones por las que había abortado y la verdadera relación que la unía a Harold. Una vez que lo hubiera logrado podría encerrarla una vez más en el pasado. Y dejarla allí.

En el momento en que vio el bote entrando en la bahía bajó la persiana y se volvió de espaldas a la ventana. Estaba todo lo preparada que podía estar para afrontar a su indeseado y no invitado huésped. Se vio reflejada en el ventanal; su figura esbelta resultaba monótona: pantalones estrechos gris perla, blusa sin cuello del mismo color y la melena recogida en una trenza. Una modestia deliberada. El único color primario era el rojo escarlata con que se había pintado los labios; y esto también era deliberado. Una pequeña bandera de desafío.

Salió en seguida de la habitación, antes de que Blossom la llamara a voces para que se comportase como una perfecta anfitriona. Sus pies desnudos no hacían ruido sobre el suelo de mármol. Cruzó el recibidor y fue lentamente hacia las puertas de la terraza para esperar allí, a la sombra de las enredaderas. Ni más cerca ni más lejos.

Antes, el menor indicio de la llegada de Jason la hubiera hecho salir dando saltos a buscarlo, con los ojos llenos de adoración y una sonrisa tan amplia que los extremos se tocaban detrás de su cabeza. Ya no. Nunca más.

Respiró hondo el aire cálido perfumado por las enredaderas en flor y relajó la espalda. No tenía intención de parecer rígidamente defensiva, como si tuviera algo que ocultar. Fría y sin aparentar interés era la mejor actitud.

Pero cuando lo vio subir por los escalones que conducían al puerto, el estómago primero se le retorció y luego se le hizo un nudo.

Él no tenía derecho a hacerle eso, pensó enfadada, secándose a escondidas las manos, que se le habían puesto húmedas, en el pantalón. No sentía ya nada por él, nada más que desprecio.

El desprecio no hubiera acelerado su corazón ni le hubiera dejado la boca seca.

Jason caminaba con una elasticidad que no había visto en ningún otro hombre, y la camisa verde hielo que llevaba con unos chinos perfectamente cortados, no encubría su fuerza. La manera informal en que llevaba la americana sobre un hombro mientras en la otra mano portaba una pequeña bolsa de viaje no la engañaron. No había nada informal en la fría mirada de apreciación de sus ojos cuando se le acercó.

Ella apenas oyó el alegre "buenos días" de Elijah, que portaba una caja llena de viandas del mercado de San Antonio hacia la cocina. No percibió nada más que un punzante sentimiento de intrusión cuando Jason, deliberadamente, le mantuvo la mirada, invadió su espacio.

Estaba tan tensa que le resultaba imposible hablar. Le tocaba a él explicar su no deseada presencia; levantó la barbilla negándose a dejarle ver que podía afectarla de alguna manera, excepto, quizá, provocándole un ataque agudo de aburrimiento mortal.

Él miró su expresión pétrea en silencio durante unos larguísimos segundos y luego, levantando una ceja, condescendió a decir:

—Te has instalado ¿verdad?

La pizca de proteccionismo burlón que había en sus palabras relajó las tensas cuerdas vocales de ella que, eligiendo cuidadosamente sus palabras, dijo con el mismo tono de voz que él:

—Perfectamente. Aunque no podría decir que estoy complacida de verte. Quizá seas considerado con mi curiosidad y me digas qué haces aquí.

Para vigilarla, probablemente, para asegurarse de que no había despedido a Blossom y Elijah o invitado a todos sus amigos para una bacanal monstruo. O, simplemente, para asegurarse de que no disfrutara ni un segundo más de su estancia en la isla, gracias a su presencia. Él contestó con lentitud:

—Para rematar nuestros asuntos. Ya va siendo hora.

No había ningún asunto que rematar, pensó ella tercamente.

—Por lo que a mí respecta, cualquier asunto entre nosotros —remarcó la palabra con un toque helado—, terminó definitivamente hace muchos años.

Nunca supo cómo se había tomado esa frase porque, detrás de ella, Blossom gritó arrebatada:

—¡Señor Jason! ¡Caramba, se ha convertido usted en una persona muy especial!

—¡Blossom! —tiró al suelo la americana y la bolsa y la envolvió con un abrazo de oso

— como le venía diciendo a Elijah, ha sido mucho tiempo.

—¡Demasiado! Cuando su padrastro compró este sitio para su madre, que Dios la tenga en su gloria, venían dos o tres veces al año. Lo he visto crecer desde que era un chiquillo todo brazos y piernas, ¡y lo bastante travieso como para ponerme el pelo gris! Y ahora aquí está, guapo como el mismo diablo. ¿Cómo es que no tiene mujer y seis niños? ¡Dígamelo! Y ahora deje de asfixiar este viejo cuerpo y vamos adentro —

recogió la bolsa y la americana— ¿Qué le ha pasado? Antes no era

nunca descuidado con sus cosas, de eso doy fe.

Sacudió la bolsa de viaje como si quisiera librarla de la contaminación del descuido y, son riendo feliz, se dirigió hacia la casa.

—¿Todavía le gustan las galletas de chocolate de la vieja Blossom y la limonada recién hecha?

Jason sonrió ampliamente.

—Si le da lo mismo, preferiría un gin-tonic con mucho hielo.

Todavía sonriendo siguió al ama de llaves hacia el recibidor. Georgia, olvidada, se apoyó en una columna y se mordió el labio inferior tan fuerte como pudo sin llegar a hacerse sangre. No le importaba que la dejaran olvidada como si fuera el periódico del día anterior. Ningún problema. Lo que no podía soportar era la cuchillada de celos que había sentido cuando Jason había abrazado a Blossom con auténtico afecto ¡Aunque no quería que la hubiera saludado así a ella! Si él simplemente la hubiera tocado, habría gritado por la repulsión, se recordó a sí misma. Entonces ¿a qué venía aquel primitivo ataque de celos?

Capítulo 6

NO ERA propio de Georgia estar de mal humor, pensó Jason, a no ser que su carácter hubiera cambiado tanto como su aspecto exterior. Cosa que, basándose en el encuentro reciente con ella en el funeral de Harold, parecía tremendamente posible.

Había evitado las preguntas de Blossom, casi todas relacionadas con su soltería, tanto como le había sido educadamente posible; llevó el gin-tonic a su cuarto, metió las pocas cosas que llevaba en la bolsa de viaje en un cajón, y salió a buscar a Georgia.

Se había ido. No creía que fuera su conciencia culpable lo que le impedía verlo. Esa nueva Georgia actuaba como si fuera capaz de plantar cara al mismísimo Arcángel Gabriel si tuviera que hacerlo. Se había marchado en un ataque de mal humor porque su llegada inesperada a la isla le había dado ventaja. Odiaría aquello de la misma manera que lo odiaba a él.

Así que, ¿de qué se preocupaba?, pensó volviéndose hacia las colinas que formaban el interior de la pequeña isla. Antes o después aparecería, y se haría un favor a sí mismo si se quedaba en la casa, relajado a la sombra y descansando del viaje que en algunos momentos le había parecido interminable.

La respuesta era que no lo sabía. En todo lo que se refería a ella se sentía movido por algo fuera de su control. Estaba acostumbrado a controlarlo todo y ahora se sentía inquieto.

Un sendero pedregoso bordeaba la base de las colinas, serpenteando a través del silencio verde oscuro de los árboles cubiertos de enredaderas. Lo recordaba bien, lo condujo hasta el pasado lejano, cuando Harold compró la isla un par de años después de casarse con su madre. Había sido el paraíso entonces. También lo llevó al otro lado de la isla, donde los árboles llegaban casi hasta la orilla del mar protegiendo el terreno fangoso y las charcas tranquilas donde vivían las tortugas.

Y allí estaba ella como, de forma instintiva e inexplicable, había él sabido que estaría. Sentada de espaldas a él, con los pies descalzos sobre el espeso musgo, mirando abstraída una de las charcas más grandes. La trenza caía sobre uno de sus hombros dejando visible la delicada nuca. Parecía vulnerable y muy sola y él volvió a sentir la necesidad de protegerla que había sido la base de su relación hasta aquella desgraciada noche. Él no deseaba ese sentimiento, pero lo invadió la necesidad urgente de estrecharla entre sus brazos y, a pesar de su rechazo mental, avanzó hacia ella, que estaba sumida en pensamientos que él no podía adivinar, porque nunca la había conocido bien.

Aunque el musgo había silenciado sus pisadas, Georgia no mostró sorpresa cuando él tocó ligeramente su hombro, sólo levantó la cabeza y lo miró con ojos absortos, como si hubiera estado sumergida en el pasado o mirando hacia algún lugar del futuro.

—Creo que éste debe de ser uno de los lugares más tranquilos de la tierra — dijo él observando la palidez de su piel y el color vibrante de sus labios. Deseó aquella boca, deseó tomarla con la suya, sentir cómo se abrían sus labios para él, invitándolo al paraíso. Ella, descubrió en aquel momento, tenía la perturbadora capacidad de excitarlo más que ninguna otra mujer. Se sintió aturdido al reconocerlo y también al ver que su mano se movía sola y sus dedos comenzaban a deshacer la trenza de ella, que no protestó, se limitó a inclinar un poco la cabeza hacia él, como para facilitarle la tarea.

—Me pregunto si es eso lo que nos trajo aquí a ambos, que necesitábamos paz.

—Es un lujo muy difícil de encontrar —asintió él resbalando sensualmente los dedos entre los mechones sedosos. Vio cómo se le abrían los labios dejando escapar un leve suspiro, sintió el suave roce de su aliento en el triángulo de su pecho que dejaba al descubierto la camisa, y le pareció que se adentraba en un territorio sin explorar, como si su mente se hubiera divorciado de la realidad.

Georgia bajó los ojos y se quedó mirando las aguas traslúcidas de la charca. Se había sentido incapaz de escuchar la charla de Blossom y había salido de la casa como un robot, dejando que los pies la llevaran hasta aquel sitio apartado donde esperó. Porque algún instinto profundo y primitivo le dijo que iría. Porque estaba escrito.

¿Qué había dicho él? Asuntos sin terminar. El sentimiento de inevitabilidad la había relajado de forma extraña y cuando Jason llegó, se encontraba en un estado que era casi de trance. El calor de su cuerpo y el roce de sus dedos entre el cabello liberaron los últimos restos de dominio de sí misma, dejándola sumergirse en unas sensaciones que, tercamente prohibidas durante tanto tiempo, volvieron en olas de placer hedonista.

Se giró hacia él, lánguida, perdida, dejándose llevar por sus brazos hacia el suelo cubierto de musgo.

—Este calor... —murmuró él con voz pastosa— no estás acostumbrada.

—¿Y tú sí? —se burló ella suavemente de su superioridad masculina. Se sentía embriagada. Lo miró a los ojos; tenía la frente levemente fruncida como si, también él, intentara agarrarse a una realidad que se estaba desvaneciendo.

—Puedo soportarlo —los ojos de él se detuvieron en su boca, para

luego descender por su cuello frágil hasta la camisa de manga larga y volver a subir hasta enredarse en la mirada confundida de ella—. Demasiado abrochada. No me extraña que te afecte el calor.

Era una excusa, él lo sabía y se preguntaba si ella lo sabía también. Una excusa para permitir que sus dedos separaran la rígida fila de botones de los ojales, para devorar su cuerpo con los ojos y tocar la incitante piel.

Cuando hubo desabrochado el último botón la tumbó de espaldas sin encontrar resistencia, sintió la poderosa oleada de su virilidad con un regocijo que le hizo sentir vértigo y supo, sin ninguna duda, que ella era suya, como había sido suya aquella noche en que sus opiniones de ella y de sí mismo habían cambiado para siempre.

Y también su vida había cambiado desde entonces, aquella yeta de amargura se había introducido en su corazón, le recordó la voz de la cordura. Una voz que se perdió cuando ella abrió los labios en un gemido de capitulación y le rodeó el cuello con sus brazos, dirigiéndole la cabeza hacia sus enhiestos pechos desnudos.

No necesitó más invitación para convertir los sueños torturados de los últimos siete años en realidad. Hambriento, tomó sus pezones por turno mientras el cuerpo de ella se arqueaba bajo el suyo. Sus manos encontraron la cremallera de los pantalones y la bajaron, la sangre le golpeaba en las sienes cuando ella levantó las caderas para ayudarlo a retirar la tela ligera, para darle acceso al cálido y suave monte de su feminidad.

La sensualidad de sus movimientos le golpeó y tuvo que luchar contra el instinto primitivo de tomarla sin más. Tenía que controlarse y hacerlo despacio y perfecto para ella, para ambos. Tembló e inclinó la cabeza otra vez para seguir con sus besos el camino hasta su ombligo y subir de nuevo hacia los pechos tentadores, despacio, controlando su urgencia, extendiendo el ahora espléndido pelo sobre ellos y besándolos a través del velo suave y sedoso.

En contra de sus intenciones, su lentitud parecía volverla loca, incitándola a rodearlo con sus esbeltas piernas, abriéndose para él. Su voz estaba enronquecida por la pasión cuando gritó su nombre.

—¡Qué pelo tan maravilloso! —la voz de él temblaba por el esfuerzo de controlarse—

siempre fue ligero y sedoso, pero ahora es tan largo y lleno de luz… No sé que le has hecho, pero estabas inspirada.

Ella había estado perdida, embriagada por las sensaciones, atrapada por sus recuerdos del amor, el deseo y la pasión que habían florecido para él y sólo para él.

Perdida en todo aquello, pero ya no. En aquel momento se

encontró a sí misma, la mujer en la que se había convertido, no la chica que había sido traicionada. Los recuerdos cambiaron súbitamente. Una imagen de Sue arrastrándola a un estilista de Nueva York, diciéndole que ya iba siendo hora de que se tomara algún interés en su aspecto. Habían pasado seis meses desde que perdiera a su niño. Tenía que empezar a vivir de nuevo.

El estilista había transformado aquella melena larga y descuidada, sin perder longitud pero dándole forma y volumen, aclarando el tono castaño con millones de mechas rubias. El nuevo estilo de peinado unido a la pérdida de peso, había marcado el comienzo de su nueva personalidad. Había pasado a formar parte de su persona, de su vida. En la que Jason no estaría nunca.

Con un pequeño grito de angustia apretó las palmas de las manos contra los hombros de él para apartarlo y se colocó la ropa frenéticamente para cubrirse.

—¡Déjame sola! —ordenó con tirantez, abrochándose la blusa—. No te pedí que vinieras y no te quiero aquí—. Vio la línea blanca que se le formó alrededor de la boca y se indignó. ¡Parecía como si lo hubieran privado de algo a lo que creía que tuviera derecho!, se metió la camisa en los pantalones con las manos temblorosas—.

No intentes tocarme nunca más. Me pillaste con la guardia baja ¿Qué excusa tienes?

Jason se puso en pie con lentitud, y se pasó la mano por las apretadas mandíbulas mientras sentía cómo el dolor salvaje del deseo frustrado desaparecía tan rápidamente como había surgido, dejándole la cabeza despejada. No podía excusar lo que había sucedido entre ellos porque ni él mismo lo entendía.

—No creo que necesite ninguna. No es la primera vez que te arrojas en mis brazos,

¿recuerdas? Parece que se ha convertido en una costumbre — dijo con sequedad.

Despeinada, con los ojos dorados brillando de furia le pareció magnífica, salvaje e increíblemente sexy. Luchó contra el deseo que volvía de la única forma que conocía, empleando la primera arma que le vino a mano, el pensamiento que había estado merodeando por su mente desde que murió su padrastro—. No puedo imaginarte provocando así a Harold para luego darle una bofetada como ésta; no te hubiera dejado toda su fortuna si lo hubieras hecho.

El odio que rezumaba aquel insulto le produjo un dolor sin límites que la hubiera obligado a llorar durante horas, si se lo hubiera permitido. El dolor de saber que él siempre había creído lo que Harold había dicho hacía tantos años.

Conteniéndose, con el cuerpo rígido para que él no sospechara su poder para hacerle daño, alzó una ceja.

—Qué astuto te has vuelto, Jason. Sospecho que es cosa de tu trabajo —y pasó por delante de él hacia el sendero. No iba a discutir con él, podía pensar lo que le viniese en gana.

—No quiero tomar nada, Blossom, me duele mucho la cabeza y voy a acostarme pronto.

No era mentira. Sentía como si se le fuera a abrir en dos; pero sólo su inmediato fallecimiento hubiera eliminado la noción que el ama de llaves tenía acerca de lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—¡No puede hacer eso, señorita Georgia! ¿Qué pensaría el señor Jason? Además, es su primera noche aquí —Blossom había estado preparando la cena que Georgia no tenía intención de compartir con Jason—. ¿Qué pensará de sus modales?

A Georgia no le importaba en absoluto.

—Estoy segura de que lo comprenderá si se lo explica.

No sabía si Jason había regresado al bungalow o le había sorprendido la rapidez del crepúsculo del Caribe; y no quería saberlo. Sin hacer caso de las protestas de Blossom fue a su habitación y cerró la puerta tras ella. Le gustaba aquella mujer, se había adaptado a sus manías durante las semanas que pasó allí hacía ya años y la recordaba con afecto. Pero el ama de llaves tendría que aprender que la señorita Georgia había crecido y tenía sus propias opiniones.

Incluso había decidido, antes de que la inesperada llegada de Jason lo estropeara todo, conservar la isla y visitarla siempre que le fuera posible, ofrecérsela a sus amigos y colegas. A Blossom y Elijah les gustaría tener gente a la que atender.

Ahora ya no creía que fuera a volver jamás.

El sueño la rehuía. Cuando el reloj de la mesilla señaló las dos se dio por vencida, se puso una ligera bata de seda y salió de la habitación.

Al otro extremo del amplio pasillo estaba la habitación principal. Respiró hondo y abrió la puerta. Por lo menos Blossom aplaudiría el hecho de que por fin hubiera reunido fuerzas para mirar las cosas que Vivienne había dejado tras de sí cuando abandonó la isla hacía unos años.

Jason estaba completamente despierto y oyó el abrir y cerrar de puertas. Así que Georgia tampoco podía dormir, ¿era el recuerdo de lo que había sucedido entre ellos lo que se lo había impedido? A él le hubiera gustado echarle la culpa a la cena, pero honestamente no podía.

No había tenido ganas de comer, pero se había forzado para no

disgustar más a Blossom.

—La señorita Georgia dice que lo siente pero que tiene un terrible dolor de cabeza.

No hace caso de lo que le digo y sale sin sombrero. No hago más que preocuparme por ella.

—No lo haga —miró las enormes cantidades de comida dispuestas sobre la mesa con una desesperación que hizo todo lo posible por ocultar—. La señorita Georgia es ya mayor, puede cuidarse a sí misma.

¿Y acaso no era verdad? Se había aprovechado de la debilidad de Harold por las jóvenes bonitas para amueblarse muy bien el nido, sí señor. ¡Y aquella tarde no había tenido el menor empacho en admitirlo! Lo ponía enfermo. Deseaba alejarse de la mujer descarada en que ella se había convertido y olvidar su existencia. Pero no podía, no hasta que ella le hubiera explicado qué había sucedido con su hijo. No saberlo era su infierno particular, que no le dejaba descanso.

Había hecho una tontería aquella tarde. Su intención había sido hablar, pero había acabado por tocarla, por desearla con una fuerza que le había obnubilado la mente. No volvería a suceder. Ya estaba sobre aviso del efecto que ella podía llegar a tener sobre él.

Saltó de la cama, se puso un albornoz de felpa para cubrir su cuerpo desnudo y salió al corredor. Blossom y Elijah vivían en el anexo, así que tenía que ser Georgia el paseante nocturno. La buscaría e insistiría en que hablasen.

Al final del pasillo se veía una franja de luz bajo la puerta del dormitorio principal. Caminó hacia ella; el corazón le latía fuerte. Lo ignoró y abrió la puerta.

Capítulo 7

UNA SIMPLE lámpara iluminaba el delicado escritorio frente al que estaba sentada ella. Jason echó un rápido e impaciente vistazo al resto del dormitorio, que le permitió distinguir en la penumbra los vistosos colores de la ropa que aparecía cuidadosamente doblada sobre la colcha de satén azul. Finalmente, fijó la vista en la figura que envuelta en una bata roja permanecía inmóvil bajo la luz. Llevaba el pelo en un recogido que dejaba a la vista su largo y elegante cuello y el contorno de sus esbeltos hombros, y estaba alisando con los dedos la superficie de una hoja de papel manuscrita que tenía frente a ella; tenía un aspecto de vulnerabilidad casi infantil que le llegó al alma y que, junto a la abrumadora sensualidad de su cuerpo descuidadamente cubierto de seda roja, amenazaba con destruir su intención de resolver finalmente aquel asunto de una forma fría y civilizada.

Frunció el ceño. Era imposible que ella no lo hubiera oído llegar, y sin embargo no se había vuelto para mirarlo, ni había movido un solo músculo a excepción del suave frotar de sus dedos sobre el papel.

—Georgia, ¿podemos hablar? —lamentó que su voz sonara involuntariamente tan cortante, y lo lamentó aún más cuando, con evidente desgana, se volvió hacia él y pudo verle la cara húmeda por el llanto, y el brillo de sus ojos apagado por una profunda tristeza.

El deseo de acercarse a ella, de abrazarla y consolarla le hizo temblar, pero controló con firmeza su impulso. Acercarse a ella podía resultar peligroso. Todavía tenía reciente el recuerdo del insensato error que había cometido ese mismo día.

Metió las manos en los bolsillos de la bata que llevaba y dijo en el tono más sereno que pudo lograr:

—Es obvio que hay algo que te preocupa. ¿Quieres hablar de ello? ¿Crees que eso te ayudaría?

Georgia tragó con dificultad. Estaba en un estado que le impedía hablar coherentemente. Si trataba de decir algo, rompería en llanto, humillándose, y ya se había humillado bastante aquella tarde.

Además, la carta que había encontrado en el cajón del escritorio y que acababa de terminar de leer cuando él entró en la habitación, la había dejado abatida. De momento no tenía fuerzas para luchar contra él.

En silencio, le dio el papel. Él lo tomó, y se dirigió hacia el extremo opuesto de la habitación, reclinándose sobre la superficie tallada del pie de la cama. Frunció el ceño mientras leía, sin que Georgia acertara a discernir si el gesto se debía a la falta de luz en ese extremo de la habitación o al contenido de la carta, cuyas palabras habían quedado grabadas en su memoria;

Mi querida Georgia:

Te escribo porque me falta el valor necesario para llamarte y suplicarte que accedas a verme.

Tengo que pedirte perdón por tantas cosas… Por haberte tratado vergonzosamente desde que naciste, por no haber sido capaz de quererte como ha de querer una madre. Por negarme a que volvieras a Lytham. Y podría seguir ampliando la lista…

¿Sería demasiado pedir que aceptaras reunirte conmigo para tratar de reconciliarnos? Sé que no tengo derecho a pedirte nada. Pero me harías muy feliz, y tal vez pueda ayudarte a ti también.

La nota terminaba ahí. Vivienne no había podido acabar la carta antes de que algo la obligara a abandonar Blue Rock precipitadamente. Y había muerto en accidente de automóvil antes de que pudiera reemprender la escritura.

Georgia vio cómo Jason se acercaba de nuevo a ella, con aquel cuerpo alto y musculoso que tanto excitaba su sensualidad. Aquello era lo que menos quería y necesitaba en aquel momento. Era incapaz de controlar aquel instinto que la había asediado desde la adolescencia, y que sólo podía contrarrestar haciendo de él su enemigo, luchando contra él. Lo que había ocurrido aquella misma tarde era una prueba de lo que ocurría en cuanto bajaba la guardia. Pero tras haber leído la carta de su madre, su capacidad para pelear había desaparecido. Esperaba tan sólo que él tuviera la decencia de irse y la dejara sola tratando de asimilar el dolor que le producía la imposibilidad de aquella reconciliación que su madre deseaba, y que su muerte había hecho imposible.

Pero él destruyó aún más sus defensas al decir en tono cálido y compasivo:

—Al menos te queda el consuelo de saber que tu madre quería que os reconciliarais.

Ella sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda, y ocultó la cabeza temiendo no poder controlar su emoción, pero él, pasando un dedo bajo su barbilla, la obligó a mirarlo a los ojos, y pudo comprobar en ellos la sincera compasión que sentía al decir:

—Desde el mismo momento en que entró en la vida de Harold, supe lo poco que le importabas. Me dolía verte tan insegura. Atribuí su comportamiento al de una mujer bastante egoísta, absorta en su nuevo matrimonio, y en su nuevo y flamante estilo de vida. Pero es obvio que había algo más. Algo que se remonta hasta tu nacimiento.

¿Podrías explicármelo? No es mera curiosidad, es que creo que podría desterrar algunos fantasmas.

Con esa actitud amable y receptiva era todavía más peligroso. El

instinto básico de amar a ese hombre, la química sexual que existía entre ellos, la ternura... En aquel momento se sentía demasiado débil para poder resistirse.

—Tal vez —transigió, e introdujo la carta de vuelta en el cajón. Se la llevaría cuando se fuera. No las ropas de diseño que su madre adoraba, ni las joyas que había dejado.

Sólo la carta, porque en ella residía al fin, su razón para perdonar el pasado.

—Aquí no —dijo él, y retrocedió con cuidado para no tocarla cuando ella se levantó, pero sus ojos tenían una mirada amable. Ella auto-justificó mentalmente su sumisa docilidad. Tal vez aquello era lo que necesitaba en esos momentos. Tal vez la amabilidad del hombre que la había traicionado, que le había vuelto la espalda cuando más lo necesitaba, podría ayudarla a recuperarse del trauma que le había producido encontrar la carta.

Necesitaba saber que él era capaz de tener consideración y simpatía hacia ella.

Justo cuando estaba empezando a descubrir que cuando su madre dijo que no la quería volver a ver nunca, no lo decía desde lo más profundo de su corazón, le ayudaría comprobar que el amor de su juventud no se había desperdiciado al dirigirse a un corazón de piedra.

Pasándose el dorso de la mano por la frente aún dolorida, lo siguió mientras abandonaban el cuarto, y él le dijo:

—Creo que a los dos nos vendrá bien algo que nos ayude a relajarnos. Una taza de leche caliente con whisky será lo mejor.

A él le habría bastado con un trago, pero ella parecía necesitar más que eso.

Las profundas ojeras y la tirantez de sus facciones le daban un aire de fragilidad, como si amenazara con romperse en mil pedazos de no ser tratada con el debido cuidado.

Él empujó la puerta de la cocina y tras encender las luces le cedió el paso, como si quisiera, pensó Georgia, no perderla de vista para asegurarse de que no iba a salir corriendo a esconderse.

Ella entró en la habitación y fue a sentarse en un pequeño sofá de bambú que estaba situado contra la pared más alejada. Sus reservas de adrenalina se habían acabado, concluyó mientras veía cómo él echaba la leche en un cazo y después servía un abundante chorro de whisky en un par de tazas. No parecía haber rastro del antiguo deseo de huir o pelear.

De espaldas a ella, Jason dijo:

—Si no recuerdo mal, sólo habías visitado la isla una vez antes de

ahora. Unos dieciocho meses después de que Vivienne se casara con Harold.

El asunto que lo había llevado hasta ella tendría que esperar. Quería que hablara sobre su madre porque, aunque ella no lo supiera, lo necesitaba. El instinto de protección que sentía hacia ella no lo sorprendía. Lo había sentido desde el mismo momento en que la conoció. A pesar de todo, la necesidad de protegerla surgía en ese momento con naturalidad, como si estuviera programado en él.

Jason le tendió la taza de leche caliente con whisky y se sentó al otro lado del sofá, asiendo su taza con ambas manos. Era consciente de que debía tener cuidado para que ella no se sintiera presionada.

Georgia asintió y probó la bebida caliente. Cuando Jason sugirió aquella terapia, pensó que sería incapaz de tragar esa curiosa mezcla, pero la leche caliente había suavizado el alcohol y lo bebió con facilidad. Después se recostó sobre los almohadones y añadió:

—Después de aquella primera vez nunca volvieron a traerme. Como ya sabes, normalmente pasaba las vacaciones de verano con Sue y su familia y en Lytham.

Pero mi madre adoraba este lugar y venían con frecuencia.

—¿Qué hiciste? ¿Metiste la pata? —preguntó con suavidad.

Ella tenía un resto de la cremosa leche sobre el labio superior y sacó la lengua para limpiárselo. Él apartó la vista rápidamente tratando de controlar el arrebato de deseo que crecía en su interior. Entonces oyó cómo Georgia respondía en un tono mucho más relajado:

—No lo creo. No pasaban suficiente tiempo aquí como para hartarse de mí. Harold solía alquilar una lancha motora para poder visitar San Antonio siempre que querían, sin tener que depender de Elijah. Y yo me quedaba aquí. Me entretenía nadando, explorando la isla, yendo a pescar con Elijah, y siendo mimada y mangoneada por Blossom. Fue maravilloso.

Lo único que Georgia había echado de menos era la llegada de Jason. Sintió no haberlo visto ni una sola vez en las cinco semanas que había pasado allí.

Tomó la última gota que quedaba en la taza.

—Mamá prefería San Antonio. Parece ser que tiene magníficas tiendas y un par de restaurantes exquisitos, además de una sofisticada y vibrante vida nocturna.

«No me cabe duda», pensó Jason.

A Vivienne le gustaba ir a sitios donde poder lucir sus modelos de alta costura. Blue Rock había sido simplemente una magnífica base de operaciones desde la que planear visitas al círculo exclusivo de la gran

isla al que no podían asistir los lugareños normales.

Pero se guardó para sí estos pensamientos, porque en ese momento Georgia estaba relajada y no quería alterarla. Todavía no. Hasta que no encontrara el momento adecuado para hablar del tema del aborto.

—Dices que «parece ser». ¿Es que no fuiste?

Ella sacudió la cabeza:

—Sólo de paso.

Era de esperar. A Vivienne no le habría gustado que la vieran en compañía de la extraña y tímida chica de dieciséis años que era Georgia en esos tiempos. No estaba en consonancia con la imagen de sí misma que trataba de mostrar. Pero había algo más que eso. La carta mostraba que Vivienne no había querido nunca a su hija.

Jason tomó las tazas vacías y las enjuagó en la pila, teniendo cuidado de mantenerse de espaldas a ella, y con tono inocente preguntó:

—¿Llegaron a congeniar alguna vez?

Georgia pensó, por un instante, darle tan sólo una respuesta escueta, pero desechó la idea. Siempre lo había considerado como una persona con la que era fácil hablar, y a la vista del deseo de su madre de acercarse a ella, necesitaba ver la relación de ambas con cierta perspectiva, desde todos los ángulos posibles.

—Nunca. Estaba resentida conmigo. Pero hay que entender por qué —dijo Georgia compasiva, viendo el reproche en la cara de Jason al volverse hacia ella—. No sé lo que le diría a Harold, porque nunca nos hicimos confidencias, pero se quedó embarazada de mí poco después de salir del colegio. Ella y mi padre, y no me preguntes quién era, porque nunca me dijo ni siquiera su nombre, eran novios e iban a casarse, pero él desapareció al saber que ella estaba embarazada. No se sabe si es que le dio miedo la idea de la paternidad, o si la promesa de matrimonio no fue más que una argucia para conseguir que se acostara con él.

—¿Y?

—Pues que la abandonó con una niña en los brazos. Creo que mi abuela la habría repudiado si se hubiese deshecho de mí o si me hubiera dado en adopción. Era de principios muy estrictos, del tipo de «el que la hace, la paga». El dinero escaseaba, así que Vivienne tuvo que aprender a desenvolverse como secretaria para mantenernos a todas mientras mi abuela me cuidaba.

—No es un caso único en el mundo —señaló él sin poder evitarlo. Aquella carta póstuma estaba haciendo que Georgia defendiera a su madre, pero las circunstancias no excusaban el que condenara a una criatura inocente a vivir sin amor. Como si no hubiese oído su

comentario, Georgia continuó lentamente, como si necesitara explicárselo a sí misma:

—Entonces la abuela enfermó, y mi madre tuvo que colocarse en una agencia, trabajando esporádicamente para poder cuidar de nosotras dos. Todavía era joven, y muy guapa, y deseaba lo que no podía tener: diversión, vestidos bonitos, una vida propia. Una vez oí cómo le decía a la abuela: « ¿Qué futuro puedo esperar? ¿Qué hombre va a quererme cargada con esta desdichada criatura?». Pero al final lo logró, porque encontró a Harold, y cuando él se le declaró, debió pensar que todos sus sueños se habían hecho realidad.

Pero la actitud hacia su hija no cambió, pensó Jason. Resentimiento y rencor eran todo lo que Vivienne había ofrecido a su hija. Él nunca olvidaría la maldad que había en su voz cuando lo informó por teléfono de que Georgia había abortado. ¿Por qué? ¿Acaso se había alegrado de que su hija no pudiese tener lo que ella nunca había tenido? No un hijo, porque Vivienne tenía una hija, sino un hijo al que poder amar y cuidar. Y estaría dispuesto a apostarse la vida a que la Georgia que le había anunciado el embarazo, y que había escuchado los planes que tenía para su boda, habría amado a su hijo. Pero, ¿qué había pasado en ese corto espacio de tiempo para que cambiara de opinión? La miró un instante. Aquel era el momento de averiguarlo.

Pero ella se le adelantó:

—Me he estado preguntando por qué se iría de aquí con tanta prisa. No era propio de ella el abandonar tantas cosas bellas.

—Porque descubrió que Harold tenía una aventura con una joven camarera en San Antonio. De hecho, parece ser que ella misma los vio, así que no pudo fingir que no había ocurrido.

Se puso de pie, incapaz de permanecer sentado por más tiempo.

—Era una obsesión. Le gustaban las jovencitas. Un poco de diversión, nada serio, alegaba como excusa —Jason dejó que la amargura se reflejara en su voz—. Estoy seguro de que destrozó el corazón de mi madre, y al final condujo a Vivienne a la muerte. Abandonó la isla, casualmente a tiempo de tomar un avión, volver a Gran Bretaña, a Lytham, tomar el coche y simplemente huir. Uno de los vecinos dijo que conducía como una loca. El resto ya lo conoces.

Jason se dirigió hacia la puerta, la abrió, y se volvió hacia Georgia, pero dirigiendo la vista a un punto situado medio metro por encima de ella. Se sentía incapaz de mirarla a los ojos, temiendo encontrar en ellos la indiferencia. Tal vez ella ya sabía cómo era Harold, pero era demasiado avariciosa para darle importancia.

—Harold tuvo una enfermedad de niño que le impedía tener hijos,

por eso las dos veces que se casó escogió a mujeres que ya tenían hijos propios. Es una pena que Vivienne no tuviera un hijo, en lugar de una hija. Harold no estaba interesado en los jovencitos —y volviéndose bruscamente añadió—. Será mejor que volvamos a la cama.

Se había prometido a sí mismo que descubriría la razón que llevó a Georgia a abortar, pero aquella noche la oportunidad había pasado. Se sentía demasiado enfadado al recordar lo ocurrido entre Georgia y Harold, como para emplear el tacto y la paciencia que la cuestión requería.

Al día siguiente, pensó al echarse boca abajo sobre la cama, se habría tranquilizado lo suficiente como para hablar de la cuestión racionalmente, y una vez obtenida la verdad, se marcharía.

Georgia se despertó al mediodía, porque Blossom entró en el dormitorio con una bandeja de fruta fresca y café caliente.

El ama de llaves descorrió las cortinas y dejó que la luz inundara la habitación.

—¿Ha desaparecido el dolor de cabeza? El señor Jason me dijo que la dejara dormir, pero pensé que necesitaba comer algo, sobre todo teniendo en cuenta que ayer no cenó.

Georgia cerró los ojos. Incluso el más cariñoso susurro de Blossom la aturdía.

—Ya estoy bien, gracias.

Se incorporó y se apoyó sobre las almohadas para recibir la bandeja. Se dio cuenta de que se había acostado con la bata roja. La dosis de whisky que Jason había echado en la leche caliente debía de haber sido como para dejar fuera de combate a cualquiera. Pensar en él volvía a producirle esa sensación de opresión que le resultaba tan familiar. Desearía que su estúpido cuerpo no respondiera de aquella manera tan drástica. Ningún otro hombre era capaz de producirle aquella sensación, a pesar de que muchos lo habían intentado. Esperaba no haberse sonrojado tanto como pensaba. Introdujo la cuchara en el tazón de fruta, y avergonzándose de su incapacidad por reprimir la curiosidad, preguntó tratando de que su voz sonara indiferente:

—¿Qué está haciendo Jason?

—Se ha ido a pescar con Elijah. Esperemos que así se le vaya el enfado.

—¿Enfado?

«¿Qué podría haberlo provocado?», pensó Georgia. La noche anterior, a pesar de la extraña locura que se había apoderado de ambos durante la tarde, y a la que afortunadamente no había vuelto a aludir, había sido tremendamente considerado con ella al ofrecerle la

oportunidad de hablar de su infancia con una madre que nunca la quiso. Tan sólo al hablar de las aventuras amorosas de Harold se le crispó la voz, lo cual era comprensible, teniendo en cuenta lo que su madre habría tenido que soportar.

—Más bien mal humor —corrigió Blossom—. ¿Y por qué estar de mal humor en un día tan bonito como hoy?

«Verdaderamente, ¿por qué?», pensó Georgia mientras Blossom se marchaba dejando que disfrutara a solas de aquel tardío desayuno. Cuando se servía una segunda taza de café decidió que aquello no iba a preocuparla. Tenía cosas en que pensar y, aprovechando la tranquilidad que le producía el saber que Jason estaba lejos, dedicaría aquella mañana a disfrutar de las posibilidades que ofrecía ese pequeño pedazo de paraíso.

Después de ducharse se puso el bañador color avellana que hacía juego con sus ojos. Unos ojos que aparecían especialmente grandes e inocentes aquella mañana.

Se puso unas sandalias y una pamela de paja. Parecía haber dejado abandonadas su agudeza y su astucia en el frío invierno inglés, pero aquello no la preocupaba, las recobraría, sin duda, en cuanto regresara a casa y retomara las riendas de su vida real. Entonces, mientras metía la crema de protección solar, las gafas de sol, y un grueso libro en la bolsa de playa, se preguntó si aquella sensación de relajación, el deseo de dejarse llevar por la corriente eran el resultado mágico de aquella isla o se debían a la presencia de Jason. Sería la isla, sin duda, pensó Georgia, desechando inmediatamente la segunda posibilidad. Se sentía bien a pesar de su presencia, no porque él estuviera allí. Y no tenía que preocuparse por él, porque se encontraba lejos, pescando, y de mal humor. ¡Se podía quedar con su mal humor para él solo!

El agua estaba ideal. Tras dar algunas brazadas, Georgia se echó a flotar sobre la espalda, dejándose llevar por la sensación que le producía el mecerse desnuda en las cálidas aguas cristalinas de aquella recóndita cala. Llegó a la conclusión de que era una sensación muy, muy sensual. Había oído decir que el bañarse desnudo era algo diferente, así que no opuso resistencia al impulso que la incitó a deshacerse de su traje de baño al llegar al borde del agua. Aquella era una isla privada y no iba nadie a ella. Jason y Elijah se encontraban lejos, en algún lugar de alta mar, y si Blossom bajaba hasta la orilla y le gritaba:

«Vuelva aquí ahora mismo señorita Georgia, y compórtese como una persona respetable», la ignoraría, fingiendo que no la oía.

Pero todo lo que podía oír era el suave romper de las olas sobre la

blanca y cálida arena, el canto de los pájaros que llegaba desde el bosque que cubría las colinas... Y entonces, de pronto, el agua se abrió a su espalda de forma terrorífica, con un sonido que parecía provenir de una docena de cascadas. Se volvió aterrada, temiendo que algún tremendo escualo fuera a devorarla por completo, y se encontró frente a algo todavía más peligroso: los ojos de Jason.

Capítulo 8

EL PASEO en bote no había funcionado. Él había esperado que la pesca y el sonido del agua lo hubieran ayudado a liberarse del negro demonio que lo acosaba.

Pero el reducido espacio de la embarcación le había hecho sentirse aún más irritable y cuando Elijah recogió las cañas y dijo que sería mejor que fueran más allá para encontrar zonas mas productivas él se había quedado en bañador, lanzándose al agua desde la barca.

Sabía muy bien qué era lo que lo inquietaba. Aquel asunto sin resolver con Georgia. Irse de pesca no le iba a dar las respuestas que necesitaba. Y, maldita sea, él había ido hasta allí buscando eso, respuestas, y nada más.

Las primeras brazadas rápidas relajaron sus músculos y algo de la tensión que le había estado oprimiendo la cabeza desde que se despertó al amanecer. Aflojó el ritmo al ver la orilla de la cala y se recordó a sí mismo que lo que Georgia hubiera hecho para obtener la herencia no le importaba en absoluto.

Ella ni siquiera había pestañeado cuando él le había explicado el tipo de hombre que había sido Harold. Evidentemente no le había importado, siempre que las ganancias fueran lo bastante sustanciosas. Bien, mejor para ella. A él nunca le había interesado la fortuna de su padrastro. Y, definitivamente, no le importaba lo que hiciera ella en su vida privada. El hombre que había contestado al teléfono la tercera o cuarta vez que él intentó contactar con ella cuando se fue de Lytham era el mismo que había contestado la primera vez, cuando llamó para informarla del funeral de Harold. Había reconocido la voz.

Evidentemente vivía con él. Su voz había sonado bastante agria cuando informó a Jason que Georgia había salido aquella mañana hacia su isla ¿Enfadado porque eran una pareja y ella no lo había llevado?

Igual daba. No era asunto suyo. Lo único que le interesaba era las razones que había tenido para abortar. Durante siete años creyó que había dejado atrás la rabia, que lo había olvidado; pero al encontrarla de nuevo todo había vuelto a la superficie y no se lo podía quitar de la cabeza.

No chocó con ella porque al acercarse a la orilla había decidido ir andando porque el agua le llegaba al pecho. Ella flotaba sobre la espalda, su sedosa desnudez ante sus ojos. Se le paró el corazón al contemplar la belleza de su cuerpo, los pechos enhiestos y los cabellos flotando alrededor de su cabeza como si fuera una especie fantástica de algas, su estrecha cintura y las largas piernas ligeramente abiertas.

Perdió pie porque su tentadora belleza le hizo temblar de deseo

simple y primitivo.

Ella dio una brazada y giró con la ligereza de una sirena, sus ojos asustados se encontraron con los de él. Una tensa espera bailó entre ellos, tan aguda y brillante como el sol que reverberaba en el mar. Los ojos de él estaban fijos en ella, se moría por tocarla, por poseerla. Cerrando los ojos recobró el control de sí mismo. No volvería a caer en lo mismo, no importaba lo fuerte que fuera la tentación.

—Perdona si te he asustado —fue el primero en encontrar la voz. Le alivió que sonara razonablemente normal; ella aún lo miraba como si hubiera estallado una bomba en los alrededores—. Creo que es hora de que salgamos del agua y nos pongamos algo para no quemarnos.

Caminó hacia la orilla consciente de lo hueco de sus palabras. Él estaba ardiendo por aquel cuerpo delicioso y no tenía nada con qué cubrirse, se había dejado la ropa en el bote.

Afortunadamente la respuesta de su cuerpo ante la inesperada desnudez de ella estaba de nuevo bajo control. Iba tras él, probablemente siguiendo a regañadientes su consejo, aceptando la sensatez de protegerse del sol, ¿lamentaba el estar desnuda?, ¿o acaso la pequeña bruja disfrutaba volviendo locos a los hombres?,

¿se complacía con su poder? Demasiado tarde para el pudor, en cualquier caso, aunque probablemente ella no lo vería así. Buscó su bañador y se volvió brevemente para acercárselo.

Ella lo tomó con rapidez, pero antes de que lo sujetara contra su cuerpo él pudo ver cómo brillaba el sol en las gotas que cubrían su cuerpo. Controló el urgente deseo de seguir el curso de todas y cada una de esas gotas con sus labios, su lengua y sus manos; le dio la espalda y dijo:

—Tengo una pregunta que hacerte y es importante. Hablaremos allí, en la sombra.

Había una sombrilla cerca de los arrecifes. Se dirigió hacia ella recogiendo la bolsa de playa y las zapatillas de ella por el camino. No había toalla. No le habría parecido necesaria estando tan cerca de la casa. Lástima. Se la podría haber puesto sobre el regazo.

Pero si pensaba en el aborto, si mantenía su mente fija exclusivamente en aquello, se enfriaría cualquier reacción que pudiera tener su cuerpo.

El bañador negro que llevaba él era desgraciadamente pequeño, pensó Georgia con un tinte de irritación mientras caminaba tras él por la arena. Ningún hombre tenía derecho a parecer tan sexy. La piel morena por el sol brillaba sobre sus músculos y huesos, hombros anchos y caderas estrechas, vientre plano y piernas largas y fuertes.

¡Era demasiado! Trató de fijar los ojos en cualquier cosa menos en

él, pero parecían tener voluntad propia. Suspirando, lo siguió a donde él se había instalado a la sombra. Se había puesto el bañador preguntándose si el agua habría ocultado parte de su desnudez y decidió que prefería no conocer la respuesta.

—¿Qué querías preguntarme? —el bañador, que le había parecido tan normal cuando se lo puso, ahora le parecía demasiado escotado, la línea de las piernas demasiado alta, el conjunto demasiado revelador. Deseó salir volando, pero él había dicho que era importante. Probablemente tenía algo que ver con la herencia—. Creo que estaríamos más cómodos en la casa, ¿no crees? —sugirió esperanzada. Después de haberse vestido se sentiría más protegida ante aquellos ojos penetrantes.

—¿Y que Blossom nos diga que nos vistamos adecuadamente y nos sentemos a comer como niños buenos? No creo que sea tan buena idea.

La aparente ironía tenía un tono acerado. Él parecía ser un hombre que le podía decir que se apartara a cualquiera que se interpusiera en su camino, y eso incluía a la formidable Blossom. Obviamente había decidido que iba a decir lo que fuera y que lo iba a decir allí, y si no quería tener una discusión tendría que hacer lo que él decía.

Le concedió cinco minutos. No podría soportar su casi desnuda compañía por más tiempo. Sin molestarse en disimular el suspiro de resignación, se sentó con las rodillas cerca de la barbilla y rodeando las piernas con sus brazos. Escondiéndose tanto como podía. Sólo tenía que fingir que la atracción sexual no existía. Pero iba a ser muy difícil. Fijando los ojos en el horizonte le preguntó:

—Bien, ¿qué querías saber? —no tenía razones para ponerse nerviosa, se dijo a sí misma. El día anterior él había captado el mensaje de que no quería que la tocara y por la noche había estado amable. Si se olvidaba de los largos años de enemistad eran casi antiguos amigos.

—Dime que pasó con nuestro hijo.

El contenido de la pregunta la sorprendió más que la forma rencorosa de plantearla. Y entonces la rabia y el desprecio por su deserción la invadieron. Giró la cabeza y lo miró con soma.

—¿A qué viene ese interés ahora? ¡Hace siete años, cuando importaba, eras invisible!

—se puso de pie para irse, pero unos dedos de hierro la sujetaron por el tobillo—.

¡Suéltame!

—Cuando me contestes.

Ni con amenazas ni con promesas le diría nada. Él debía de

haberse enterado por Vivienne de lo que había pasado, seguro que se encogió de hombros y siguió con su vida. No iba a pasar por la agonía de contarle las peores horas de su vida y el largo periodo siguiente de tristeza y depresión sólo para satisfacer su curiosidad morbosa. Intentó soltar el pie pero él apretó más la mano. Su fuerza era formidable

¡era una lástima que su carácter no estuviera a tono!

—Como quieras —se sentó pensando si podría salir corriendo; él la soltó. Decidió que no haría algo tan indigno, podía tenerla allí sentada para siempre, pero no la haría hablar. Pero su terca resolución se tambaleó cuando él dijo amargamente:

—¿Por qué fuiste a abortar? Me iba a casar contigo, iba a cuidar de vosotros.

—¿Qué yo fui dónde?

—Ya me has oído —la impaciencia oscureció sus ojos—, simplemente dime por qué.

Necesito comprender por qué lo hiciste. Cuando lo consiga saldré de tu vida para siempre.

¿Promesa o amenaza?, pensó ella y se preguntó por qué le sonaba más bien a amenaza. De pronto se sintió mareada y sus dedos se aferraron a la arena, pero no había nada a lo que agarrarse, como no habría nada si no lo volvía a ver. Lo que significaba que se estaba volviendo loca.

—Me ofreciste el matrimonio por sentido del deber. Porque era lo que tenías que hacer. Cuando oíste a Harold lo creíste, ni siquiera te molestaste en seguirme para oír mi versión. Me dejaste ir porque te daba asco —musitó. Su voz sonó insegura y defensiva, como la de la chica que había sido.

—No te seguí porque, al parecer erróneamente, estaba diciendo a tu querido padrastro que no te echara a ti la culpa de sus depravaciones. No imaginaba que saldrías corriendo como alma que lleva el diablo —dio un suspiro impaciente—.

Volvamos a la casa, parece como si te fueras a desmayar, es el calor. Y probablemente necesites comer algo. Terminaremos esta conversación más tarde.

Georgia deseó que él no la esperara, pero lo hizo, y aunque no la tocó, ella era tan consciente de su presencia que se sentía como en el purgatorio. Él la miraba de reojo, como si quisiera asegurarse de que no se caía. Georgia no se había desmayado en su vida, su palidez se debía a la impresión, no al ayuno.

Al llegar a la casa él le cedió el paso y ella dijo con firmeza:

—Yo no...

—Ahora no. Después de comer. Y recuerda que no quiero un

montón de mentiras, sólo tus razones. Luego no volveré a verte el pelo.

Estaba impaciente por irse. Cuando ella había ido a su habitación, siete años atrás, él estaba aturdido por las medicinas, el alcohol, la fiebre y el sexo. Más tarde, cuando se enteró de las consecuencias, se había dado cuenta de cuánto deseaba que aquella criatura dulce y cariñosa formara parte de su vida. Quería al niño. Quería proteger y amar a ambos.

Ahora, su cuerpo aún la deseaba, más desesperadamente que nunca, tenía que admitirlo, pero su inteligencia le decía que ella era tan dulce y cariñosa como una avispa. Una mujer independiente, tan retorcida e interesada como la que más. Se acordó de Vivienne y decidió malhumorado que era de tal palo tal astilla.

Se iría de la isla antes de que acabara el día. Lejos de su aura de tentación.

Por el respeto que se debía a sí mismo.

Capítulo 9

—¡YA ERA hora! —exclamó Blossom al ver entrar a Georgia en el amplio comedor que daba al bosque— ¿Es que tengo que molestarme en cocinar platos sabrosos para ver cómo se estropean? —añadió, y salió de la habitación haciendo crujir su gran delantal almidonado, para regresar casi inmediatamente con una bandeja repleta—.

Esa ropa que lleva hay que lavarla. Tiene vestidos preciosos, ¿por qué no se los pone?

Georgia ocupó su sitio en la mesa de comedor, que había sido elegantemente preparada para dos, con un centro de mesa de delicadas flores rosas que llenaban la habitación con su aroma.

—Me he puesto lo primero que he encontrado —dijo, y pensó « *¡Mentirosa! Has buscado la protección de la camisa y los pantalones a propósito».*

Blossom, murmurando por lo bajo, puso sobre la mesa un plato de pollo frito picante, una ensalada de mango, tomate y cebolla roja, tostadas y una fuente de arroz con guisantes. Georgia sabía que todo aquello formaba parte de una estrategia para tratar de engordarla, pero en esos momentos, se sentía totalmente incapaz de comer una cuarta parte de aquello. Cuanto antes terminara y pudiera aclarar las cosas con Jason, mejor. Al menos él podría comer la mayor parte de ese banquete, y calmar a Blossom, pensó mientras se servía un poco de pollo y ensalada y lo extendía por el plato para que pareciera mucho.

—El señor Jason acaba de tomarse un sandwich —gruñó Blossom —. El generador está estropeado y ha ido a arreglarlo. Elijah es un desastre de hombre, nunca está cerca cuando se le necesita.

Sola, al fin, Georgia recapacitó. Jason creía que ella se había deshecho de su hijo, y por lo que había dicho, la había defendido en contra de las acusaciones de Harold porque la creía incapaz de tener relaciones sexuales con su padrastro. Al menos en aquella época, pero no después. ¡Probablemente creía que ella había obtenido su herencia acostándose con él! Ese pensamiento la ponía enferma. Tomó las tostadas, y se dirigió al mirador, abrió las ventanas y comenzó a dar de comer a los pájaros. Sintió cómo el calor del mediodía la envolvía, haciendo que la ropa se le pegara al cuerpo. La necesidad de hablar con Jason, de aclarar las cosas, le urgía.

Pero era imposible predecir cuánto tiempo sería necesario para arreglar el generador que era imprescindible para mantener en marcha el congelador y el frigorífico. Jason no pararía hasta conseguirlo. Se tomaba en serio sus responsabilidades. Igual que se tomó en serio su responsabilidad hacia ella y su hijo, ofreciéndose a casarse con ella, a cuidarlos y protegerlos. Pero aquello era parte del

pasado, ahora era una persona diferente. Sólo había una constante que seguía viva a través del tiempo: el sexo.

Volvió a la mesa y comenzó a poner los platos sobre una bandeja que Blossom había dejado sobre una mesita auxiliar de caoba.

Sexo, pensó, podía vivir sin él. Así lo había hecho en los últimos siete años. El precio que había que pagar por tener una relación física y emocional era demasiado alto, y aunque no podía hablar por propia experiencia, sí podía hacerlo por la experiencia de su madre.

Aclararía lo que había pasado con su hijo, y después, tal y como había dicho, él se iría, y ella dejaría que se fuera, y así terminaría todo. Ella se libraría de aquella sensación que sólo él era capaz de producirle, y recobraría la energía, la determinación y la ambición que habían hecho de ella la mujer que era ahora. Todo lo que tenía que hacer era dejar que él se marchara. Era simple, sin embargo, todo pareció complicarse cuando lo vio llegar. ¡Era tan atractivo!

—Todo arreglado, Blossom. Cuando vuelva Elijah, dile, por favor, que esté preparado para llevarme a San Antonio a tiempo para tomar el avión.

—¿Se va tan pronto, señor Jason? ¡Pero si acaba de llegar! —protestó Blossom tirando la bandeja sobre la pila con un estruendo—. ¿Qué estará pensando?

«En conservar mi salud mental», pensó Jason, *«mi autoestima. Debo irme antes de hacer la tontería de decirle a Georgia que la deseo más de lo que nunca he deseado ni podré desear a nadie en mi vida»*.

Dejarse enredar de nuevo en su tela de araña sería algo catastrófico. El amor y la confianza eran algo mucho más valioso que el deseo, por imperioso que este fuera.

Y él ya no podía confiar más en ella.

—Lo siento, Blossom, pero no puedo evitarlo —dijo al pasar, y dirigiéndose a Georgia con mirada fría añadió—. Si me voy a las cuatro y media tengo tiempo para cambiarme, hacer el equipaje y verte a las cuatro para terminar nuestra conversación, así que no te vayas.

«O atente a la consecuencias», pensó Georgia mientras veía cómo se cerraban las puertas tras de él. Media hora para atar los cabos sueltos. ¿Era ese todo el tiempo que él creía que ella merecía? Georgia intentó controlarse. No debía dejar que aquello la afectara.

—¿De qué conversación se trata, señorita Georgia? —preguntó Blossom con curiosidad—. ¿Han estado peleando los dos? ¿Es por eso por lo que se va tan pronto?

—Se trata sólo de un asunto familiar —respondió Georgia cortante —. Y no hemos estado peleando. Al menos no hemos llegado a las

manos.

—Ustedes dos no son en realidad de la misma familia —dijo Blossom mientras arrojaba los desperdicios de la comida al cubo de la basura—. Sólo tienen un padrastro en común. Y afortunadamente, en mi opinión. ¡Casi se me salen los ojos de las órbitas esta mañana al ver cómo salía del agua tras él sin llevar nada encima!

Girando sobre sus talones, Georgia salió bruscamente de la cocina. Antes de llegar a su habitación comprobó que el rostro le ardía de vergüenza. ¡Blossom los había visto esa mañana y se había pensado que habían ido los dos a bañarse desnudos y sólo Dios sabía a qué mas...! La humillación no habría sido mayor si de verdad hubieran estado disfrutando... ¡No!, no debía permitir que su imaginación siguiera por ese camino, atrayendo imágenes de los dos desnudos, disfrutando de las sedosas aguas, de sus manos, explorándose lentamente, de besos que se hacían cada vez más profundos hasta llegar a devorarse mutuamente, de un ansia que iba creciendo hasta explotar en una cálida espuma blanca salvaje que los fundía a ambos en la intimidad última...

Apartó de su mente las imágenes eróticas, se quitó la ropa, se metió en la ducha y abrió el grifo de agua fría. El calor resultaba más opresivo que nunca. Un poco de colonia fresca la ayudó a aplacarlo parcialmente. Se cepilló el pelo mojado y dejó que secara al aire.

Él también debía haberse duchado y ya habría terminado de hacer el equipaje.

¿Qué estaría haciendo? ¿Dejando pasar el tiempo para tener que dedicarle a ella el mínimo posible? ¿Estaría echado en la cama, desnudo, dejando que el aire de los ventiladores le refrescaran el cuerpo? Se imaginó su cuerpo como lo había visto por la mañana, bronceado, musculoso, húmedo por el agua, sin el pequeño bañador negro que a duras penas cubría su impresionante masculinidad.

« ¡Basta!», se dijo a si misma con furia. *«Piensa en otra cosa, en lo que sea».*

¿Qué ponerse? Se dirigió hacia el armario y lo abrió. No había necesidad de recluirse en ropa de algodón, pensó con rebeldía. No tenía nada que ocultar que él no hubiese visto ya.

El calor era demasiado pegajoso para molestarse en llevar ropa interior, así que sacó de su percha un vestido de tirantes de seda roja y se lo puso. La suave tela dejaba traslucir el contorno de sus pezones, y se ajustaba a la curva de su vientre despegándose después hasta llegar a cubrir parte de sus muslos. Era provocativo, pero no tenía por qué temer que el deseo les hiciera perder la cabeza. A él lo esperaban un barco y un avión que lo llevarían lejos de allí y le devolverían la

cordura. Se maquilló un poco, lo justo. No volverían a verse más, y deseaba que la última imagen que él se llevara de ella fuera vibrante.

Oyó cómo Blossom la llamaba, y de pronto se dio cuenta de que estaba lloviendo. Se había desatado una tormenta tropical, el agua golpeaba el tejado con fuerza, pero se pararía tan repentinamente como había empezado, y todo volvería a la normalidad. Salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

—Así que ahí está. El señor Jason ha estado buscándola. He dejado bebidas frías en el salón. —Blosson alzó las cejas al comprobar cómo se había vestido, y asintió en señal de aprobación—. El señor Jason me ha dicho que no me necesitarán más por hoy, así que me retiro a mis habitaciones a terminar de planchar, ¡suponiendo que la lluvia me lo permita!

Él la estaba esperando en la penumbra, y se volvió hacia ella cuando entró.

—Antes que nada, Georgia, déjame aclarar una cosa —dijo con cierta dificultad, como si le costara esfuerzo hablar—. Yo no soy como tu padre. Yo no eludo las responsabilidades —mientras hablaba estaba echando ginebra en dos vasos altos, a los que agregó un chorro de la limonada casera hecha por Blossom—. Antes dijiste que yo creí lo que dijo Harold sobre ti, y que te abandoné por eso. Me habría casado contigo, y habría cuidado de ti y de nuestro hijo a pesar de todo.

Le tendió uno de los vasos y ella se acercó para tomarlo, asiendo con fuerza la fría superficie.

« ¿A pesar de qué?, ¿de haberse insinuado a Harold?»

Antes de que pudiera hacer la pregunta, Jason dijo con brusquedad:

—¿Fue el temor de que pudiera hacerte lo que tu padre le hizo a tu madre el que te llevó a hacer lo que hiciste? ¿Era el rechazo que Vivienne sentía por ti, y su causa, lo único que veías?

A Georgia se le encogió el alma. Suponer que había ido a abortar a toda prisa era la acusación más cruel que podía hacerle. Peor incluso que el pensar que había tenido una aventura con su padrastro. Era simplemente demasiado absurdo como para merecer una respuesta. Él la miraba fijamente, esperando su reacción, con las manos metidas en los bolsillos de su ajustado pantalón de algodón, y los anchos hombros tensos, bajo el polo negro que llevaba. Georgia decidió hacerle esperar.

Bebió la mitad del contenido de su vaso para aliviar la tensión que le oprimía la garganta, después dejó el vaso sobre el cristal de una mesita auxiliar cercana, y levantando la barbilla le dijo fríamente:

—Para ser un hombre inteligente se te ocurren algunas ideas

absurdas. Tuve un aborto espontáneo y tengo testigos que pueden demostrarlo —miró al reloj que había en la pared y agregó—: Es hora de que te vayas.

Aquello era demasiado, ya no podía decir ni una sola palabra más. No podía hablar del hijo que había perdido. A pesar de todo el tiempo transcurrido, seguía siendo demasiado doloroso. Se volvió para salir de la habitación, pero la voz de él la detuvo:

—Repite eso.

—Es hora de que te vayas. Sé lo ansioso que estás por marcharte, y si no te vas ahora perderás el avión.

—Pero, ¿has visto cómo está el mar? No le pediría a nadie que navegara con este tiempo. No se trata de una tormenta tropical típica, es un verdadero temporal —

Georgia no se había dado cuenta de la fuerza del temporal. La presencia de Jason lo había inundado todo, sin dejar espacio en su mente para nada más. Y ahora él estaba lo suficientemente cerca como para que ella pudiera apreciar la textura de su piel...

¡No se iba!, una ráfaga de placer la inundó, pero un deseo irreprimible por castigarlo la hizo decir:

—Lo siento por ti. Te dejo para que puedas relajarte —y se volvió para abandonar la habitación con un insinuante movimiento de caderas.

—¡No juegues conmigo, Georgia! —su voz era suave, profunda, pero la mano que le sujetaba el hombro tenía la firmeza del acero—. Los juegos pueden meterte en líos de los que te resulte difícil salir —la hizo girar hasta estar frente a él, sus cuerpos casi se rozaban—. ¿O es eso lo que quieres? —preguntó con voz melosa—. ¿Es eso precisamente lo que buscas?

Las puntas de los dedos de Jason se movían delicadamente sobre su piel de seda, acariciando con ambas manos sus hombros, retirando los tirantes. Georgia sintió cómo le ardía el cuerpo, reconociendo el doloroso estremecimiento que comenzaba a crecer en lo más recóndito de su ser y que emergía hasta lograr que todo su cuerpo renaciera de deseo. Contuvo la respiración, comprobó el oscuro brillo de sus ojos y supo que iba a besarla, y supo que no podía liberarse de las cadenas de deseo que los ataban a ambos.

Capítulo 10

PERO él la apartó suavemente. Ella lo miró a los ojos y vio la batalla que mantenía consigo mismo, lo vio vencer, y se llevó los nudillos a la boca para ahogar el grito de dolor por su rechazo. Él era más fuerte que ella, podía cortar las cadenas y liberarse.

Georgia habría salido de la habitación si hubiera encontrado las fuerzas, pero apenas podía mantenerse en pie. Se dejó caer en un extremo del sofá mirándolo beber. Luego tembló cuando se acercó a ella, su cuerpo reaccionaba ante él como siempre lo había hecho y siempre lo haría. Él se limitó a encender la lámpara que estaba a su lado, dejándola bañada en luz mientras se apoyaba contra la ventana, en la sombra.

Deseó tener su fuerza. Encontrarlo de nuevo le había demostrado que no era tan resistente como creía. Odiaba el deseo que lo ataba a él. No quería la pasión que palpitaba entre ambos, no sin amor. Quería su amor, su confianza, quería estar con él el resto de su vida.

La revelación le cayó como una piedra. Había estado ocultándose la verdad demasiado tiempo. Y supo que había puesto cara de susto porque él le dijo con suavidad:

—No voy a empezar a tirarte cosas ni a destrozarte verbalmente. No te he seguido hasta aquí para echarte la culpa, sólo para saber la verdad.

Tuvo que apretar los dientes para no tomarla entre sus brazos y asegurarle que no la mordería, o sólo muy cariñosamente y en los sitios adecuados. La idea de besar cada centímetro de su adorable cuerpo no era tan buena. Desde el momento en que ella había entrado en la habitación, sexy y descarada, con sus pies desnudos firmemente plantados en el suelo, el deseo lo había ido devorando hasta que su cuerpo apenas podía contenerlo.

Bruja provocativa. Estaba claro que no llevaba nada debajo de ese trapito que se había puesto. Su boca era una invitación, todo en ella era una invitación que él tenía que rechazar, porque ya sabía lo que era ella. Dejando a un lado el aborto, que ella aparentemente negaba haber cometido, todavía quedaba aquel asunto de mal gusto con Harold.

Había demasiadas preguntas sin respuesta con respecto a aquella relación y él no creía que pudiera oír los detalles sin vomitar, de manera que no preguntaría.

Asegurándose de que su voz no mostraba ningún antagonismo que la hiciera ponerse a la defensiva dijo:

—Supe de buena tinta que habías abortado. Ya sé que hoy en día se piensa que el cuerpo de una mujer le pertenece a ella y puede hacer

lo que quiera, pero era también mi hijo. Creo que tengo el derecho de saber qué sucedió, y, más importante, porqué sucedió.

Georgia estaba angustiada ¿cómo era posible seguir amando durante tanto tiempo? La semilla de hacía diez años no había muerto, como ella había intentado creer, sólo se había hecho más fuerte. Con toda la amargura de la antigua traición aflorando le dijo:

—Si es tan importante para ti, ¿por qué te ha llevado tanto tiempo hacer preguntas?

Dejé Lytham porque estaba asustada por lo que había dicho Harold. Podría haber muerto, tú no te pusiste en contacto conmigo, ni una sola vez, así que, ¿por qué hurgar en ello ahora?

—Debería haberme puesto en contacto, podría haberlo evitado, darte confianza.

Debía haber mandado mi trabajo al infierno, alguien lo hubiera hecho. Pero no lo hice, creía que estabas bien.

—Lo que dices no tiene sentido —ella no quería revivir aquellos días, desde que consiguió salir de aquel pozo había hecho todo lo posible por olvidar. Nunca había hablado de ello.

—No, quizás no —él se sentó en el otro lado del sofá— Intentaré ser coherente. Aquel día, después de hablar con Harold, te busqué. Tu coche no estaba, esperé a que volvieras y luego llamé a tu amiga. Contestó el hermano de Sue y me dijo que te habías acostado, que estabas disgustada. Le dije que no te molestara y que te dijera que te había llamado, que te vería en un par de días para llevarte a mi apartamento.

Sólo había ido a Lytham a dar la noticia y tuve que volver a Londres. Estaba trabajando en caso de fraude muy complicado e importante, trabajaba todo el día, por la noche llamaba a Sue pero no contestaban. Al principio no me preocupé, pensaba que estarías bien con ellos; por fin llamé a Lytham pensando que podías haber vuelto por alguna razón, a recoger tu ropa o algo así. Le dije a Vivienne que no te podía localizar y me dijo que no le sorprendía, parece ser que el día que te fuiste la habías telefoneado, habías preguntado dónde estaba yo y le habías dicho que estabas embarazada.

—Ella dijo que ya te habías ido, que habrías comprado un billete a las antípodas si tenías algo de sentido común. Me aconsejó que abortara y me dijo que no volviera nunca a Lytham. Siempre había sabido que me guardaba rencor, que no le gustaba, no supe hasta entonces que en realidad me odiaba.

—¡Santo Dios! Y yo no estaba allí para ayudarte —había pesar en sus ojos—. Sí, me dijo que te había aconsejado un aborto y que el problema estaba ya solucionado; Sue y su hermano te habían recogido

aquella mañana de una clínica privada y te habían llevado a su casa de la costa para que te recuperaras —Georgia se retiró el pelo de la cara. La mano le temblaba, Jason la cubrió con la suya—. Por lo menos ahora sabes cuánto lamento haberte tratado así. Podríamos haber intentado construir una buena relación.

El tacto de su mano era reconfortante, y lo necesitaba de verdad. Enredó sus dedos con los de él y con respiración entrecortada le contó lo que había pensado hacía ya mucho tiempo.

—Vivienne tenía que ponerse del lado de Harold y creer implícitamente lo que él decía, si no, el matrimonio hubiera empezado a desmoronarse y eso era lo último que ella deseaba en aquel momento. Estaba enamorada del estilo de vida que le proporciona el estar casada con un hombre rico.

El pulgar de él le acariciaba la muñeca y el anhelo comenzó a apoderarse de ella. Tendría que vencerlo o se pondría en vergüenza lanzándose de nuevo a sus brazos, y luchar contra ello era fácil si dejaba aflorar la amargura.

—Así que Vivienne te contó lo que había sucedido con el niño y tú dejaste escapar un suspiro de alivio y seguiste con tu atareada vida. Un ramo de flores y una tarjeta habrían sido un final más civilizado para aquel triste episodio, ¡por lo menos hubieran demostrado que me dedicabas un fugaz pensamiento!

Apartó la mano y él no hizo nada por recuperarla. Se quedó muy quieto, con el dolor grabado en cada línea de su rostro.

—Creo que a ambos nos vendría bien otro trago —se levantó para llenar los vasos.

Georgia se pasó la mano por la frente, el aire estaba muy húmedo por la tormenta—.

Aquella semana, mientras hacía los arreglos para la boda, consultando agencias inmobiliarias y todo eso, descubrí una cosa sorprendente acerca de mí mismo: estaba total y absolutamente feliz —levantó una ceja, como burlándose de su estupidez juvenil—. Supe que quería casarme. Contigo. Eras dulce y cariñosa, bueno, eso lo había sabido siempre; de lo que no me había dado cuenta era de cuánto había llegado a quererte. Te quería a ti y al niño, y cuando supe lo del aborto estaba tan furioso que no podía fiarme de mí mismo para llamarte por teléfono ni mucho menos para ir a verte.

Dejó los vasos en la mesa, mirándola. Ella bajó los ojos, no podía soportarlo. Él era todo lo que ella había querido y él la había querido, también. Su voz era sincera, no cabía error. Pero todo había salido mal.

Y de pronto, brotó la esperanza; la rabia, que lo había estropeado

todo, ya no estaba allí. Vivienne no se lo había dicho todo, cuando él supiera la verdad todo iría bien entre ellos. Se aferró a la esperanza mientras lo escuchaba.

—Cuando conseguí tranquilizarme un poco era ya demasiado tarde; ya te habías ido a América. No intentaste contactar conmigo. Supe entonces que nuestro hijo y yo no habíamos significado nada para ti y me dediqué a borrarte de mi mente —le pasó los dedos por el pelo—. Te estoy contando lo que pasó, no intento buscar excusas, sólo explicarte las razones.

Estaba a punto de decirle que la tarea de olvidarla había sido completamente satisfactoria hasta que volvió a la vida de Harold, pero cambió de idea. Tenían bastantes temas que discutir sin necesidad de abrir la lata de los gusanos. Se sentó en el sofá que estaba enfrente del de ella. El sudor le brillaba en la frente, hacía muchísimo calor.

Georgia se puso de pie y se acercó a él, que cerró los ojos, porque el calor hacía que la fina tela del vestido se le pegase al cuerpo, y era una tentación excesiva.

—Jason —dijo su nombre con suavidad, con todo el amor de su corazón, toda la pasión, todo el deseo—. No puedo darte excusas, tampoco. Sólo razones. Todo sucedió tan rápidamente; después de telefonear a Vivienne estaba frenética. Me habías encontrado con Harold y estabas demasiado asqueado para querer tener que ver nada conmigo nunca más, o eso pensé. Fui a mi habitación y lloré días enteros. El hermano de Sue nunca me dio tu recado, imagino que estaba demasiado asustado para acordarse de ello —respiró hondo, por primera vez hablaba de la pérdida de su niño—. Fue Sue quien se hizo cargo cuando comenzaron los dolores, la que llamó al médico y me llevó a aquella clínica. Sue la que estuvo a mi lado mientras perdía a nuestro hijo y la que sugirió que fuéramos a la costa y luego a Nueva York, mucho antes de lo planeado.

Vio cómo se le abrían los ojos y supo que por fin la había escuchado y creído sin reservas.

—Me fui porque no sabía nada de ti y porque ya no me importaba lo que me pudiera suceder. Quería llamarte pero no podía, tenía dieciocho años y era absolutamente insegura y profundamente desgraciada, porque había perdido lo que más amaba en éste mundo, a ti y al niño y no podía soportar oírte decir que me odiabas.

—¿Un aborto espontáneo? Vivienne me dijo que tú...

—No, piénsalo, por lo que me has contado lo que ella dijo fue que el problema estaba solucionado. Sue le había dado la noticia y, sí, ella había aconsejado un aborto, pero yo no lo consideré ni por un momento.

Georgia esperó. Sabía en lo más profundo de sí que todo dependía de si él le creía o no. Era cierto que estaban los informes médicos y que Sue y su familia estarían encantados de confirmar su versión, pero ella quería que él le creyera sin reservas.

Por un momento él luchó con la sorpresa. La rabia que lo había consumido todo, hasta convertirse en las frías cenizas del odio, había sido sin razón. Estaba abrumado.

—Georgia —con la voz tomada por la emoción puso las manos en sus caderas y la acercó hacia él, apoyando la cabeza en la suave curva de su vientre—. Tendría que haber estado allí para ayudarte y no estuve. No me lo perdonaré.

—¡No! —el hecho de haber hablado con él de la pérdida del niño la había ayudado a superar su dolor. Pasando los dedos por su pelo lo acercó aún más, meciendo las caderas y sintiendo la presión de su mandíbula contra su cuerpo, meciéndose porque no podía evitarlo, porque era tan natural como el respirar—. Ya pasó, los dos permitimos que nuestras emociones nos cegaran a la realidad. Por favor, por favor, volvamos a intentarlo.

El femenino olor a almizcle, el seductor movimiento de su cuerpo, su suavidad y su calor a través de la fina barrera de seda expulsaron todo pensamiento racional de su cabeza. Sólo había deseo, necesidad salvaje que crecía dentro de él hasta que no pudo contenerla más. Ni lo intentó.

El remordimiento, la pena y la urgencia del deseo eran fuerzas demasiado poderosas para luchar contra ellas. Volvió la cabeza hacia ella, abrió su boca sobre la seda roja y la besó y sintió cómo giraba el cuerpo hacia él. Con un gemido deslizó las manos por la curva de sus caderas, llevándolas bajo la corta falda y tocando la carne que él sabía que estaría desnuda. La rodeó y se dejó caer de rodillas. Estaba perdido y no lo lamentaba, no había lugar en su cabeza para lamentaciones, para nada que no fuera Georgia.

Le subió la falda hasta la cintura, exultante en su dominio sobre ella, que instintivamente separó sus pies desnudos y avanzó la pelvis, ávida de él. Jason tembló cuando su boca entró en contacto con el suave vello que protegía su feminidad. Sintió las puntas de los dedos de ella, convulsas sobre su cuero cabelludo y supo que eso era lo que el había deseado, soñado y añorado desde el momento en que ella había vuelto a entrar en su vida.

Georgia estaba anhelante, dulce, húmeda. Lamió su feminidad y le pareció néctar, y la supo suya. Sintió cómo su cuerpo se deshacía entre sus manos, oyó sus pequeños gritos de placer y se puso de pie para llevarla entre sus brazos hasta el sofá, conteniendo el aliento

cuando ella lo miró con los ojos llenos de deseo y buscó su cremallera.

Le temblaban los dedos; los cubrió con los suyos, ayudándola y cuando los brazos de Georgia subieron hasta su cuello él fue hacia ella, dentro de ella, de su calor acogedor y oyó su gemido de felicidad, de sorpresa; sintió cómo se tensaban sus músculos con el esfuerzo de contenerse, de ir más despacio, de hacerlo tan bueno para ella como sabría que iba a ser para él. Pero su cuerpo se arqueaba bajo el suyo, sus movimientos se hicieron enérgicos y su precario control desapareció y quedó sólo la urgencia salvaje de la consumación y los gritos de liberación que sonaron al unísono en la atmósfera húmeda.

Capítulo 11

GEORGIA estiró su cuerpo deliciosamente saciado. No era fácil en el sofá, con sus miembros entrelazados con los de Jason, los cuerpos tan juntos que podrían haber sido uno solo. Pero la dificultad era dulce como la miel y, al mismo tiempo, excitante. Debían de llevar horas dormidos.

—Tengo hambre —le dijo con voz soñolienta y sintió la respuesta inmediata del cuerpo de él a su lánguido movimiento— estoy hambrienta.

La boca de él buscó el suave hueco de la base de su garganta, saboreando la calidez de su piel con besos pequeños que descendieron hasta el valle que separaba sus senos.

—Yo también

Medio adormecida e inundada de alegría por el milagro, porque los años estériles habían quedado tras ellos y el futuro prometía felicidad fecunda para un amor que ya no sería oscurecido por pasados malentendidos, se moría por comer algo.

Pero no ahora. Su amor era todo el sustento que necesitaba. Dejó correr sus dedos sobre la espalda de él y esta vez se amaron despacio, exquisita y atormentadoramente despacio, y después, unidos todavía en la mayor intimidad que existe, Jason se apoyó sobre un codo y le retiró el pelo húmedo de la cara.

—¿Estás bien? —había ternura en su voz y ella recorrió con las puntas de los dedos el pecho de él bajando hacia el punto donde se unían sus cuerpos.

—¿Tú qué crees?— sonrió ella

—Me refiero a lo que pasó, al niño, debiste sentirte traicionada. Yo me sentí así entonces, equivocadamente, pero tuvo que ser mucho peor para ti —la besó en la nariz— no puedo explicarte cuánto admiro tu valor, tu fuerza para seguir adelante.

Debes haber puesto toda tu energía en alcanzar el puesto que tienes en la agencia, en convertirte en la mujer que ahora eres.

—Me las arreglé —desconsideró los años de total dedicación al trabajo. No tenían sentido. Amarlo era la única cosa de valor, y no había diferencia entre la mujer que era en ese momento y la que había concebido a su hijo. Aún estaba atontada, llena de adoración. Probablemente más que antes—. Ahora estoy bien, de verdad. Todo se ha aclarado y ya sabemos que ninguno de los dos tuvo la culpa de lo que pasó.

Le acarició los ojos y sintió el alivio que sus palabras le proporcionaban. Vio cómo su boca se suavizaba con una sonrisa mientras le besaba los dedos.

—Creo que deberíamos ponemos más cómodos. No había vuelto a dormir en un sofá desde que era estudiante.

La llevó en brazos hasta el dormitorio. Amanecía y él abrió las contraventanas para dejar entrar la luz dorada.

—Una ducha y luego prepararé el desayuno. Me apetece mimarte, ¡así que no te vayas a poner en plan feminista y me estropees la diversión!

Ella no tenía la menor intención de hacer algo así y le echó los brazos al cuello mientras él la llevaba a la ducha, donde le enjabonó todo el cuerpo mientras el agua caía sobre ambos.

—Si estar mimada es esto estoy completamente a favor —le dijo mientras él la secaba con la toalla y se echaba aceite perfumado en la palma de la mano.

—Esto es sólo el principio, te lo prometo. Todo lo que tienes que hacer es quedarte de pie y disfrutar.

La palabra disfrutar se quedaba muy corta para describir el tormento exquisito que sintió mientras él masajeaba con el aceite cada poro de su piel, cada movimiento de sus manos era una seducción en sí misma y para cuando él había llegado a sus tobillos con movimientos lentos y circulares ella estaba a punto de desvanecerse por la intensidad del placer.

—Jason, por favor —se agarró a sus hombros para mantener el equilibrio, con el calor brotando de su interior, quemando sus células hasta el punto de que creyó que estallaría en llamas si él no calmaba el deseo que sentía.

—Paciencia —su voz baja y sexy tenía una nota de humor cuando se puso en pie y se envolvió una toalla a la cintura—. Primero el desayuno. Métete en la cama y te lo traeré. Tendrás que conservar tus fuerzas, teniendo en cuenta lo que tengo planeado para ti en los próximos días —su voz se hizo repentinamente seria—. Te haré el amor hasta que la cabeza te dé vueltas, hasta que barra todas las cosas tristes y lo único que puedas recordar sea nuestra forma de hacer el amor.

Georgia no tomó en cuenta su inesperada vuelta a la seriedad. Su cabeza ya daba vueltas. Lo contempló mientras salía de la habitación, devorando las proporciones de su cuerpo. Siguió mirando a la puerta después de que él la hubiera cerrado, con los ojos súbitamente llenos de lágrimas. No sabía qué había hecho para merecer tanta felicidad.

Luego se metió en la cama, gozando de su perfumada desnudez. Ella había nacido para eso, para aquel único hombre; lo había sabido desde la primera vez que lo vio. No se había mantenido célibe durante aquellos siete años porque, como se había dicho a sí misma tan a

menudo, no confiara en los compromisos sentimentales, sino porque para ella no había más que un hombre.

Y los próximos días, aquellos de los que había hablado él, serían sólo un preludio del resto de sus vidas. No tendría que recordar la pasión con que hacían el amor porque eso, también, estaría siempre con ellos.

Se sentó a la cabecera de la cama y colocó las almohadas a su espalda, aunque había también para él, pero cuando llegó con el desayuno se sentó a los pies de la cama y entrelazó sus piernas con las de ella, poniendo la bandeja en medio de los dos.

—Ahora te veré comer. Quiero asimilar todo lo que sea posible en esta escapada de la realidad.

Ella pensó fugazmente en recordarle que aquello, el redescubrimiento del otro, su amor, era completamente real, pero él se inclinó hacia delante y puso un trozo de piña entre sus labios. Había partido todas las frutas que pudo encontrar: mangos, fresas, plátanos, uvas... Georgia dijo:

—Me muero de hambre, pero si nos comemos todo esto y luego Blossom nos prepara el desayuno...

—No lo hará, le he dejado una nota en la cocina diciendo que ya hemos desayunado y que aparte de prepararnos un almuerzo para llevar a la playa no se preocupe por nosotros. Así que no hay problema —sonrió--, tú puedes ser la jefa en la agencia, pero aquí yo estoy a cargo de tu bienestar y placer, con especial énfasis en lo del placer, durante los próximos días.

Otra vez mencionaba los próximos días, quizá estaba demasiado ocupado para quedarse más tiempo. En ese caso ella daría por terminadas sus vacaciones y volvería con él a Inglaterra. No podría soportar estar allí sin él. No podría soportar estar sin él, punto y aparte.

—Podríamos tomar prestado el bote de Elijah y visitar el otro lado de la isla, si no recuerdo mal está plagado de pequeñas calas aisladas, a no ser que te apetezca más ir a través del bosque —le untó con mantequilla una rebanada de pan de maíz y se la tendió— la playa de aquí no es lo bastante solitaria para lo que tengo en mente.

Ella sabía exactamente a qué se refería, su corazón palpitó más rápido, estar a su lado era vivir en un estado de excitación permanente. El pan se le resbaló de los dedos repentinamente sin fuerza y Jason puso la bandeja en el suelo y la miró a los ojos.

—Ya sé —dijo suavemente, y tomando el pie que estaba apoyado sobre su cadera comenzó a lamerle los dedos.

—¡Podría acostumbrarme a vivir en una isla! —Georgia se

arrellanó en los suaves cojines del sillón de mimbre. Miró a Jason por encima de la cafetera de plata y las tazas de porcelana que el camarero estaba colocando delicadamente sobre la mesa.

Jason estaba especialmente atractivo aquella mañana. En los últimos cinco días su bronceado se había acentuado espectacularmente y su pelo necesitaba de los cuidados de su barbero. Pero a ella le gustaba así; la camisa de algodón negro abierta hasta la cintura le daba un aspecto de pirata que la volvía loca. Aunque todo en él la volvía loca, reconoció. Nunca había sido tan feliz en toda su vida. Nunca se había sentido tan femenina, tan sexy ¡Tan absolutamente arrebatada!

—No hay ninguna razón por la que no debas hacerlo, tienes una —él le devolvió una sonrisa circunspecta y sirvió el café para los dos muy concentrado en su tarea.

Georgia le observó y comenzó a darle vueltas a sus palabras en la cabeza.

Jason no le había hecho ninguna propuesta y no le había dicho que la quería, pero cada vez que la tocaba o la miraba ella sentía que sí. Era impensable que no fueran a pasar el resto de su vida juntos, pero la idea de vivir en aquel paraíso con Jason era demasiado maravillosa.

Gracias a la herencia de Harold ninguno de los dos necesitaría trabajar para vivir nunca más. Pero Jason era muy orgulloso y no aceptaría la idea de vivir del dinero de ella. Deseó, y no por primera vez, que Harold hubiera dividido sus posesiones a partes iguales entre sus dos hijastros.

Pero podrían pasar las vacaciones en Blue Rock... Se dejó llevar por sus pensamientos, empapada de la atmósfera del hotel más exclusivo de San Antonio.

Estaban sentados en la plaza porticada, entre arbustos floridos, de cara a la bahía donde fondeaban los yates de los millonarios de la zona.

Cuando Jason había sugerido aquella mañana acercarse a San Antonio porque tenía que hacer unas llamadas y desde Blue Rock no podía hacerlas, ella había estado inmediatamente de acuerdo. Recordó que él había dicho:

—Elijah estará deseando que me vaya. Estará desesperado por no poder usar el bote; ir de pesca es la única manera que tiene de alejarse de la lengua afilada de Blossom.

—Podríamos alquilar un bote —dijo, removiendo el café, disfrutando del sonido de la cucharilla de plata contra la fina porcelana. Las cosas más nimias le causaban placer desde que ella y Jason estaban juntos de nuevo—. Le devolvería la libertad a Elijah

¿qué piensas?

Parecía lo más justo. El pobre Elijah estaría poniéndose nervioso, con Blossom constantemente diciéndole que hiciera esto y lo otro, cuando él obviamente prefería ir «donde lo llevara el espíritu». Y ellos podrían ir a cualquier punto de la isla, como habían estado haciendo los últimos cinco días, nadando, durmiendo en la arena caliente, haciendo el amor…

Jason se tomó su tiempo para responder. Georgia se recostó en la silla y se relajó. Ellos también parecían estar viviendo al ritmo de la isla, a paso lento y soñoliento. Mágico. Como si se hubieran divorciado de la realidad de la vida cotidiana.

Con un suspiro de placer se inclinó hacia delante y volvió a llenar las tazas de café, pero su sonrisa se desvaneció cuando vio las líneas de tensión que habían aparecido en el rostro de él.

Jason captó su mirada interrogativa y se entristeció. Ella se había recogido el pelo aquella mañana y unos suaves mechones sueltos enmarcaban su cara bronceada. La camiseta color chocolate dejaba al descubierto sus hombros, enmarcaba sus pechos firmes y terminaba unos centímetros por encima de la cintura de sus pantalones cortos.

Increíblemente deseable. El lado áspero de la Georgia que había vuelto a aparecer en su vida se había limado. El tiempo que habían pasado juntos, después de los malentendidos acerca de su aborto, lo había conseguido. Ambos habían necesitado un escape de la realidad, un tiempo de fantasía, de curación. Pero ahora había que terminarlo, trazar una línea tras aquel período de ajuste y marcharse.

Mucho después de que ella se hubiera quedado dormida en sus brazos la noche anterior él había permanecido despierto, pensando en todo ello. Nada duraba para siempre, ni siquiera el paraíso. Él ya había sabido que le iba a resultar muy difícil decir adiós, pero no había sabido cuánto hasta que no vio la pregunta en los ojos de ella. Ahora tenía que responderla.

—Es una posibilidad, pero, a no ser que estés segura de que puedes manejar un bote, yo no te lo aconsejaría —algo se le retorció dentro al pensar en salir de su vida. No hizo caso, porque no podía y le explicó amablemente—. Yo no estaré contigo. Me espera un taxi aéreo esta tarde y espero poder conectar con un vuelo comercial desde San Vicente. Si no lo consigo me quedaré en un hotel en Kingston hasta que logre salir.

Ella tardó un rato en comprender lo que le estaba diciendo. El idilio en la isla había terminado y la decepción le llegó al alma. Se recobró inmediatamente: ¡no necesitaban mares azules y sol brillante para ser felices! Dondequiera que estuvieran lo serían. Además él tenía

un trabajo importante y se tomaba sus responsabilidades muy en serio.

—Desde luego —le envió una sonrisa de compasión— tienes que volver al trabajo, lo comprendo. No hay problema, me iré contigo.

Apuró el café haciendo planes mentalmente. Cuarenta minutos en bote a Blue Rock, hacer el equipaje, despedirse de Blossom y Elijah. Asegurarles que no tenía intención de vender la isla, que su casa y su trabajo estaban asegurados. Cuarenta minutos de viaje de vuelta, Elijah podría llevarlos, y llegarían a tiempo para el taxi aéreo. No había problema.

Su boca suave tenía ese gesto de determinación que él había llegado a conocer tan bien y sus ojos brillaban con la excitación del viaje. Pero no funcionaría, no podía funcionar.

Nunca desearía a ninguna otra mujer como la deseaba a ella, pero éste era su problema y no iba a permitir que empeorara dejando que la relación fuera más profunda. Un poco más profunda y se vería atado a ella para siempre. Y no podía hacer eso con el espectro de Harold flotando tras la escena.

Harold, tanto si había dicho la verdad acerca de quién se había lanzado en brazos de quién como si no, había sido el causante de la ruptura completa de las ya difíciles relaciones entre Georgia y su madre. Aun así, había volado a Nueva York después del funeral de Vivienne y todo había ido a pedir de boca. Harold había guardado todas sus cartas, que Jason no había tenido valor de leer, y había comido con ella todos los meses cuando volvió a Inglaterra.

Jason había intentado considerarlo como un interés paternal, pero no lo había conseguido. Una simple ojeada a la guapísima Georgia de ahora, unida al conocimiento que tenía de las debilidades de su padrastro y al tema de la herencia, habían convertido las feas sospechas en casi certezas.

Y ella lo había aceptado. Recordó cuando él le dijo que no creía que hubiera rechazado los avances de Harold porque *«no te hubiera dejado toda su fortuna si lo hubieras hecho»*. Se había odiado a sí mismo por la pulla, pero ella simplemente le había lanzado una mirada fría e inteligente y le había felicitado por lo astuto que se había vuelto. No había sido la encendida negativa que él sabía que había estado esperando secretamente; le había hecho odiarla por lo que había cambiado.

Sin embargo, mirándola en aquel momento sólo podía desearla, no podía odiarla. El violento sentimiento había desaparecido cuando supo qué había sucedido con el niño. Su corazón había sangrado por ella, por lo que ella debía de haber pasado y el resto era ya historia.

Pero no podía contarle por qué no había futuro para ellos. No si

quería mantener la cordura. No podía pronunciar las razones, no podía humillarla tanto.

Ella estaba explicándole los planes para irse rápidamente y él la interrumpió, diciéndole suavemente:

—Georgia, ahora soy socio, no tengo que volver si no quiero. En mi posición es fácil delegar. Pero ya va siendo hora de que me vaya —lo antes posible, si no quería convertirse en un adicto—. Y creo que es mejor que te quedes, que termines tus vacaciones.

Vio cómo su cara perdía animación y tuvo que forzarse para no volverse atrás de sus palabras, tomarla en sus brazos y decirle que quería tenerla con él para siempre. Que la necesitaba. Consiguió decir:

—Los dos necesitábamos estos días, cerrar el circulo, darnos el uno al otro la paz que esos siete años de incomprensión nos habían robado —y para él aquella era la verdad. Toda la verdad. Había sido capaz de olvidar en qué se había convertido ella, concentrándose solo en su necesidad instintiva de hacerla feliz y, sí, también de hacerle el amor, de poseerla total y completamente—. Y ahora es el momento de dejar atrás el pasado, cerrar el libro y seguir nuestros caminos por separado.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir aquellas palabras y quizá por eso su voz sonó más áspera y fría de lo que hubiera querido. Lo lamentó. Sintió el dolor en los ojos de ella y el ver cómo se puso pálida, se odio a sí mismo por haber sido el causante. Tuvo que recordarse a sí mismo que Georgia podía ahora cuidarse sola, que no lo necesitaba. Era una mujer muy rica y si necesitaba consuelo físico, y creía que así iba a ser, porque era una mujer endemoniadamente sensual, podría recurrir de nuevo a su novio.

Se había olvidado de la existencia de aquel hombre, pero el recordarlo le impidió caer en la tentación de agarrarle las manos, decirle que siempre podía contar con él, es decir, abrir la puerta de futuros encuentros, prolongar la agonía.

—Si en realidad es lo que quieres —le había llevado unos momentos, pero ya controlaba la situación. Apoyándose en las duras lecciones que había aprendido en el pasado, empujó el dolor lacerante, el sentimiento de pérdida y de vacío hasta un lugar profundo de su mente— me parece estupendo.

Se puso las gafas de sol que había dejado sobre la mesa para esconder sus ojos, no quería que él supiera lo destrozada que se sentía, lo cerca que había estado de romperse, de ponerse de rodillas y suplicarle que no la separara de su vida

—¿No deberías hacer esas llamadas? Se te va a echar el tiempo encima —se puso de pie esperando que las piernas la sostuvieran—. Te espero en el puerto.

—Georgia —él se puso también de pie y ella tuvo reunir todas sus fuerzas para no echarse a llorar, colgarse de él y suplicarle que no la abandonara nunca. En medio de un torbellino de sentimientos le oyó decir—: No pienses que no voy a recordar estos días...

—¡Por favor! —tuvo que cortarle. Si se ponía amable se rompería en pedazos—.

Puedes ahorrártelo, se da por supuesto. Fue divertido mientras duró.

Se dio media vuelta y se fue, sintiendo el calor de las lágrimas en la cara.

Capítulo 12

POR UNA vez el tráfico en la autopista era relativamente fluido y aunque era una mañana nublada de invierno, por lo menos no llovía. Georgia miró los retrovisores, puso el intermitente y se pasó al carril rápido. Pisó el acelerador hasta el fondo y escuchó cantar al motor. Sus manos iban ligeras sobre el volante y sintió que empezaba a relajarse por primera vez desde que su felicidad había sido tan cruelmente destrozada en San Antonio.

Había abandonado Blue Rock veinticuatro horas después de que se fuera Jason y había empleado los dos días que tardó en volver a Inglaterra en adaptarse al cambio de temperatura, en readaptarse a la perspectiva de un futuro sin amor y tratar de decidir qué iba a hacer con el resto de su vida. De una cosa sí estaba segura: no volvería a mirar atrás.

Así que el trabajo llenaría su vida, no había nada más. Nada de planes de matrimonio e hijos, esas bellas fantasías estaban fuera de lugar. Y no tenía a nadie a quien echar la culpa más que a sí misma, se había olvidado de todo lo que había aprendido y se había dejado dirigir por las emociones en lugar de por la cabeza.

Había estado pensando seriamente en entregar la mayoría de su herencia a la caridad, porque no tenía verdadera utilidad para ella; podía valerse por sí misma.

Necesitaba su trabajo para ocupar la mente. Se quedaría sólo con lo necesario para comprarse una casa pequeña en el campo, a una distancia razonable de la agencia, porque desde que había vuelto del Caribe Ben le había hecho imposible la vida en el apartamento, siempre estaba por medio y, aunque se iba cuando ella se lo pedía, volvía siempre. Había decidido dedicar el día a visitar agencias inmobiliarias cuando la llamó el abogado de Harold.

Redujo la marcha y pisó el freno cuando vio las señales de obras. Al mirar por el espejo retrovisor vio el Jaguar.

No había entrado en sus planes volver tan pronto a Lytham Court, pero el abogado de Harold le había dicho, haciéndolo parecer como un misterio:

—Ha aparecido una carta dirigida a usted, con instrucciones de que la lea en caso de la muerte de su padrastro. La señora Moody, con muy buen sentido, me la ha entregado. Tengo además algunos papeles que precisan de su firma, relativos a disposiciones que hizo para la señora Moody y el señor Blaines. Como me gustaría que ellos estuvieran presentes, le sugiero que nos encontremos en Lytham, me vendría bien a las tres de la tarde, si le fuera posible. Si no quizá pueda sugerir algún otro día.

Le había dicho que por ella estaba bien. Cuanto antes acabara con ello, mejor.

No tenía que volver al trabajo hasta comienzos de la semana siguiente. La búsqueda de casa tendría que esperar.

La señal para retomar la autopista estaba delante de ella; el Jaguar plateado seguía pegado a su cola. Bonito coche, pensó, de líneas clásicas y elegantes.

Al dejar atrás el último de los conos el tráfico se hizo más rápido y el Jaguar seguía tras ella. Pensó que casi lo iba a echar de menos cuando dejara la autopista.

Pero allí seguía cuando redujo la velocidad en la carretera de salida y se preguntó si podría dejarlo atrás en el siguiente tramo de carretera.

¡Claro que podría! La perspectiva la hizo sentirse viva por primera vez desde que Jason le dijo: *«ha sido un placer, señora»*, y salió de su vida.

Al pisar el acelerador sintió la ávida respuesta del potente motor en cada célula de su cuerpo, aquel era el tipo de carretera que le gustaba, llena de rectas y salpicada de curvas suaves y el tráfico justo para poner a prueba sus dotes de conductora.

Adelantó a un camión articulado y volvió a su lado de la carreta con una sola maniobra. Una breve mirada al retrovisor la informó de que su sombra plateada, que seguía tras ella, le lanzaba flashes con las luces largas ¿era un reto o un aviso?

La aguja señalaba ciento sesenta y redujo a ciento cuarenta. Que la adelantara si quería, el conductor o bien era un machista, que no podía soportar que una mujer fuese delante o, horror de horrores, era un policía en un coche sin distintivo.

Él no la adelantó, seguía a la zaga. Comenzó a irritarse, la excitación de la carrera desapareció porque no podía deshacerse de él. Estaban llegando a un pueblo grande y redujo velocidad, ajustándose al límite. Una vez pasados los semáforos, unos cuantos kilómetros más adelante, entraría en una carretera comarcal, hacia Lytham. Sería demasiada coincidencia que él también llevara aquella dirección.

Frenó suavemente al llegar a otro semáforo, y aunque se había prometido a sí misma ignorar al irritante conductor que llevaba detrás, la curiosidad pudo más y levantó los ojos hacia el retrovisor y echó una larga mirada.

¡Jason! Sintió que se quedaba blanca y que la fuerza se iba de su cuerpo. En lo que a ella se refería él solo podía significar disgustos.

La primera traición podía ahora comprenderla y perdonarla porque había sido el producto de un inmenso malentendido. La segunda

también podía comprenderla, él había querido sexo y ella había estado complaciente, pero nunca podría perdonarla. La herida había sido demasiado grande.

El semáforo cambió y ella, medio estupefacta, apenas fue capaz de meter la marcha correcta y tomar la desviación. Él todavía la seguía y no pensaba tolerarlo. A no ser que también lo hubieran llamado a Lytham. ¿Pero por qué iban a haberlo hecho?

Tenía que descubrirlo cuanto antes. Señaló el giro mucho antes de llegar al cruce y, sí, él también iba a girar. Tensa, con la mandíbula fuertemente apretada, condujo despacio buscando el lugar apropiado. Frenó cuando lo encontró en un pequeño ensanchamiento de la carretera. Apretó el botón que bajaba la ventana y el aire frío invadió el coche. Esperó, con la boca contraída y los ojos ensombrecidos por el dolor que no podía controlar.

El coche plateado se detuvo a su lado y Jason salió de él, furioso. Casi como si hubiera sabido lo que él haría se pegó al asiento y esperó la embestida cuando él le abrió la puerta y gritó:

—¡Te podías haber matado!

No quería verlo. No quería hablar con él tampoco, pero tenía que hacerlo porque no iba a aguantarle aquello. Volvió la cara hacia él con expresión pétrea y dijo controlando a duras penas su rabia:

—No. Conduzco bien un coche rápido. No corro riesgos, sé lo que hago. Si había algún peligro era porque estabas pegado a mí —él no hizo ningún caso de sus palabras.

—¡Sal de ahí! —y antes de que ella pudiera reaccionar se inclinó hacia ella, tomó las llaves y la sujetó por los hombros mientras permanecía sentada, inmovilizada por una ira tan intensa que pensó que iba a explotar de un momento a otro.

Con impaciencia, tiró hacia arriba y la sacó del coche. Sólo cuando sus pies rozaron el suelo fue capaz de decir algo.

—Si no me quitas las manos de encima y me devuelves las llaves te denunciaré por asalto. La policía se toma muy en serio las agresiones en carretera.

—¡Cállate! —la sujetó por la cintura y la llevó en volandas, retorciéndose y pataleando, hasta el asiento trasero de su coche, donde la metió de un empujón y se sentó a su lado.

Se dio la vuelta, hirviendo con todas las emociones que había suprimido desde que él había acabado con el idilio en la isla, y le dio una bofetada. A través de una niebla roja vio cómo apretaba la boca y le oyó decir lo que menos esperaba:

—Lo siento. Esto no tenía que haber sucedido —tenía la voz ronca —. Cuando tu madre supo que la relación con Harold había terminado

volvió a Lytham y sacó el coche, con trágicos resultados. Yo pensé que tú…

Antes de que él añadiera el insulto final le interrumpió con una exclamación propia de un camionero y luego le dijo con mordacidad:

—Yo no soy mi madre. Yo no me destrozo bajo las ruedas de mi coche, ni en ningún otro sitio, sólo porque un hombre resulte ser un canalla. ¡Cuento con que lo sea! —

alargó una mano—, y ahora, dame las llaves.

El corazón de Jason dio un vuelco al mirarla a los ojos. Todos los bordes ásperos habían vuelto, ella había reconstruido la muralla. Era dura, sexy y tenía carácter. Y él la amaba, a pesar de la relación con Harold. No podía culparla por ello, no si se lo planteaba racionalmente, si dejaba su posesividad a un lado.

Georgia se había sentido traicionada, rechazada por su amante y por su madre, expulsada de su casa. Olvidada. Harold había sido él único que había hecho algo por ella, que le había mostrado algún afecto. No importaba que se hubiera vuelto hacia el único de ellos que no la había tratado como a un paria. Él podía comprenderlo y dejarlo en el pasado con el resto del equipaje emocional: las noches sin dormir desde que la había dejado en la isla le habían hecho comprender aquello.

Rogaba a Dios que no fuera demasiado tarde.

—No —le negó las llaves—. Quiero hablar contigo.

—No se me ocurre por qué —ella no evitó su mirada, ni siquiera pestañeó. Le demostraría que podía plantarle cara—. Ya me has dado las gracias por haberte proporcionado unos días de buen sexo —miró ostentosamente a su reloj. Tenía mucho tiempo, pero él no lo sabía—. Tengo una cita con el abogado de Harold en Lytham y no tengo la menor intención de hacerle esperar.

—Georgia, cállate —su voz era ahora baja, suave, y la expresión de sus ojos le recordó la forma en que la miraba cuando todo había sido tan fugazmente maravilloso. No podía soportarlo. Bajó los ojos y se quitó una hebra imaginaria de la rodilla del pantalón.

—Te quiero —dijo él con la voz extrañamente tomada—, pero esto no es nuevo. El único problema es que ya no me puedo imaginar la vida sin ti. Y soy lo bastante estúpido como para no haberme dado cuenta de éste hecho tan evidente —le tomó una mano y dijo cuidadosamente, como si mentalmente estuviera caminando por terreno pantanoso—. ¿Habría alguna posibilidad de que una mujer tan brillante como tú se casara con un idiota?

Paralizada por lo inesperado, Georgia permitió que su mano permaneciera en la de él, sintiendo su pulgar acariciándole los

apretados nudillos. Levantó los ojos sin mirarlo, no se atrevía, y los fijó en los árboles desnudos ¿era una broma cruel? ¿O es que estaba soñando, poniendo en su boca palabras que él no había dicho? ¿Acaso su última traición la había hecho cruzar el límite y se estaba volviendo loca?

—Si me dices que no, lo comprenderé. Será terrible, pero lo comprenderé. Tenía que encontrarte y preguntártelo. Me estaba maldiciendo por haber sido un idiota, apartándome de la única mujer que he amado, mucho antes de que el avión aterrizara en Inglaterra. No había podido dormir, pensando en ti, deseándote.

Desesperado. Tan asustado de haberte perdido de nuevo por mi propia estupidez.

Fui a Birmingham a decirte todo esto, vi tu coche saliendo de la calle cuando yo entraba y te seguí.

El corazón se le iba a salir por la boca. Si ella no le respondía pronto la abrazaría y la besaría hasta que tuviera que responder, hasta que las facciones heladas brillaran con la luz que les era propia. No sería capaz de contenerse.

Siguiendo al coche había admirado su forma de conducir, luego se había acordado de Vivienne y había sentido más miedo que nunca en su vida.

—Cásate conmigo, Georgia —dijo con urgencia.

Ella sintió que el paisaje se emborronaba y se le iba la cabeza. Si él se lo hubiera preguntado hacía unos días en vez de decirle, *«gracias, ha sido un placer conocerte»*, y luego tomar el primer avión, ella hubiera aceptado en el acto y hubiera sabido que estaba en el cielo. Pero eso era entonces; en ese momento, había empleado mucho tiempo y energía en volver a transformarse en la dura ejecutiva que había sido antes. La mujer que no necesitaba a nadie y a la que nadie podría hacer daño porque no les permitía acercarse lo suficiente.

—Georgia, dime que no me quieres y no sólo te devolveré las llaves, sino también tu vida. Pero si me quieres, y después del tiempo que pasamos en la isla creo que sí, entonces tomaré el resto de tu vida para hacerte feliz y te daré la mía, para que hagas lo que te parezca —tomó su barbilla con una mano y le levantó la cabeza—, mírame.

Ella lo miró y se perdió. Perdió a la mujer dedicada a su profesión y encontró a la que había nacido para amar a aquel hombre. Su boca tembló, las lágrimas acudieron a sus ojos y le atenazaron la garganta y no hubiera podido hablar aunque su vida hubiera dependido de ello.

La mano de él resbaló hasta su nuca y la atrajo hacia él, besando su boca, paladeando sus lágrimas, sus labios, haciendo más profundo el beso para adecuarlo a la respuesta de ella.

—¿Debo tomarlo como un sí?—murmuró él cuando ella por fin se retiró.

—Sí —susurró ella— ¿estás seguro? No podría soportarlo si... si de repente te fueras otra vez.

—Cariño —la abrazó, apretándola contra su corazón—, nunca más haré nada que te haga daño, te lo prometo. Sabía que te amaba, te deseaba y te necesitaba, pero había razones, bastante estúpidas, que me hacían pensar que no podíamos tener un futuro juntos.

Él no iba a mencionar la relación con Harold. Aquello pertenecía definitivamente al pasado porque Harold había muerto, pero podía hablarle de la otra razón, porque necesitaba aclararla.

—El hombre con el que vives. Sólo he hablado con él por teléfono, la primera vez cuando el funeral de Harold y la segunda cuando me dijo que te habías ido a la isla.

Su tono de voz me indicó que estaba defendiendo su territorio —Georgia levantó la cabeza con un ligero fruncimiento de ceño. Él le acarició el pelo—; está bien, cariño, no cuento con que hayas vivido como una monja durante los últimos siete años. Y

por la manera en que respondes conmigo me imagino que no tienes una relación seria con él.

Lo amó por eso, más que nunca, si eso era posible. Tomó su cara entre sus manos y lo besó hasta quedarse sin aliento y luego Jason le dijo cerca de su boca:

—Volveremos y sacaremos tus cosas. Si causa algún problema déjamelo a mí. Puedes quedarte en mi apartamento de Londres hasta la boda. ¡En tres semanas te dará tiempo a comprarte un sombrero nuevo! Y después una luna de miel larga, larga. En la isla ¿te gustaría?

—Mucho, no se me ocurre nada mejor —se echó a reír de forma irreprimible— ¡Te quiero! Tienes las ideas más absurdas... No tienes que defenderme de la ira de ningún antiguo amante. Ben no es mi novio, nunca lo fue. Es simplemente un vecino con aspiraciones en esa dirección. Lo intenta constantemente y yo lo rechazo. Con la cantidad de tazas de café que me ha pedido prestadas se podría abastecer un supermercado y sospecho que cuando contestó al teléfono mientras yo estaba en la isla estaba cotilleando —se puso seria de repente. La idea de Ben entrando en su apartamento, probablemente husmeando en sus pertenencias, le resultaba horrible—.

Hay sólo cuatro apartamentos en el edificio y todos tenemos llaves de los demás, por si se rompe una tubería o algo así.

—Y él la usa para cotillear cuando te vas. Lo primero que voy a hacer es obligarle a devolverla. No porque importe, porque estarás conmigo en Londres. Buscaremos una casa adecuada, ¿en el campo?

Cuando volvamos de nuestra larguísima luna de miel.

—Jason —le puso un dedo sobre los labios para detenerlo. Él estaba haciendo tantos planes que se le iba la cabeza—, no estaré contigo antes de la boda. Tengo que avisar en el trabajo con cuatro semanas de antelación, lo que significa que tengo que quedarme donde estoy. Tendré que ponerme en contacto con mis jefes de Nueva York para que designen a mi sucesor y me gustaría que los padres de Sue vinieran a la boda. No habrían sido más amables conmigo si hubieran sido mis padres, y Sue y su novio americano. Así que si nos casamos dentro de seis semanas...

—Cuatro. No podré esperar ni un minuto más para ponerte el anillo en el dedo.

—¡Hecho! —cedió ella. Tampoco podía esperar. Habría que hacer los preparativos de la boda a toda prisa, pero no importaba.

—Y yo me quedaré contigo en tu apartamento mientras tienes que trabajar y tendré preparada la comida cuando llegues a casa y te lavaré la ropa, ¡y le romperé los dientes a tu vecino si asoma la cabeza! —sonreía pero lo decía en serio. Nunca más volvería a poner su trabajo por delante de ella y sus necesidades—. Eso es si no consigo convencer a tu jefe de que te deje marchar antes. Hablaré con él cuando le telefonees para que sepa lo que sucede.

Georgia se recostó sobre su pecho y sonrió. Él se estaba haciendo cargo de todo y durante siete años no le había concedido a nadie aquella libertad. Pero le gustaba. La hacía sentir segura y amada por primera vez en su vida. Y muy, muy femenina.

Él resbaló las manos bajo el jersey, acariciándole la espalda y los pechos y le dijo:

—Es hora de que vayamos a tu casa, a tu cama, o empezaré a comportarme como un adolescente y te violaré en el asiento de atrás del coche.

—¡Oh, Dios mío! —Georgia luchó contra las nieblas de la pasión que la hacían olvidarse de todo— ¡Tengo que ver al abogado! —echó una ojeada al reloj— ¡ahora mismo!

—Me había olvidado de él —la miró cariñosamente mientras se colocaba la ropa e intentaba atusarse con los dedos el pelo revuelto—, ¿de qué se trata?

—De una carta que encontró la señora Moody y unos papeles que hay que firmar para su pensión y la de Blaines.

Se sentía sin aliento. Iba a llegar tarde a la cita y no iba a tener aspecto de negocios. Tenía todo el aspecto de que la hubiesen besado y de que fuera inmensamente feliz. Y lo era. Sonrió, porque no le importaba.

—Así que dame las llaves y me marcho —extendió la mano y por un momento se preguntó si insistiría en llevarla él, dejando su precioso coche en la cuneta para que alguien se lo llevara y librarse de él. Pero él las sacó lentamente del bolsillo y se las entregó, apretándole la mano. Comprendiendo su resistencia le dijo—. Gracias, te prometo que conduciré con cuidado.

—No te va a quedar más remedio —sonrió, pero su voz era ronca.

Cuando puso en marcha su coche el Jaguar estaba ya en la carretera, abriendo camino a paso tranquilo. Georgia sonrió. Si le daba tiempo él se daría cuanta de que era una conductora muy segura, que podía controlar el potente coche. Lo amaba, profunda y devotamente, siempre sería así, pero había ciertas cosas...

Sólo había un sitio seguro para adelantar en el camino a Lytham. Georgia le hizo una señal con las luces largas y se lanzó como una flecha, pegándose al otro lado del camino mucho antes de llegar al siguiente cruce y Jason aceleró, riéndose a carcajadas.

La lucha por el poder no sería nunca seria. Con la descarada y provocativa Georgia siempre sería divertida.

Capítulo 13

EN EL salón de Lytham hacía demasiado calor. Además de la calefacción central, la señora Moody había encendido la chimenea.

Jason, sentado junto a la ventana, permanecía ajeno a todo porque cualquier cosa que Georgia decidiera hacer con la herencia no era asunto suyo. Se pasó un dedo por el cuello del jersey. Ya se había quitado la americana, pero aún se sentía sofocado. Miró a Blaines con simpatía. El jardinero se había sentado al lado de la chimenea y era evidente que lamentaba haberlo hecho, pero se sentía demasiado cohibido para cambiar de sitio. Tenía la cara roja, la frente cubierta de sudor y sus gruesos dedos jugueteaban con la gorra que había puesto sobre sus rodillas.

La señora Moody estaba de pie junto a la puerta, rígida como si llevara un corsé de acero y con un gesto tan adusto como siempre.

Sólo Georgia parecía estar a gusto, su grácil cuerpo se inclinaba sobre los papeles que el abogado le había presentado a la firma. Leyó cuidadosamente y después firmó.

—Gracias —el abogado guardó los documentos en el portafolios y mencionó la generosa cantidad que debía pagarse cada mes, lo suficiente para proporcionarles una confortable jubilación en el caso de que los nuevos dueños de Lytham no quisieran sus servicios.

Jason vio a Blaines ponerse aún más rojo y captó la mirada de alivio y placer que la señora Moody le lanzó a Georgia. Por un instante se despreció a sí mismo al recordar cómo había reaccionado ante ella el día antes del funeral de Harold, cómo le había informado fríamente que como Harold no se había acordado del personal en su testamento ella debía reparar el error. No hubiera sido necesario recordárselo, su generosidad de espíritu no había cambiado.

Había permitido que la amargura lo cegara a lo que ella era en realidad: generosa y cariñosa. Nunca más en todos los años que les quedaban por delante dejaría de mostrarle cuánto la amaba.

—Lo único que me resta ya es entregarle esta carta, las instrucciones están escritas a mano por el señor Harcourt.

—La encontré en el cajón de las camisas —le dijo la señora Moody a Georgia con una voz más animada de lo que Jason le había oído nunca. ¿Había estado preocupada por dónde y cómo viviría si se quedaba sin trabajo?—. Siempre fue muy especial con sus camisas. Había un cajón lleno de camisas nuevas, todavía envueltas en celofán.

Estaba recogiéndolas para enviarlas a una tienda de caridad cuando la encontré.

Pensé que podría ser importante. Señorita Georgia ¿quiere que traiga el té?

—Para mí no, gracias —dijo el abogado cerrando el portafolios— tengo otra cita y voy ya con retraso.

Blaines musitó las gracias a Georgia y siguió al abogado, ansioso de llegar a casa y contarle a su mujer las buenas nuevas.

—Sí, gracias, señora Moody, los dos tomaremos —dijo Georgia. Cuando la señora Moody salió de la habitación tomó el sobre con desconcierto—. ¿De qué se tratará?

—Ábrelo y lo verás —Jason deseó que su voz no hubiera sonado tan nerviosa. Fuera cual fuera el último mensaje que contenía la carta él no iba a entrar en juicios.

Recordó las lágrimas de Georgia en el entierro de Harold, su pena evidente y se preguntó qué habían significado el uno para el otro. No quería saberlo.

—No sé cómo no se me había ocurrido. Ven y lo leeremos juntos.

Jason fue porque ella se lo pedía pero, a pesar del tremendo calor que hacía en la habitación, sintió un escalofrío por la espalda. Permaneció de pie a su lado mientras ella abría el sobre, pero no intentó leer lo que estaba escrito en aquellas dos hojas de letra apretada. Se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Ella musitó su nombre y lo miró. Estaba pálida y tenía las mejillas húmedas por las lágrimas. Se acercó para reconfortarla.

—Lo apreciabas mucho —las palabras le salieron con dificultad— vi cómo llorabas en su funeral.

—¿Apreciarlo?, bueno, de alguna manera, sí.

—No tienes que mentirme.

—No estoy mintiendo. Empecé a apreciarlo más cuando fue a Nueva York a decirme que Vivienne había muerto. Estaba tan abrumado por la culpa que no podía parar de pedirme perdón porque pensaba que había arruinado mi vida con las mentiras que había contado. Nunca tuve valor para hablarle del niño y de que tú querías casarte conmigo hasta que creíste sus mentiras. Estaba tan lleno de remordimientos por haber puesto punto final a mis relaciones con mi madre que no pude echarle nada más encima.

—¿Así que lo perdonaste? —Jason la abrazó. Sabía cómo había cambiado Harold después de la muerte de su mujer.

—No parecía que tuviera mucho sentido mantener viejos rencores. Él me escribía y, a veces, yo le contestaba. Normalmente naderías, parecía tan solo y desdichado. Sentía por él más lástima que aprecio. Aquel día no lloraba por él; la noche anterior había soñado con el niño, por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¿Todavía te duele? —él hubiera querido pelear contra todo lo que le pudiera hacer daño, pero en éste caso era impotente.

—No desde que sé que tú también lo deseabas. Aquella pequeña vida era deseada por ambos. Ahora podemos dejarlo ir, habrá otros. Y ahora, antes de que vuelva la señora Moody con el té lee esto.

Eran dos cartas. Una de Vivienne para su hija. Jason la leyó primero.

El tono era desigual, casi histérico. Hablaba de su deseo de reconciliarse, mencionaba la carta sin terminar que había olvidado en la isla. Le contaba que ya no podía cerrar más los ojos ante los asuntos de Harold, que estaba avergonzada y arrepentida de cómo se había obligado a creer en la versión que dio Harold de los acontecimientos cuando se los había encontrado abrazados.

Si te hubiera creído, no hubiera podido seguir viviendo con él. Y no quería perder lo que había conseguido. De manera que me dije a mí misma que lo creía y me lavé las manos con respecto a ti. He sido una mala madre, ambiciosa y egoísta y he llegado a odiarme a mí misma.

¡Así que era por esto por lo que Georgia había llorado! Sin decir nada la rodeó por la cintura con su brazo y leyó la carta de Harold. No era mucho, sólo se explicaba y pedía perdón. A su vuelta a Lytham había encontrado la carta entre las cosas de ella.

Me di cuenta del daño que os había hecho a ambas. Eso me ha cambiado, pero aún no tengo valor para enviártela. Te la entrego ahora junto con todo lo que me pertenece. Un intento de compensarte.

Mientras leía, Georgia pudo observar el alivio en su expresión y comprendió.

Siempre había sospechado que Jason creía que se había ganado la herencia en la cama, que su relación con su padrastro había sido turbia. Recogió las hojas de papel y las guardó en su bolso.

—Como ya te he dicho otra vez, tienes ideas de lo más peregrino. Pensabas que Harold había sido mi amante y que yo había aceptado porque quería su dinero. Todo su dinero, ¡admítelo!

Él se quedó helado ¿iba ella a decirle que no podía casarse con un hombre que era capaz de rumiar esos pensamientos odiosos? ¿Se iba a ir de su vida y dejarlo destrozado? Ella le sonrió. Pero él no podía devolverle la sonrisa, se sentía como un gusano.

—Lo siento, Georgia, lo siento muchísimo.

—No lo sientas. A pesar de que pensabas que yo era tan espantosa querías casarte conmigo. Debes quererme de verdad.

¿Y no era verdad acaso? Ella era maravillosa y él no la merecía, pero emplearía el resto de su vida intentando merecerla.

—Sí, te quiero de verdad. Pero me siento muy aliviado de haberme liberado de mis sospechas.

La señora Moody llegó con el té. Jason besó la mano de Georgia y

le dijo:

—Señora Moody dentro de muy poco llevaré al altar a esta señorita, ¿querrá ser la primera en felicitarme?

—Ya iba siendo hora, si no les importa que se lo diga. Siempre supe que estaban hechos el uno para el otro —dijo el ama de llaves mientras Jason le tomaba de las manos la pesada bandeja y la llevaba a la mesa.

—Bien —él echó una ojeada a los sandwiches de salmón, los pasteles y los canapés—, vayan empezando. Voy a buscar una botella de la champaña de Harold, creo que la ocasión lo merece.

Georgia sirvió el té y le pasó una taza a la señora Moody.

—Siéntese, por favor, ¿ha pensado en dónde va a vivir cuando se venda la casa?

—Bueno… se alquila una casa en el pueblo. Siempre me gustó, está al lado de la iglesia, y con su generosa pensión podré pagarla con comodidad.

—Creo que sé cuál es, ¿no tiene un bonito jardín delantero lleno de flores en verano y un arco de rosas sobre la puerta? —Georgia se preguntó cómo había podido tenerle tanto miedo—. Vaya mañana a primera hora a la agencia. Consígala antes de que se la quiten. Y si le gusta cualquier cosa de aquí, muebles, ropa de cama, vajillas, lo que sea, lléveselo. Jason y yo no lo vamos a usar.

Encontrarían una casa adecuada para ellos y la convertirían en un hogar de verdad, no un museo, y habría espacio para un montón de niños y sus animalitos y estaría llena de amor y de risas.

—No puedo expresarle lo agradecida que estoy —la señora Moody se había puesto aún más roja— pero le diré lo que voy a hacer. Me fijaré en la gente que compre esta casa. Nunca se sabe, podría llegar a ser un hogar feliz. Son las personas las que hacen que una casa sea alegre.

Georgia iba a manifestar su absoluta conformidad cuando entró Jason con dos botellas de champaña y tres copas. La mejor champaña, observó ella. Harold nunca había escatimado, hasta la muerte de Vivienne se había permitido todos los placeres, pero nunca había sabido qué era ser feliz. Tampoco su madre.

Georgia les envió un adiós silencioso y levantó su copa por Jason, por su futuro. Después de que todos hubieron brindado los unos por los otros y la señora Moody se pusiera decididamente alegre, Jason le preguntó a Georgia:

—Podíamos pasar la noche aquí, ¿qué te parece?

—¿Por qué no? —no le importaba dónde estuviera siempre que fuera con Jason.

Lytham ahora no le traía malos recuerdos—, si no le resulta una molestia.

—En absoluto —dijo el ama de llaves— ¿su habitación, señor, o la de la señorita Georgia?

—La mía —dijo Jason con decisión.

—No se moleste en preparar cena, señora Moody —dijo Georgia—, hay comida suficiente para un regimiento, puede retirarse si lo desea.

Tan pronto como quedaron solos Jason se sentó junto a ella en el sofá. Se había mantenido alejado porque no se creía capaz de controlar sus manos si estaba junto a ella y no quería violentar al ama de llaves.

—Ya que no vamos a conducir podemos abrir la otra botella, la señora Moody se ha bebido la mayor parte de ésta.

—Como si fuera agua —acercándose más a él y rodeándolo con sus brazos, añadió—: espero que esté bien y no caiga.

—Está estupendamente —murmuró Jason buscando su boca— no está bebida, sólo feliz. Tú la has hecho feliz. Tú —separó sus labios con la punta de la lengua—, me haces feliz.

—Estoy contenta —se echó atrás por un momento—, y me gusta que hayas dicho que usaremos tu cuarto. Allí empezó todo ¿recuerdas?

—Nunca lo he olvidado —había intentado hacerlo, pero no había sido posible.

Ninguna otra mujer había tocado su corazón como ella, ni siquiera se habían acercado—. Y no fue ese el principio. Mirando hacia atrás creo que empecé a quererte por lo que eras mucho antes de aquella noche, antes de que me enamorara de ti. Y

ahora —tomó su mano y la puso sobre su corazón—, creo que ya hemos hablado bastante por hoy ¿no te parece?

—¡Estoy completamente de acuerdo! —su sonrisa era radiante y sus ojos se llenaron cuando él se acercó más a ella y deslizó las manos bajo su jersey.

Cuatro años más tarde Georgia estaba tumbada en la blanca arena de Blue Rock y miraba con ojos soñolientos cómo jugaba Jason con los mellizos a la orilla del mar. Los niños tenían tres años, cabello oscuro y ojos dorados, cuerpos fuertes y mentes decididamente independientes.

Amaba con locura a los tres hombres de su vida. Todos los años iban a la isla y disfrutaban enormemente. Y cada día de su ocupada y feliz vida parecía ser mejor que el anterior.

Había ganado algo de peso, pero, como Jason le aseguraba constantemente, en los sitios adecuados, así que no se preocupaba.

Amaba su casa, le gustaba cocinar para él y los niños y trabajar en el jardín. Pero, pensó mientras se quedaba dormida, le faltaba algo…

Despertó cuando Jason le dio un beso y entonces supo qué era lo que echaba de menos.

—Me parece que es el momento de que los chicos tengan un nuevo hermano o hermana.

—¿Está decidido? —él se tumbó a su lado y a ella se le secó la boca, como siempre que lo miraba.

Él inclinó la sombrilla para protegerse de miradas indiscretas y dirigió su mano hacia el cierre del bikini. Ella, aunque deseaba que él siguiera le dijo:

—Delante de los niños no.

—Blossom se los ha llevado, mientras dormías, para bañarlos y darles la cena. Esta mujer se hace más mandona cada día. Así que relájate, cariño, y veré lo que puedo hacer para complacerte.

Retiró la ropa de su voluptuoso cuerpo y le sonrió, pensando: *« ¡Las cosas que tiene que hacer un hombre para tener contenta a su mujer!»*

Fin